

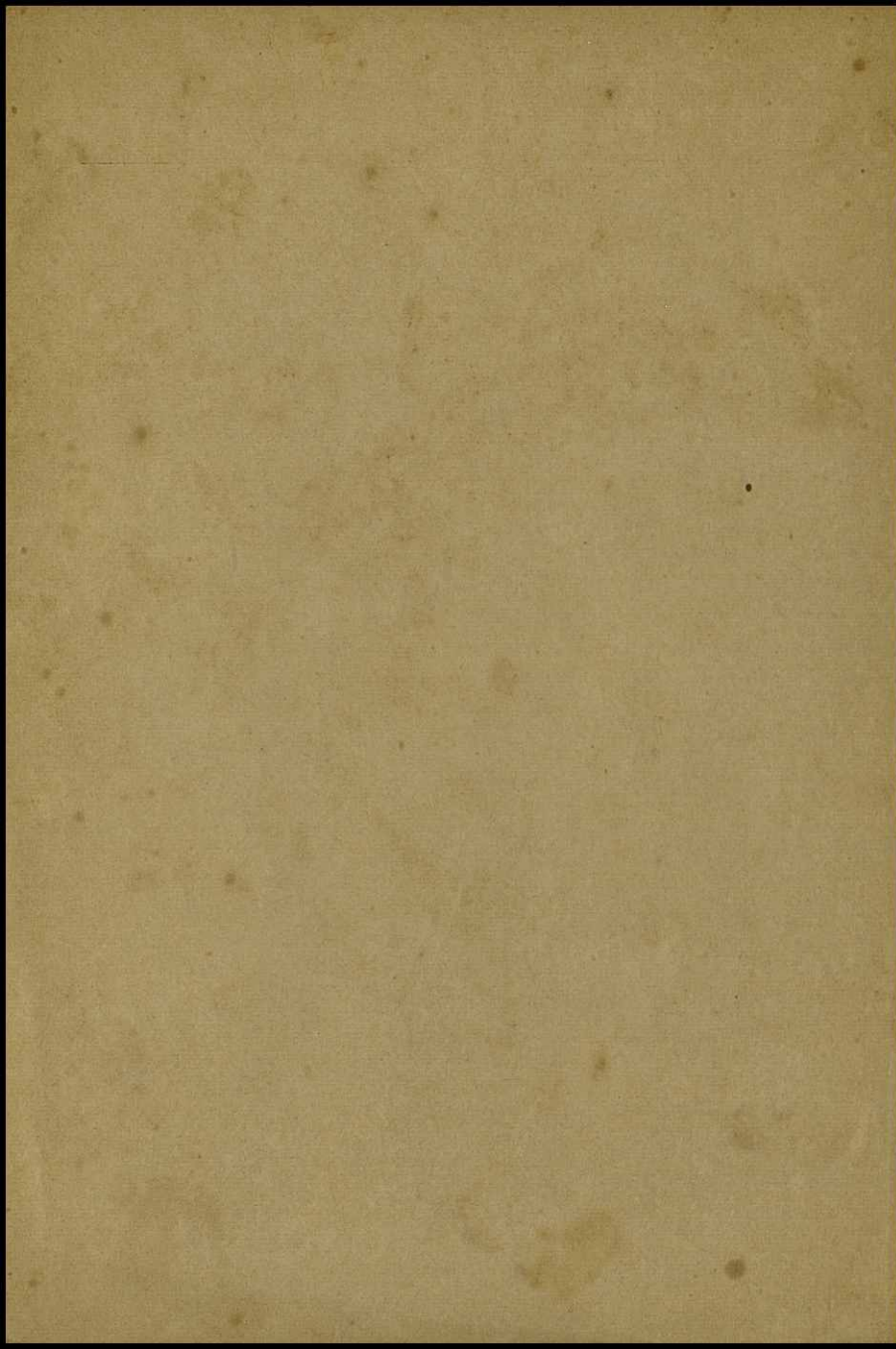
BIBLIOTECA POPULAR
LOS GRANDES PENSADORES



Volúmen XII

DIDEROT

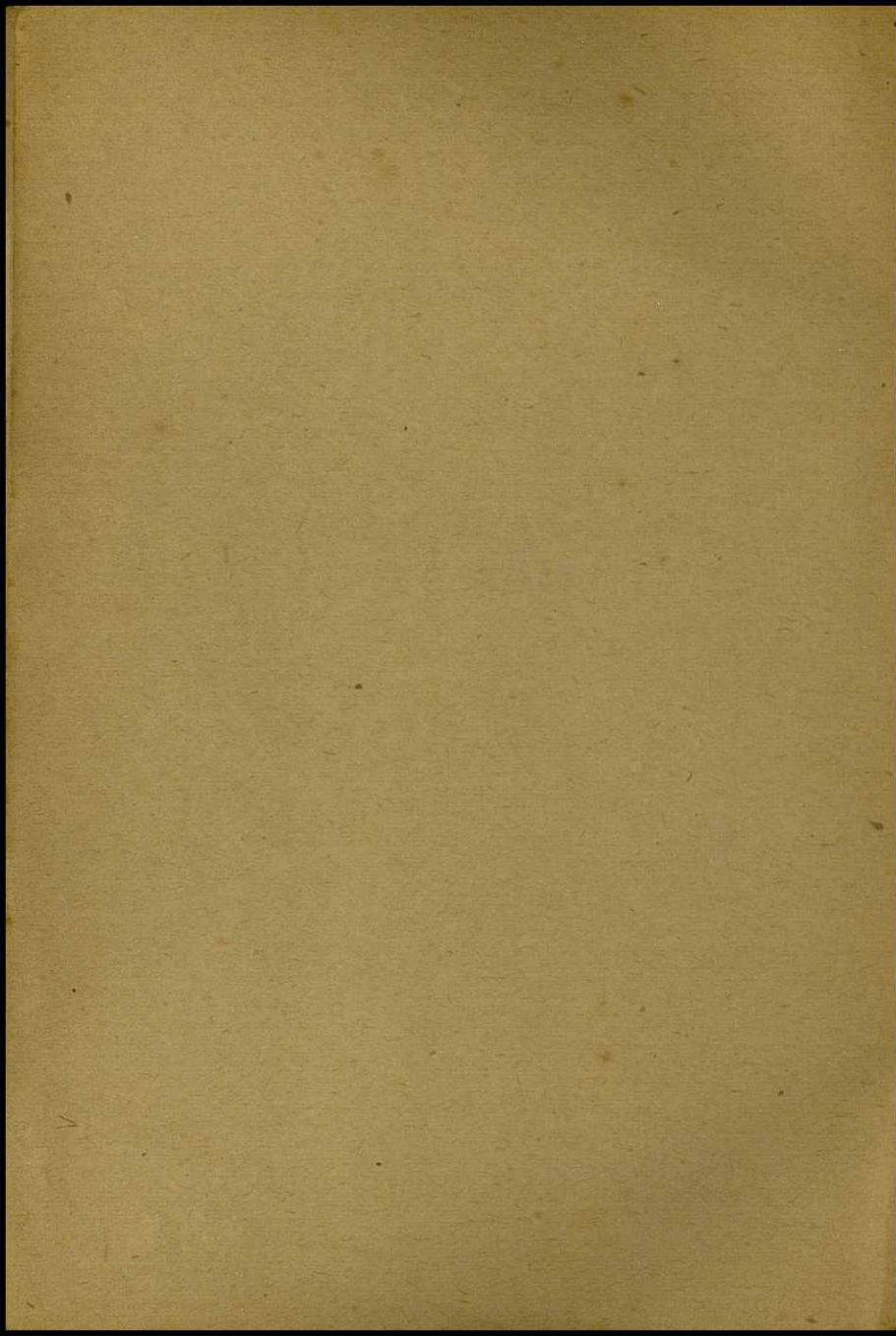
LA RELIGIOSA



500

DIDEROT

R-522
N5/7
MFN 204



BIBLIOTECA POPULAR
LOS GRANDES PENSADORES

DIDEROT

La Religiosa

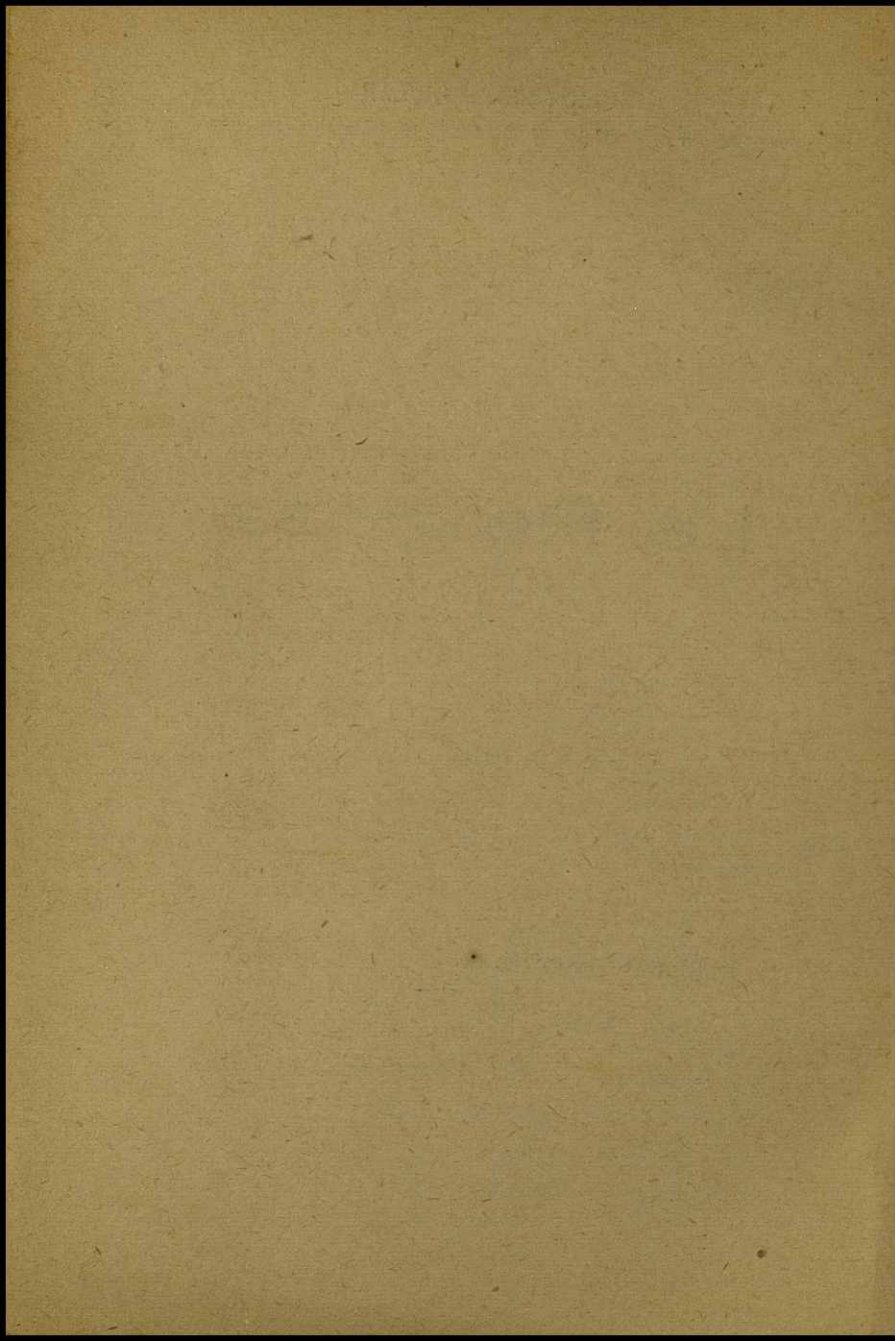
VOLUMEN XII

CASA EDITORIAL
PUBLICACIONES DE LA ESCUELA MODERNA

BARCELONA
CORTES, 478

BUENOS AIRES
PICHINCHA, 1867

1916



Noticia biográfica

Es viva lástima que tan gran personaje haya de tener, por la imposición ineludible de las circunstancias, no una biografía, como pretendíamos hacer, sino unas simples y mal coordinadas notas; pero la extensión de *La Religiosa* no nos deja espacio material para más, aun después de comprimido en su presentación tipográfica el libro, tanto como nos era posible.

Dionisio Diderot, escritor y filósofo francés, uno de los principales autores de *La Enciclopedia* esa famosa recopilación metódica de los acontecimientos humanos que contribuyó en gran manera a hacer la revolución filosófica en las cabezas que debía cortar luego, cual si fueran espigas, la Revolución política, nació en Langres el 5 de octubre de 1713 y murió en París el 31 de julio, de 1784 en pleno vigor intelectual.

Diderot era hijo de un cuchillero que gracias a su perseverancia en el trabajo, había asegurado a su familia un desahogado pasar y dado a sus hijos una educación clásica completa.

Uno de los hermanos de Diderot el segundo, abrazó la carrera de la Iglesia; la otra hermana entró en religión y murió loca.

A la edad de 9 años, Dionisio ingresó en el Colegio de los Jesuitas de Langres; a los 12 fué tonsurado; un tío materno, el Canónigo Vignerón, quería dejarle un beneficio, con la intención de conferirle órdenes menores tan luego como terminase sus estudios.

De talento extraordinario, aunque de carácter arrebatado, sobresalía Diderot en los Estudios, y los Jesuitas sus maestros querían ganarlo para su causa, haciendo de él una lumbrera de la orden. Con

este fin, se le aconsejó se trasladara a París para proseguir su carrera en el Colegio D'Harcourt, hoy Liceo de Saint Louis.

Cuando sin notificarlo a su padre se disponía a emprender el viaje suplo el autor de sus días que le reprendió severamente por aquel conato de indisciplina, si bien respetando lo que él consideraba una vocación, transigió al fin y le acompañó en aquel viaje a la capital, esperando no obstante, que Dionisio volvería sobre su resolución.

De momento no fué así, pues Diderot perseveró en su propósito, si bien al terminar sus estudios no habló más de su ingreso en la Compañía, y de la noche a la mañana aparece en las oficinas de M. Clément de Ris, Procurador en París.

Parece ser que descuidó algo sus deberes de pasante en casa del Procurador, dedicando con preferencia el tiempo al estudio del griego y del latín el italiano, las matemáticas y el inglés, conocimientos que a no tardar mucho debían constituir su honrado modo de vida.

Disgustado por aquella conducta el padre de Dionisio, castigó al hijo retirándole la bolsa, y Diderot vióse atenido a sus propios recursos y a los que secretamente le enviaba la buena de su madre por conducto de una vieja criada de la casa, la cual mujer añadía a la vez al óbolo materno algunos luises de su particular peculio.

Cerca de diez años duró la vida de trabajo y privaciones que Diderot se había impuesto. De aquel afanoso período de su vida, se carece de datos precisos; sábese sólo, porque lo consignó él mismo, que enseñaba matemáticas. Que si el discípulo era aplicado y despierto de inteligencia, le daba lección todo el día; si por el contrario encontraba un tonto, no volvía a su casa. Que se le pagaba su trabajo pedagógico con libros, con muebles, con ropa, con dinero, «o de ninguna manera, lo cual le era igual».

En aquel amargo período de su vida, compuso sermones para las misiones de las colonias portuguesas, tradujo libros, fué preceptor de los hijos de M. Randon de Boisset, rico financiero, si bien pronto se cansó de la reclusión que le imponía el cargo.

En aquella vida de privaciones y de amarguras que le imponía la lucha por el pan, conoció Diderot la miseria, fué de bracete con el hambre, triste compañero. Entonces juró que nunca, mientras pudiera, consentiría que ser humano pasara aquellos tormentos, y su hija, Mme de Vandeuil, afirma que su padre cumplió escrupulosamente su juramento.

En aquellos días de penuria, vivió Diderot en la rue Observance y se enamoró de una vecina suya, Anne-Antoinette Champion, hija de una viuda propietaria de un almacén de mercería. Después de muchas luchas y contratiempos para vencer resistencias familiares, se casó Diderot con la joven en 6 de noviembre de 1743. De aquel matrimonio nacieron varios hijos, de los que sólo sobrevivió al escritor filósofo su hija María Angélica, luego Mme de Vandeuil.

Hacia 1748 concibió Diderot la idea de la *Enciclopedia* que por sí sola hubiera bastado a hacer inmortal su nombre, asociándose con D'Alembert para realizar aquella prodigiosa síntesis de los conocimientos humanos.

Interesante en extremo es la historia de la *Enciclopedia*, pero no cabe intentar ni apuntarla en las contadas páginas de que disponemos.

Coincidiendo con la iniciativa filosófica apuntada, una leve alusión a los ojos de Mme. Despré de Saint-Mauz, llevó a Diderot a la prisión de la torre de Vincens, donde fué tratado con rigor extremo.

Dulcificada la dureza del régimen carcelario que le privó, incluso de los medios de escribir, pudo al fin comunicar con su familia y sus amigos, entre ellos, J J Rousseau y los Editores de la *Enciclopedia*.

Puesto al fin en libertad el 3 de noviembre de 1749, redactó el prospecto de la *Enciclopedia*, obra que en dos meses obtuvo un éxito de librería inusitado para aquella época. Obra la *Enciclopedia* escrita con franco espíritu de progreso, tuvo, desde luego, en frente a los jesuitas, que lograron la suspensión de la obra en el tomo II.

No fué esta la única contrariedad que, mediante triquiñuelas legales, sufrió aquella publicación, alarde prodigioso de saber y perseverancia.

Diderot, a quien preocupaba la idea de dejar un

dote a su hija, y no contando con otros recursos que los que le proporcionaba su dirección de la *Enciclopedia*, ideó vender su biblioteca particular, y a punto de cerrarse el trato, se interpuso Catalina II de Rusia, quien la compró por 65 000 francos al contado, más una pensión de 1 000 francos anuales, dejando en poder del ilustre hombre sus libros mientras viviese.

Después de unos viajes que hizo a Rusia y a Holanda decayó notablemente la salud del escritor eximio, falleciendo casi repentinamente, poco después de comer, de un ataque de apoplejía, en 19 de febrero de 1784.

Al fallecer, dejó inéditos 33 volúmenes, que su hija envió a Rusia juntamente con la biblioteca de su padre.

C. L.



LA RELIGIOSA

La respuesta del señor marqués de Croismare, si la recibo, me proporcionará las primeras líneas de esta narración; pero como antes de escribirle he querido conocerle, no creo demás comenzar por transcribir el retrato que de él se me ha hecho.

El marqués de Croismare es un hombre de mundo que se ha distinguido en la carrera de las armas; hoy se encuentra ya en la edad madura; ha sido casado y tiene una hija y dos hijos a quienes ama entrañablemente y que le pagan su cariño. Entre sus ventajas personales deben citarse con preferencia: lo ilustre de su nacimiento, su talento, su inalterable buen humor, su afición a las bellas artes, y, sobre todo, su originalidad.

Me han encomiado su sensibilidad exquisita, su honradez a toda prueba, así como su carácter caballeresco; y, deduciendo de estos informes y del vivo interés que ha tomado en mis asuntos, que no me comprometía en nada dirigiéndome a él, me he aventurado a dar este paso. Sin embargo, como es de presumir que no se determine a cambiar mi suerte sin saber quién soy, he resuelto vencer mi amor propio y mi repugnancia dando comienzo a estas Memorias, en que me propongo pintar una parte de mis desventuras, sin talento y sin arte, pero con la sencillez de mi edad y la franqueza de mi carácter.

Mi padre, que era abogado, había dado su mano a mi madre cuando ya estaba en una edad avanzada, lo cual no había sido obstáculo para que de allí a poco se encontrara padre de tres hijas. Tenía fortuna de sobra para establecerlas ventajosamente; pero para esto era preciso que su ternura se dividiera entre ellas con verdadera equidad, y en este punto no puedo prodigarle grandes elogios si he de proceder con veracidad y con justicia.

Como me he propuesto hablar aquí con entera franqueza, no debo ocultar que yo valía más que mis hermanas, no sólo por los atractivos de la hermosura, sino lo que es más duradero, por los del corazón: y el talento; pero las ventajas que la naturaleza y mi aplicación me habían proporcionado, constituían precisamente la causa de mis pesares. De tal modo parecía molestar a mis padres aquella superioridad, que más de una vez he deseado parecerme a mis hermanas para ser querida, festejada y disculpada en mis faltas.

Es cierto que las alabanzas de los extraños me vengaban con exceso de aquella injusticia; pero cuanto mayores eran éstas, más se extremaban luego los malos tratos de mi familia, no sabiendo qué mortificaba más mi amor propio, si las injurias de que me colmaban o la indiferencia con que aparentaban mirarme. ¡Cuántas lágrimas me ha costado el no haber nacido fea, necia y orgullosa!

Lo que me preocupaba eternamente era conocer la causa de que provenía tal injusticia en un padre y en una madre que en todas las demás cosas eran modelo de piedad y de rectitud. ¿Me atreveré a confesárselo? Algunas palabras esca-

padas al temperamento colérico de mi padre, ciertas circunstancias observadas por mí a largos intervalos y las habillas de los vecinos y de los criados, han acabado por hacerme sospechar una razón que puede disculpar aquel proceder para conmigo. Tal vez mi nacimiento no inspiraba a mi padre gran certeza de legitimidad; quizá mi presencia en el mundo era para mi madre el recuerdo vivo de una falta que se la echaba en cara con sobrada frecuencia.

No sé si esta sospecha tiene sólido fundamento, pero ¿arriesgo algo confiándosla? Sé que quemareis este escrito, como yo prometo que mar vuestra respuesta y esto me hace hablaros con la misma franqueza con que me habló a mí propia.

Como habíamos venido al mundo con breve intervalo, las tres hermanas crecíamos casi a la par y a las tres se nos debían presentar simultáneamente los partidos. A mi hermana mayor se le acercó un gallardo joven, que no tardé en darme cuenta de que me distinguía más que a ella, y temiendo que sus atenciones pudieran acarrearle serios disgustos, me creí en el deber de advertir a mi madre. Es, quizá, la única cosa en mi vida que le ha sido agradable, y, sin embargo, la recompensa que obtuve fué que a los pocos días me notificó que había conseguido para mí una plaza en un convento y que al día siguiente sería conducida a él.

Tan poco a gusto me encontraba en mi casa, que aquella noticia no me afligió; lejos de ello, partí con verdadero júbilo al convento de Santa María, donde supe que el pretendienté de mi her-

mana, al dejarme de ver, me olvidó, y la dió su mano. Como último detalle, diré que se llama K..., que es notario en Corbeil y no muy feliz en su matrimonio. Mi segunda hermana se casó con un comerciante de sedería, establecido en París en la calle de Quincampois; se llama monsieur Beauchon y vive en la mejor armonía con su mujer.

Una vez establecidas mis dos hermanas, creí que pensarían en mí y no tardarían en sacarme del convento. Entonces tenía diez y seis años y medio; sabía que se había dotado cuantiosísimamente a mis hermanas; y prometiéndome una suerte igual a la suya, me entregaba a los más dulces ensueños, cuando un día me dijeron que me querían hablar por el locutorio. Era el padre Serafín, director espiritual de mi madre y que también lo había sido mío, el cual, sin ningún embarazo, no tardó en explicarme el motivo de su visita. Se trataba de obligarme a que tomara el hábito de religiosa; proposición a la que me opuse con tanta extrañeza como audacia, manifestándole que no me sentía con vocación alguna para el claustro.

— Tanto peor, me dijo, porque vuestros padres han quedado arruinados a consecuencia de las cuantiosas dotes dadas a vuestras hermanas, y no creo puedan hacer otra cosa por vos en la precaria situación en que se hallan. Reflexionadlo bien y ved que no os queda otro recurso que entrar para siempre en esta casa o pasar a algún convento de provincia, donde se os recibirá mediante una módica pensión, y del que no podreis salir hasta la muerte de vuestros padres, que

es lo probable se haga esperar todavía largos años.

Tales palabras me llenaron de desconsuelo y me hicieron prorrumpir en abundantes lágrimas. La superiora, que estaba prevenida ya, me esperaba a la salida del locutorio, y viendo el estado de desesperación en que me encontraba, salió a mi encuentro, diciéndome:

—¿Qué os sucede, hija mía? ¿Qué motiva tan horrible desconsuelo? Me haceis temblar. ¿Habéis tenido la desgracia de perder a alguno de vuestros deudos?

Yo, que ignoraba entonces hasta que punto conocía la causa de mis pesares, iba a arrojarme en sus brazos, pero me contenté con exclamar:

—¡Ojalá! Yo no tengo ni padre ni madre; soy una desgraciada a quien se detesta y a la que se quiere enterrar en vida.

Mi interlocutora dejó pasar el arrebató y esperó el momento de la calma. Entonces la expliqué detalladamente lo que acababan de anunciarme, y pareciendo apiadarse de mí, me animó a no tomar un estado para el que no me sentía con vocación. No sólo me ofreció interceder por mí, sino que hasta unió sus lágrimas a las mías. ¡Imposible es formarse idea del artificio que cabe en el alma de una superiora de convento! ¡Sólo después de largo tiempo he aprendido a dudar de su buena fe!

Me hizo creer que había escrito interesándose por mí, y me enseñó las respuestas que de antemano sabía iba a recibir, dando con ello tiempo a que el plazo que se me había concedido expirara. Cuando éste terminó vino a participármelo con la tristeza mejor estudiada.

Por el pronto permaneció ante mí sin hablar; después me dirigió algunas palabras de conmiseración, que bastaron para hacerme adivinar el resto. Aquella fué una verdadera escena de desolación, en la que hizo verdadera gala de ese arte supremo que se llama disimulo. Al final de ella me dijo (creo que llorando): «¡Hija mía, fuerza es que nos separemos! ¡Tal vez no nos veamos más!» Y otras frases que no entendí, porque los sollozos me ahogaban; pero pasados algunos momentos añadió:

—¿Por qué no haceis una cosa? Escuchadme, y no digais que al menos no os he dado un consejo. ¿Qué es lo que se quiere de vos? ¿Que tomeis el velo? Pues bien, ¿por qué no le tomáis? ¿A qué os obliga esto? A nada; a permanecer los dos años del noviciado con nosotras. Y en dos años... ¿sabeis cuántas cosas pueden suceder en dos años?

A estos propósitos insidiosos supo unir tantas caricias, tantas protestas de amistad, tantas dulces mentiras, que yo, que conocía el lugar en que estaba, pero que ignoraba cuál sería al que se me llevaba, me dejé persuadir.

Sin perder un momento escribió a mi padre, y debo confesar que su carta hubiera engañado a una persona más astuta que yo. Sin embargo, aunque todas mis quejas y todas mis lágrimas parecían haber encontrado forma en ella, al final se daba clara y rotundamente mi consentimiento.

¡Con qué celeridad se preparó todo! Se designó el día de la ceremonia, se me hicieron los hábitos y el momento de la toma del velo llegó

sin que yo notara intervalo entre todos estos detalles.

Olvidaba decirlos que mis padres vinieron a verme y que no hice nada para conmoverlos. Por lo demás, todo hubiera sido inútil, pues su inflexibilidad no se desmentía un momento. El reverendo padre Blin, doctor de la Sorbona, fué quien me exhortó y monseñor el obispo de Alepo el que me dió el hábito.

La ceremonia no tiene nada de alegre: aquél día fué uno de los más tristes de mi vida. Aunque las religiosas se estrechaban en torno mío para sostenerme, cien veces sentí flaquear mis rodillas y otras tantas me sentí próxima a caer en las gradas del altar. Nada veía, ni oía nada; parecía haber caído en la estupidez más completa, hasta el punto que tenían que responder por mí a las preguntas de ritual.

Por fin, aquello acabó y al retirarse todo el mundo, quedé en medio del rebaño a que acababan de asociarme. Mis compañeras me rodeaban diciendo al abrazarme:

—¡Hermana mía!... ¡Qué hermosa está!... ¡Qué bien la sienta el velo!... ¡Qué esbeltez presta a su talle este traje!

Pero yo apenas las escuchaba; mi desolación no me dejaba oír otra cosa que las sofocadas voces de mi dolor. Sin embargo, fuerza es confesar que cuando me encontré sola en mi celda, recordé sus lisonjas y no pude menos de preguntar al espejo si era verdad cuanto me habían dicho.

Hay honores particulares destinados a este día y conmigo se extremaron, a pesar de lo cual me manifesté poco sensible a ellos. Por la tarde al salir del coro, la superiora se presentó en mi

celda y me dijo, después de haberme contemplado unos instantes en silencio:

—No sé por qué os inspiran tanta repugnancia estos hábitos. Os sientan a las mil maravillas y puedo aseguraros que estais encantadora. Os aseguro que sor Susana será tenida por una de las religiosas más bellas que ha tenido esta casa. No os encorveis, conservad la esbeltez de vuestro talle.

Y diciendo esto me levantaba la cabeza, componía mis brazos y cruzaba mis manos sobre el seno con cierta coquetería. Era casi una lección de Marcel (1), aplicada a las gracias monásticas; porque bueno es que sepais que cada profesión tiene las suyas.

—Ahora es otra cosa, dijo cuando estuvo satisfecha de su obra. Pero hablemos seriamente. Contamos con dos años y en ellos pueden cambiar vuestros padres de resolución. Vos misma quizás preferáis quedaros aquí cuando quieran sacaros.

—No lo imaginéis siquiera, señora, respondí resueltamente.

—Habeis estado largo tiempo entre nosotras pero aún no conocéis nuestra vida, que si bien no carece de penalidades, no está exenta de dulzuras...

Y con voz melosa me habló largamente de todo cuanto puede decirse del mundo y del claustro. Sus consideraciones las he visto repetidas muchas veces, porque, desgraciadamente, me han hecho leer el numeroso fárrago de obras en que diversas religiosas han pintado una vida que

(1) Célebre maestro de baile.

conocen bien y que detestan, haciéndose creer a sí mismas que es superior a la de un mundo que adoran con pasión y que desconocen por completo.

Os haré gracia de los detalles de mi noviciado. Si en él se observase toda la austeridad prescrita, nadie profesaría; pero porque conocen esto, procuran que sea el tiempo más dulce de la vida monástica. Una maestra de novicias es la hermana más indulgente que puede hallarse. Su habilidad consiste en ocultaros todas las espinas del futuro estado; en daros un constante curso de seducción de los más sútiles y mejor preparados; en hacer os más densas las tinieblas que os rodean, y en arrullaros, adormeceros y fascinaros de tal modo, que creáis luz lo que sólo son sombras. No creo que haya ningún alma joven y sin experiencia que resista a la prueba de tan funesto arte. A ninguno de los precipicios que tiene el mundo, se llega por tan fácil pendiente.

Aparte de esto, con nadie eran tan solícitos los cuidados como conmigo. Si estornudaba dos veces seguidas, se me dispensaba del coro, de la misa y de todo trabajo; me acostaba temprano y me levantaba tarde. En una palabra, la regla era letra muerta para mí. Hasta mis horas de tedio trataban de dulcificarlas contándome historias mundanas de las más escabrosas y no siempre auténticas. Verdad es que la crudeza de tales relatos estaba siempre mitigada por expresivas acciones de gracias al Señor por librar a tan santa casa de los horrores del mundo.

Entre tanto, cada día sentía avivarse en mí la repugnancia hacia aquella vida, y la necesidad de

dar rienda suelta a la tristeza que me consumía me impulsaba a dar cuenta de mis dolores a la superiora y a la maestra de las novicias. Estas mujeres se vengán sobradamente del enojo que nuestras quejas las producen; porque no es posible creer que gocen con el papel hipócrita que desempeñan y con las necesidades que se ven obligadas a repetir. Esto debe producirles un atroz tormento; pero llevan con resignación la carga en gracia a los centenares de escudos que cada profesión lleva a la casa. Tal es el importante objeto por que pasan la vida mintiendo y por el cual preparan a inocentes jóvenes un porvenir de cuarenta o cincuenta años de tortura y tal vez una eterna perdición, porque, tenedlo por cierto, de cien religiosas que mueran antes de los cincuenta años, ciento se condenan, si es que alguna de ellas no se vuelve antes idiota o loca.

Llegó un día en que una de estas últimas se escapó de la celda en que la tenían encerrada y tuve, no sé si la suerte o la desdicha de verla. Nada he visto tan repugnante ni tan lastimoso. Desgreñada, con los vestidos desgarrados y enseñando por todas partes los miembros escuálidos y amoratados, arrastraba una gruesa cadena de hierro; sus ojos estaban extraviados, sus manos parecidas a garras se clavaban en su pecho y mientras lanzaban sus labios las más terribles imprecaciones, buscaba una ventana por donde arrojarle.

Ante aquel espectáculo se apoderó de mí un invencible espanto, y viendo la imagen de mi porvenir en aquel presente, juré en el fondo de mi alma sufrir antes la muerte que exponerme a tales su-

frimientos. Sin embargo, presintiendo el efecto que aquella escena debió haberme producido, se puso especial cuidado en desvanecer mi mala impresión. Me dijeron de aquella religiosa una porción de mentiras tan ridículas como contradictorias; que ya tenía la razón perturbada cuando entró en el claustro; que había sufrido una conmoción en el momento crítico en que la naturaleza la convirtió en mujer; que padecía achaques de visionaria; que se creía en comercio con los ángeles; que se había entregado a lecturas perniciosas que la habían trastornado el juicio; que había escuchado predicaciones de una moral heterodoxa que la habían producido tal miedo hacia los altos juicios, que su cabeza había desvariado; que no veía más que demonios en todas partes; que aquel contratiempo era el único dolor de tan apacible retiro; que jamás se había visto ejemplo tan inaudito en aquella santa casa y ¿qué sé yo cuántas más? Pero toda aquella elocuencia no producía efecto alguno en mí; a cada momento la monja loca se aparecía a mi conturbado espíritu y me hacía reiterar el juramento de no pronunciar voto alguno.

El momento de probar si sabría mantener mi palabra, no tardó en presentarse. Una mañana, después de los oficios, vi entrar a la superiora en mi celda. Tenía una carta en la mano; su rostro revelaba tristeza y abatimiento; sus brazos pendían pesadamente a lo largo de su cuerpo; hubiera dicho que las lágrimas pugnaban por asomar a sus ojos y me miraba en silencio aguardando a que yo hablase la primera. Mas viendo que no sucedía así, empezó por decirme que el oficio del día había sido largo; que había tosido

un poco y que me creía indispueta. Yo la contesté que no, y volví a callar; viendo lo cual, se decidió a poner la carta sobre sus rodillas ocultándola en parte con la mano, hasta que por último me dijo:

—Ha escrito.

—¿Mi madre?—la interrogué.

—Sí, respondió alargando el papel; leed.

Yo me repuse un poco, tomé la carta y la comencé a leer con bastante firmeza; pero a medida que avanzaba, el espanto, la indignación, la cólera y el despecho se sucedían en mí, dando lugar a diferentes sentimientos. Algunas veces el papel se escapaba de mi mano, otras me daban intenciones de estrujarlo y arrojarlo lejos de mí.

—Y bien, hija mía, ¿qué contestais?

—Ya lo sabeis, señora.

—¡Oh, no! Los tiempos son desgraciados; vuestra familia ha sufrido pérdidas considerables; los asuntos de vuestras hermanas no marchan bien; una y otra se han cargado de hijos y es fuerza hacer grandes sacrificios para sostenerlos. Imposible es que pretendais ser una nueva carga para vuestros padres y el rumor de vuestra profesión ha tomado tanta insistencia, que desistir sería un verdadero escándalo. Por lo demás, contad siempre con mi ayuda. Jamás he violentado a nadie para que pronuncie sus votos; sólo Dios es quien determina la vocación y es peligrosísimo querer mezclar otra voz a la suya. Jamás pretenderé hablar a vuestro corazón si la gracia no le dice nada y por más que no olvide que merced a mi persuasión habeis dado los primeros pasos, no consentiré que se abuse de vos para torcer

vuestra voluntad. Lo único que debo preguntaros es: ¿quereis profesar?

—No, señora.

—¿No sentís inclinación alguna hacia el estado religioso?

—No.

—¿No obedecereis a vuestros padres?

—No.

—¿Qué vais a ser, pues?

—Todo, menos religiosa. Esto último no quiero serlo, y no lo seré.

—Se cumplirá vuestra voluntad. Lo que falta es redactar una respuesta a vuestra madre.

Convinimos en algunas ideas y escribió una carta que me dejó completamente satisfecha, lo cual no fué obstáculo para que se enviara a amonestarme al doctor que había estado encargado del panegírico en mi toma de hábito; se me recomendara a los cuidados de la maestra de novicias y el mismo obispo de Alepo viniera a hacerme oír su autorizada palabra. Prolijo sería enumerar las verdaderas batallas que tuve que sostener con infinitas personas piadosas que se mezclaron en mis asuntos sin que yo las conociera, e imposible de revelar los nombres de los frailes y clérigos con quienes conversé aquellos días. Por último, llegó mi padre, mis hermanas me escribieron extensas cartas y mi madre se presentó la última. Ruegos, lágrimas, amenazas, todo fué inútil para convencerme, hasta que viendo que era estéril cuanto se hiciera para arrancarme el consentimiento, se tomó el partido de arreglarlo todo para la profesión, prescindiendo de esta importante formalidad.

Desde aquel momento me encerraron en mi

celda; se me impuso silencio; se me separó de todo el mundo y abandonada a mí misma comprendí que estaban dispuestos a disponer de mí como quisieran. Pero yo estaba irrevocablemente resuelta a no perder mi libertad y renaciendo en mí todos mis temores, verdaderos o falsos, me encontraba decidida a no dejarme domeñar.

Sin embargo, mi estado no podía ser más desconsolador e ignoraba cuál sería mi suerte cuando aquella extraña situación terminara. En medio de tales incertidumbres, tomé una resolución que juzgareis como os plazca: yo no veía ya a nadie, ni a la superiora, ni a la maestra de novicias, ni a mis compañeras; pero hice llamar a la primera y fingí doblegarme a la voluntad de mis padres, con el oculto designio de acabar aquella persecución con escándalo, protestando públicamente contra la violencia que meditaban. Con la mayor sumisión dije que podían disponer de mi suerte y que si se me exigía la profesión profesaría.

Aquellas palabras devolvieron la perdida alegría a la santa casa, y las caricias, las lisonjas y toda suerte de seducciones tornaron a aparecer. Dios había hablado a mi corazón; nadie estaba más en camino del estado de perfección, que yo; era imposible que tal no sucediera, y este desenlace era el que desde el principio se aguardaba. Jamás llenó nadie los piadosos deberes con tanta edificación. La maestra de novicias no había visto en ninguna de sus discípulas vocación mejor caracterizada, y no se cansaba de repetir que desde el primer día había dicho a la superiora que el desenlace no podía ser otro; añadiendo que mi anterior obstinación no era otra cosa que suges-

ción del enemigo malo, el cual, vencido al fin, había cesado de obsesionarme, dejándome des-
embarazado un camino en que mi planta sólo
encontraría blanda alfombra de flores. El argu-
mento que más llamó mi atención, fué la exposi-
ción de una teoría, según la cual, todo aquel apa-
rato que contra mí había desplegado Satán, no
era otra cosa sino una gracia otorgada por el
cielo para hacer más sublime mi fervor.

No puedo menos de confesar que encontré
extraño que una misma cosa venga de Dios o
del diablo, según el lado por donde se la mire;
pero después he tenido ocasión de convencerme
que esto es muy frecuente en la religión. Los que
han querido prestarme consuelos en mis horas
de desesperación, tan pronto me han dicho que
mis pensamientos eran instigaciones de Satanás
como inspiraciones de Dios. Es decir, que el
mismo mal viene, o de Dios que nos prueba, o
del diablo que nos tienta.

Mi principal cuidado era conducirme con dis-
creción y contando con el dominio sobre mí
misma, recibí la fría y ceremoniosa visita de mi
padre, el contenido abrazo de mi madre, y las
estudiadas cartas de felicitación de mis herma-
nas y de otras personas allegadas a mi familia.
Por último, supe que monseñor Tierry, can-
ciller de la Universidad, recibiría mis votos y que
el vicario de Saint-Roch, M. Sornin, se encargaría
de la plática predecesora de la ceremonia.

Todo fué bien hasta la víspera del día seña-
lado, si se exceptúa un incidente que no conviene
olvidar. Habiendo sabido que la profesión debía
hacerse sin la menor publicidad, no abriéndose
las puertas de la iglesia más que para mis pa-

rientes, obtuve permiso para escribir algunas cartas, y por medio de ellas invité a cuantas personas conocía en el contorno. Todo aquel público que no se esperaba, se presentó, y como no se podía en buena ley negarle la entrada, me encontré con una concurrencia tal cual a mis proyectos convenía.

¡Qué noche la que precedió a aquel día! Falta de sueño, sentada en mi lecho, llamaba a Dios en mi ayuda, elevaba las manos al cielo, le tomaba por testigo de la violencia que se cometía conmigo, y representándome el escándalo que había de producir mi protesta al pie mismo de los altares, pensaba en la estupefacción del auditorio, en la desesperación de las religiosas y en la cólera de mis padres.

Al imaginarme tal escena, un desfallecimiento general se apoderó de mí y caí desfallecida en el lecho, donde sólo sentí una sensible impresión de frío primero y después un calor sofocante. No recuerdo haberme desnudado ni hago memoria de haber salido a los claustros; pero el hecho es que me encontraron desnuda y tendida a la puerta de la celda de la superiora, sin movimiento y casi sin vida. Todo esto lo supe posteriormente.

Me condujeron a mi lecho y al despertar a la mañana siguiente me encontré rodeada de la abadesa, de la maestra de novicias y de otras varias madres. Mi abatimiento era espantoso, pero algunas preguntas hábilmente hechas, las hicieron comprender que no tenía conocimiento alguno de lo acaecido durante la noche y se guardaron bien de hablarme de ello. Me preguntaron cómo me encontraba y si podía soportar las fatigas

de la ceremonia, y contra lo que esperaban, contesté con resolución que sí.

Todo estaba dispuesto desde la víspera.

El toque de las campanas anunció que una desgraciada iba a caer en aquella espantosa sima, y mientras mi corazón latía con violencia, entraron a vestirme, justificando de aquel modo lo que se me había dicho ya, esto es, que aquel día era para mí un día de galas y festejos. Hoy, cuando me acuerdo de todas aquellas ceremonias, no puedo menos de convenir en que tiene algo de solemne y de conmovedor el rodear a la víctima de unos adornos a que ha de renunciar para siempre.

En seguida se me condujo a la iglesia; se celebró la misa y el santo vicario, que suponía en mí una resignación que no existía, pronunció un largo discurso en que no había una frase que no fuera un contrasentido. Había algo de sarcástico en cuanto me decía de mi dicha, de la gracia, de mi valor, de mi celo y de mis fervores religiosos. El contraste entre sus elogios y la resolución que había tomado, me turbó hasta el punto de que tuve momentos de verdadera incertidumbre. Pero aquel estado fué pasajero; muy en breve sólo vi el horror que la vida del claustro me inspiraba, y mi primer pensamiento subsistió.

Llegó entre tanto el terrible momento. Cuando me fué forzoso penetrar en el lugar donde debía pronunciar mis votos, mis piernas flaquearon de tal modo, que dos religiosas tuvieron que asirme de los brazos, mientras una tercera sostenía mi cabeza. No sé lo que pasaría en el alma de los asistentes, pero de seguro veían en mí

una moribunda a quien se arrastraba al altar. Así lo delataban los suspiros y los sollozos que salían de todas partes y a los cuales estoy cierta que no se mezclaban los de mis padres. Todos estaban en pie, y aun había algunas personas subidas en sus asientos o encaramadas en los primeros barfotes de la celosía de hierro. En medio del más profundo silencio resonó por fin la voz del sacerdote preguntándome:

—María Susana Simonin, ¿prometeis decir la verdad?

—Lo prometo.

—¿Estáis aquí de buen grado y por libre y espontánea voluntad?

—¡No! respondí con seguro acento; pero las que me acompañaban ahogaron mi voz con un sí estridente y rumoroso que se perdió en las bóvedas del templo.

—María Susana Simonin, ¿prometeis a Dios castidad, pobreza y obediencia?

Dudé un momento, el sacerdote aguardó mi respuesta y por fin contesté:

—¡No!

El clérigo creyó sin duda que había entendido mal, y me volvió a preguntar:

—María Susana Simonin, ¿prometeis a Dios castidad, pobreza y obediencia?

Pero yo, con voz cada vez más fuerte, respondí:

—¡No, no!

Me miró con asombrados ojos y después de una pausa añadió con dulzura:

—Volved en vos, tranquilizaos y fijaos bien en lo que os digo.

—Padre mío, repliqué, os he entendido bien.

Me habeis preguntado si prometo a Dios castidad, pobreza y obediencia, y yo os contesto que no.

Y volviéndome en seguida a los asistentes, entre los cuales se había elevado sordo murmullo, hice señas de querer hablar. El murmullo cesó y yo dije:

—Señores, y sobre todo, padres míos, a todos os pongo por testigos...

Al llegar aquí, una hermana corrió con mano vigorosa la pesada cortina de la cancela y comprendí que era inútil continuar. Las religiosas me rodeaban abrumándome con sus reproches; yo las escuchaba en silencio y viendo que era vana toda resistencia me dejé conducir a mi celda en la que se me encerró con llave.

Allí, sola, entregada a mis reflexiones, comencé a tranquilizarme. Medité sobre el paso que acababa de dar, y no me arrepentí. Después del escándalo que había producido, era imposible que permaneciese allí largo tiempo y más imposible aún que se atrevieran a insistir en mi profesión. No sabía qué harían de mí; pero cualquiera cosa me parecía menos horrible que los votos.

Largo tiempo estuve sin saber que resolución se pensaba adoptar. Las que me llevaban la comida entraban, la dejaban en el suelo y volvían a salir sin pronunciar una palabra. Al cabo de un mes, me dieron vestidos seculares, me quitaron los de la casa, y la superiora, que había venido a mi celda, me mandó seguirla hasta la puerta del convento.

Allí subí en un coche en que me esperaba mi

madre sola, me senté en el testero y el vehículo partió.

Largo espacio permanecimos frente a frente sin cambiar una sola frase y sin atrevernos a levantar los ojos; hasta que de pronto, sin darme cuenta de lo que pasaba en mi alma, me arrojé a sus piés, y oculté mi frente en sus rodillas. No sé si mi ánimo era hablar, pero lo que puedo decir es que aunque lo hubiera pretendido, los sollozos hubieran ahogado mi voz.

Mi madre me repelió con dureza, pero yo no me levanté y conseguí apoderarme de una de sus manos, que regué con mis lágrimas. Mientras la cubría de besos, murmuraba:

—¡Siempre sereis mi madre, soy vuestra hija!.,

Pero por toda respuesta me rechazó con mayor despego aún, murmurando con sordo acento:

—Levantaos, levantaos, desdichada.

Había tal autoridad en su voz, que no solo la obedecí, sino que echándome el velo sobre la cara parecía querer huir de su presencia.

Así llegamos a su casa, donde se me condujo en seguida a la reducida habitación que me habían dispuesto. En la escalera me arrojé de nuevo a sus plantas queriendo detener su marcha; pero todo lo que obtuve fué que se volviera hacia mí para lanzarme una mirada de altanera compasión.

Seis meses pasé en mi nueva prisión, solicitando todos los días inútilmente la gracia de hablarla o el favor de ver o escribir a mi padre. Se me daba de comer, se me servía y el único extraordinario que se me otorgaba, era que los días festivos me hiciera compañía en la mesa una criada, que después me dejaba encerrada. Le-

yendo, trabajando, llorando algunas veces y otras cantando, pasaba los largos días de mi cautiverio siempre sostenida por una idea: en medio de todo me sentía libre dentro de mi conciencia y aquel estado podía cambiar. ¡Cuán equivocada estaba! Debía ser religiosa y al fin lo fuí.

Tanta inhumanidad, tal terquedad por parte de mis padres, han acabado de confirmar las sospechas concebidas acerca de mi nacimiento. Es la única excusa que he podido encontrarles. Mi madre temía que llegara la hora en que yo pidiese mi parte en el caudal paterno y se asustaba ante la idea de que una hija natural se asociase a los hijos legítimos. Lo que no era más que una presunción, vais a ver cómo se tornó en certidumbre.

Mientras permanecía encerrada en mi casa, hacía pocos ejercicios exteriores de religión; lo cual no era obstáculo para que se me enviara a confesar la víspera de las más señaladas fiestas. Ya os he dicho que tenía el mismo director espiritual que mi madre, y como es consiguiente, no perdía ocasión de hacerle ver lo riguroso de la conducta que observaba conmigo desde hacía tres años.

El sacerdote, que por haber tomado muy tarde los hábitos, conservaba un fondo de humanidad, me escuchaba siempre con calma pero moviendo dubitativamente la cabeza. Un día me dijo:

—Hija mía, mejor que censurar a vuestra madre, lo que debéis hacer es compadecerla. Su alma es buena y podeis estar segura de que obra así muy a pesar suyo.

—¿A pesar suyo? interrumpí. ¿Y quién puede

obligarla a ello? ¿No soy hija suya? ¿Qué diferencia existe entre mis hermanas y yo?

—Una muy grande.

—No os entiendo... Y ya me disponía a hacer el paralelo entre mis hermanas y yo, cuando me detuvo diciendo:

—Sabed sólo que no es la inhumanidad el pecado de vuestros padres. Tratad de sobrellevar con paciencia vuestra suerte, y cuando menos contraeréis con ello un mérito a los ojos de Dios. Veré a vuestra madre, y estad segura que emplearé en vuestro beneficio todo el ascendiente que pueda tener sobre su conciencia.

Aquellas frases fueron un rayo de luz para mí. Desde aquel momento ya no dudé. Cuanto había pensado de mi nacimiento era cierto.

El sábado siguiente, hacia las cinco y media de la tarde, la criada que estaba a mi servicio, subió y me dijo:

—La señora manda que os vistais.

Y una hora después:

—La señora os manda bajar conmigo.

Obedecí sin vacilar; a la puerta encontré un carruaje, en que subimos la criada y yo, y supe que íbamos a los Fuldenses, donde moraba el padre Serafín. Cuando llegamos allí, el buen sacerdote que nos esperaba estaba solo; la criada se alejó y él me habló así:

—Señorita, os va a ser descifrado el enigma de la severa conducta de vuestros padres, para lo cual he obtenido permiso de vuestra madre. Teneis talento y firmeza; estais en edad de que se os pueda confiar un secreto, y por más que haga largo tiempo que debiérais conocer lo que hoy voy a revelaros, no dejareis de tener en cuen-

ta la natural vacilación de una madre que se ve obligada a poner de manifiesto sus faltas ante los ojos de sus hijos. Creía poder evitarse este sonrojo; pero ya que la suerte lo quiere, estoy autorizado para haceros saber que no sois hija de M. Simonin.

—Casi estaba segura de ello, le respondí sin vacilar.

—Ved ahora, señorita, si vuestra madre puede, sin el consentimiento de vuestro padre, aún con el de él mismo, haceros partícipe de la fortuna de vuestras hermanas, y si puede confesar a su esposo un hecho del cual tal vez tenga ya vehementes sospechas.

—¿Y quién es mi padre?

—Eso es lo que no se me ha confiado. Pero lo que sí tengo el encargo de haceros comprender, es que, a pesar de las ventajas personales que teneis sobre vuestras hermanas, se ha tenido cuidado de reducir de tal modo vuestra legítima, que aún en el caso de que un día buscarais el amparo de la ley para reclamar lo que os corresponde, tan poco se os daría, que de seguro entonces sentiríais no haber ingresado en un convento.

—No protesto de esa precaución. Tened la seguridad de que nunca pediré nada.

—Es que ignorais lo que es la privación, el trabajo y quizá la indigencia.

—Conozco en cambio el precio de la libertad y el peso de un estado para el cual no se siente vocación.

—Os he dicho cuanto debía deciros: no me resta más que recomendaros reflexioneis con calma.

Y diciendo esto se levantó:

—Una pregunta todavía, le dije deteniéndole.

—Cuántas gusteis, me respondió con bondad.

—¿Saben mis hermanas lo que me habeis revelado?

—No.

—¿Y cómo pueden resolverse a despojar de sus bienes a la que creen hija de su mismo padre?

—¡Ah, señorita, el interés logra muchas cosas! Sin esto no hubieran realizado un casamiento ventajoso. En este mundo cada cual piensa en sí y olvida a los demás. No os aconsejo que contéis con ellas el día en que perdáis a vuestros padres, pues estoy seguro que os disputarían hasta el miserable óbolo que se os dejara. Tienen muchos hijos y éste sería un buen pretexto para reducirlos a la mendicidad. Además, si algún sentimiento de conmiseración las animara, se verían impotentes para socorremos; sus maridos serían los encargados de arreglarlo todo y de éstos nada debéis esperar como no fuera una limosna, cien veces más dura que las penalidades de la indigencia. Si escucháis mi consejo, reconciliaos con vuestros padres; entrad en un convento, y con la pensión que se os asignará serán vuestros días, ya que no dichosos, al menos soportables. Hija mía, pensad en lo que acabais de escuchar y obrad con prudencia y rectitud.

Yo me levanté y rompí a llorar. El, enternecido, también elevó los ojos al cielo y me acompañó hasta la puerta, donde me reuní con la criada y subiendo en el carruaje regresé a mi casa.

Una gran parte de la noche la pasé pensando

en lo que se me acababa de revelar. No tenía padre, de mi madre me privaban los escrúpulos de una conciencia turbada, y las precauciones adoptadas para que yo no pudiera nunca participar de los bienes que las leyes me otorgaban, habían hecho imposible para mí la vida. Tal vez si la explicación que ahora se me daba se hubiera anticipado, si después del casamiento de mis hermanas me hubieran dejado la sociedad que frecuentaba mi casa, mis condiciones de carácter, mis talentos y quizá mi hermosura, hubieran suplido a una dote y hubiera encontrado un partido ventajoso. Esto entonces no era imposible; pero el escándalo que había dado en el convento, lo hacía ya en extremo difícil. No se concibe que una muchacha de diez y siete años pueda realizar un acto semejante sin una firmeza poco común, y si los hombres encomian mucho esta cualidad, prescinden muy bien de ella en la mujer de la que quieren hacer su esposa. Era, sin embargo, un recurso que intentar antes de tomar otro partido, y resuelta a abrir a mi madre mi pecho solicité de ella una entrevista que me fué concedida.

Era invierno. Estaba sentada en un sillón cerca del fuego y su rostro severo y sus grandes ojos, fijos e inmóviles, le daban cierta semejanza con la estatua de la inflexibilidad. Al verla me arrojé a sus piés y deshecha en lágrimas la pedí perdón de mis errores.

—Lo que me vais a decir, me contestó, revelará si lo merecéis. Levantaos, vuestro padre está ausente y teneis tiempo de explicaros. Se que habeis visto al padre Serafín, conoceis quién sois y lo que podeis esperar de mí. Ya no desconoceis

que vuestra resolución puede castigarme por toda la vida de una falta que he expiado sobradamente. Ahora bien, ¿qué quereis? ¿qué pensais hacer?

—Madre mía, le respondí, sé que nada tengo y que a nada puedo aspirar. Lejos de mí la idea de aumentar vuestros dolores, cualesquiera que sean, y para probároslo sólo os diré que si antes me hubiéseis enterado de las circunstancias que nos rodean, me hubiérais encontrado sumisa siempre a vuestra voluntad. Hoy que no ignoro nada, no me queda más que conducirme con arreglo a mi condición. Reconozco la justicia de la distancia que me ha separado de mis hermanas, pero quiero invocar el único derecho que creo tener; no olvidéis que también soy hija vuestra y que como a ellas me habeis llevado en vuestro seno. No pido más que una gracia; no me separeis de vos, devolvedme vuestro cariño y la ternura del que se cree mi padre.

—Tal vez lo crea como vos y como yo. Jamás os veo a mi lado sin que sus reproches, su dureza para con vos me hagan temer. No esperéis de él los sentimientos de un padre tierno. Y además, ¿por qué no he de confesároslo? Vuestra presencia me recuerda una traición tan alevosa, una ingratitud tan repulsiva de parte de un hombre, que viéndole alzarse constantemente entre vos y yo, no puedo impedir que algo del odio que le profeso caiga sobre su hija.

—¿Y qué? ¿Puedo esperar que M. Simonin y vos me trateis peor que trataríais a una extraña que hubiérais recogido por caridad?

—¡Oh, no! Pero no emponzoñéis mi vida por más tiempo. Si no tuviérais más hermanas, yo hubiera sabido lo que debía hacer; pero teneis

dos y cada una de ellas reúne una familia numerosa. Tiempo hace ya que la pasión que me sostenía se ha extinguido y que la conciencia ha recobrado sus derechos.

—Pero aquel a quien debo la vida..

—No existe. Ha muerto sin acordarse de vos. Quizá entre todas sus maldades esta sea la menor.

Al decir esto, su rostro se alteró, sus ojos brillaron con fulgores extraños y la indignación tornó su voz casi ininteligible. Sentada como estaba, dejó caer la cabeza entre sus manos tratando de ocultar las violencias de sus encontrados sentimientos. Así permaneció algún tiempo; después, secando las lágrimas que bañaban sus mejillas, prosiguió:

—No es culpa del monstruo que os dió el ser el que vuestra vida no concluyera en mis entrañas. Con la mitad de las penas causadas por él, sirven para producir, no una sino cien muertes, pero Dios nos ha conservado a una y otra, para que la hija sea la expiación viva de las faltas de la madre. Ni poseéis nada, ni lo poseeréis nunca. Lo poco que puedo hacer por vos es un robo que hago a vuestras hermanas; he aquí el fruto de una falta. Sin embargo, espero que a mi muerte no tendré nada que reprocharme; mis economías serán la base de vuestro dote. No abuso de la generosidad de mi esposo; pero guardo con sordidez cuanto debo a su liberalidad y si entráis en un convento, como es mi voluntad y la de M. Simonin, vuestro dote será reintegrado al que pasa por vuestro padre.

—¿Y por qué no esperar que haya un hombre

honrado que me de su mano sin exigir ni esas economías que destináis a mi porvenir?

—No hay que pensar en ello. La escena de vuestra profesión ha producido demasiado escándalo para que nadie se fije en vos.

—¿Luego el mal no tiene remedio?

—Ninguno.

—Sí, existe uno. Por más que no encuentre un esposo, puedo vivir soltera, pero lejos del claustro.

—Imposible. Vuestra presencia aquí sería para mí una amenaza constante. El momento mismo de cerrar mis ojos a la luz, sería terrible. ¡Siempre creería que la que había sido el rémordimiento de mi vida, sería mi baldón después de mi muerte! ¿Quién me dice que entonces no trataríais de reivindicar unos derechos que no os pertenecen?

—Tranquilizaos respecto a ese punto. Todo puede arreglarse. Haced venir un notario, mandadle extender un acta de cesión y yo firmaré cuanto os plazca.

—Sería inútil. Un hijo no puede desheredarse a sí propio. Además, llegaría un momento en que no me sería posible callar más, y seguramente cometería una indiscreción que me haría odiosa a los ojos de mi marido. ¿Cómo podría tener una muerte tranquila sabiendo que os dejaba sola en el mundo, sin un nombre, sin una posición y sin bienes bastantes para sobrellevar la carga de la existencia? ¿Y qué es lo que puedo hacer para evitar todo esto? ¿Abrirle mi pecho a vuestro padre? ¿Decirle que no sois su hija?... ¡Jamás, jamás! Vedme a vuestros piés, sumisa, suplican-

te... ¡Pero no, tenéis el alma inflexible del que os dió el ser!...

En aquel momento entró M. Simonin; vió el estado de agitación y las lágrimas que bañaban el rostro de mi madre, y despertándose en él todo el amor que hacia ella sentía, descargando su cólera en mí, murmuró con terrible acento:

—¡Salid!

Si hubiera sido mi padre, no le hubiera obedecido; pero no lo era, y salí. Sólo oí su voz dura y entrecortada que decía al criado que me alumbraba:

—Hacedla entender que en adelante se guarde de volverse a presentar aquí.

Después de esta escena, volví a encerrarme en mi prisión, en la que meditando en lo que mi madre me había dicho, busqué un consuelo en la oración. Cuando me levanté, estaba más tranquila. Puesto que quieren que sea religiosa, pensaba, ¿quién me dice que no es esta la voluntad de Dios? Si he de ser desgraciada, ¿qué importa la forma que revista mi desdicha? Y dispuesta a tomar el velo, solicité una nueva entrevista con mi madre, quien me contestó que las órdenes de M. Simonin se lo prohibían, pero que podía escribirla cuanto quisiera decirla.

Entonces cogí un pedazo de papel (papel que después ha servido de arma fatal contra mí) y tracé en él estas líneas: «Madre mía, estoy arrepentida de las penas que os he causado y os pido perdón. Mi resolución irrevocable es que esta situación termine. Ordenad lo que os plazca, y si es vuestra voluntad que entre en un convento, no tenéis más que decirlo y sereis obedecida.»

La criada que me servía tomó el papel y lo

llevó a mi madre. Poco después volvió a subir, diciéndome con transporte:

—Señorita, si sólo se necesitaba una palabra para hacer la ventura de vuestros padres y la vuestra, ¿por qué haber tardado tanto en pronunciarla? El señor y la señora están alegres como nunca los he visto, y a las querellas de antes han sucedido las frases de más tierna conmiseración para vos. Gracias a Dios, ya han terminado las escenas tristes.

Mientras aquella infeliz hablaba, yo pensaba sólo en que acababa de firmar mi sentencia de muerte, y sentía que las lágrimas me ahogaban.

Pasaron algunos días sin que oyese hablar de nada; pero una mañana, a cosa de las nueve, la puerta de mi aposento se abrió bruscamente y M. Simónin entró en mi estancia. Desde que sabía que no era mi padre, su presencia sólo me causaba espanto. Nadie puede comprender el sentimiento que produce encontrarse frente a frente de un hombre que ha llevado por largo tiempo el más dulce de los nombres y al que se ve ya despojado de tan augusto carácter.

—Susana, me dijo, ¿reconoceis este billetito?

—Sí, señor.

—¿Le habeis escrito libremente?

Con un signo de cabeza reiteré mi primera afirmación.

—¿Y estais resuelta a llevar a cabo lo que ofreceis?

—Lo estoy.

—Ahora sólo me resta saber si teneis predilección por algún convento.

—Por ninguno; todos me son indiferentes.

—¡Basta! murmuró, y después de despedirse cariñosamente de mí volvió a dejarme sola.

Durante más de quince días permanecí en una completa ignorancia de lo que pasaba. Después me enteré de que aquel tiempo lo emplearon en dirigirse a varias comunidades religiosas, que sabedoras del escándalo de mi conato de profesión, se negaban a recibirme en calidad de novicia. Por fin, en el convento de Longchamps, merced a los encomios que se hicieron de mis talentos musicales y de mi voz, se allanaron a recibirme en su seno. Exagerándome las dificultades que se habían vencido y la gracia que se me hacía, me obligaron a escribir a la superiora. Aquel era un nuevo lazo que se me tendía, queriendo poseer un escrito firmado de mi mano el día en que pretendiera volverme atrás. Sin este motivo, aquella carta, que debía haber quedado en manos de la superiora, no hubiera pasado a las de mis cuñados, quienes tuvieron ocasión de mostrarme a M. Simonin, en toda su repugnante desnudez. Pero cerremos los ojos sobre esto; aquel hombre no existe ya, y juzgo un crimen insistir en la parte que tuvo en mis desdichas.

Al conducirme a Longchamps, mi madre fué encargada de acompañarme, y confieso que hasta la mitad del camino no me dí cuenta de que me había marchado sin despedirme de M. Simonin. Allí se me esperaba ya: mi historia y mis talentos me habían anunciado, y aunque nadie me habló de los unos ni de la otra, conocí que había curiosidad por saber si la adquisición que iban a hacer correspondía a los anteriores elogios.

Después de hablarme de muchas cosas in-

diferentes, pues se puso especial cuidado en no mentarme para nada los peligros del mundo, la vocación, ni las excelencias de la vida religiosa, la superiora me dijo:

—Señorita, sé que teneis grandes aficiones hacia la música y que cantais admirablemente; poseemos un clavicordio de no despreciables condiciones; si no os molesta, tendríamos mucho gusto en escucharos.

Mi corazón estaba oprimido, pero no era ocasión de negarse y seguí a mi madre y a la superiora, mientras algunas religiosas marchaban detrás de mí. La noche se aproximaba, se encendieron algunas bujías y me senté ante el instrumento, buscando en mi trastornado cerebro un trozo de música que me fuera familiar. Por fin, después de algunas vacilaciones, comencé a cantar:

Tristes aprestos, pálidas velas,
Día más triste que las tinieblas... (1)

y a medida que mi voz se dejaba oír iba notando que la curiosidad se apoderaba de mi auditorio y los más sinceros elogios salían de todas las bocas. No puedo menos de confesar que la facilidad de mi triunfo me sorprendía. Cuando aún no había pasado aquella impresión, mi madre, despidiéndose de mí me dió su mano a besar y me dejó entregada a la superiora.

Héme aquí, pues, en un nuevo convento en calidad de novicia y de novicia aparentemente convencida de su vocación. Pero vos, señor marqués, que conoceis mi vida hasta aquel momento,

(1) La música que acompaña a estos versos es un aire del *Castor y Polux*, de Rameau.

¿qué es lo que pensais? La mayoría de estos hechos no se alegraron cuando quise protestar contra mis votos; los unos porque eran verdades destituidas de pruebas; los otros porque sin aprovecharme de nada sólo hubieran servido para presentarme como un ser odioso que no vacilaba en mancilar la memoria de sus padres por recobrar su libertad.

Todo lo que me era contrario podía probarse, y lo que me favorecía no. Yo no quería que en la mente de los jueces entrara ni por un momento la sospecha de mi nacimiento, y aunque algunas personas ajenas a los tribunales me aconsejaban hiciera procesar al director espiritual de mi madre y al mío, ni la cosa era posible ni yo lo hubiera consentido nunca.

Y a propósito, antes de que se me olvide, creo, salvo vuestro parecer, que es conveniente no decir nunca que tengo aptitudes para la música. Esto pudiera ser un dato para encontrarme. Si me veo precisada a expatriarme, este será mi recurso. ¡Expatriarme! ¿Por qué me horroriza tal idea? Tal vez porque no sé dónde ir; porque soy joven y carezco de experiencia; porque tengo miedo de los hombres y de sus vicios; porque siempre me creeré perdida en ese mundo que no conozco. ¿Quién sabe lo que será de mí? Tal vez de vos solo depende mi destino.

Las superiores de Longchamps, como las de la mayor parte de los conventos, cambian de tres en tres años. La que había a la sazón se llamaba madame de Moni y acababa de entrar en posesión de su cargo cuando yo fuí admitida en la casa. Era una mujer de buen sentido, que conocía el corazón humano y que poseía en alto

grado la virtud de la indulgencia para las faltas de las que con razón nos llamábamos sus hijas. Si mostraba predilecciones hacia alguien, eran las que le indicaba el mérito, y aunque no sea yo quien debiera decirlo, bien pronto me demostró el más tierno cariño, llegando a ser una de sus predilectas. Si debo reprochar algún defecto a Madame Moni, es que su amor a la piedad, a la franqueza, a la dulzura y al talento la arrastraban tan abiertamente, que sus preferencias no podían menos de humillar a las que no estaban dotadas de tales virtudes.

Además, poseía el don, quizá más común en el claustro que en el mundo, de conocer perfectamente los caracteres. Era raro que la religiosa que desde el primer momento no le fuera simpática, se lo llegara a ser nunca.

Como he dicho ya, conmigo simpatizó desde el principio y despertó en mí tal confianza, que no tan sólo satisfacía a cuantas preguntas me hizo acerca de mi aventura de Santa María, sino que le conté con tanta franqueza como a vos cuanto convenía a mi nacimiento y a las razones que había tenido para obrar en las diversas circunstancias de mi vida. Ella se contentó con escucharme con benevolencia, me consoló con discreción y me hizo confiar en un porvenir más risueño.

Sin embargo, el tiempo del postulado pasó, el de tomar el velo de novicia llegó al fin y le tomé. Hice mi noviciado sin disgusto y pasé rápidamente sobre aquellos dos años que no tenían de triste para mí más que el secreto sentimiento de que me llevaban a un estado para el cual no había nacido. Algunas veces mis sen-

timientos de rebelión se despertaban con nueva fuerza; pero al punto recurría a mi buena superiora, que me abrazaba, trataba de que mi alma se expansionara, me exponía poderosas razones y acababa por decirme siempre:

—¿Y qué, los otros estados no tienen también sus espinas? Venid, hija mía, pongámonos de rodillas y oremos.

Entonces se prosternaba y rezaba en voz alta; pero con tanta unción, con tal elocuencia, con tal dulzura y elevación, que se hubiera dicho que la inspiraba el espíritu de Dios. Sus pensamientos, sus expresiones y sus imágenes penetraban hasta el fondo de mi alma e identificándose con ella acababa por recobrar la paz y la tranquilidad. Sin tener el propósito de seducirme, lo conseguía poderosamente, y debo advertir que no era en mí exclusivamente en quien había hecho semejante experiencia: a varias religiosas les oí decir que sus consuelos habían operado en ellas una apacible y verdadera conversión.

Esto no obstante, al sentir aproximarse el momento de profesar, se apoderaba de mí una melancolía tan profunda, que mi excelente superiora no titubeó en confesarme que las fuerzas la abandonaban.

—No sé, me decía, lo que pasa en mí, pero cuando os veo parece que Dios me retira su gracia y que su espíritu enmudece. Inútil es que me excite, que busque ideas, que quiera exaltar mi alma; siento mi imaginación limitada y temo hablar...

—¡Ah, madre mía! la replicaba, ¿quién nos dice que no es eso un aviso del cielo?

Un día en que me sentía más intranquila y abatida que nunca, fui a su celda; al verme se puso de rodillas; yo la imité creyendo que como en otros días su fe me contaminaría, pero no fué así. Esperé inútilmente y sus labios permanecieron mudos. Por fin se levantó, tomó mis manos y estrechándome entre sus brazos murmuró:

— ¡Hija mía, no sabéis el cruel efecto que me habeis producido! La inspiración ha huído de mí tal vez para siempre; procurad que Dios os hable por sí mismo ya que no quiere hacerse escuchar por mi boca.

Y ahogada por los sollozos me rogó la dejase sola.

La víspera de mi profesión volví a verla y la encontré poseída de una melancolía igual a la mía. Me arrojé a sus pies, me bendijo, me abrazó y como el día aquel me despidió diciéndome:

— Hubiera querido que Dios me hubiera llamado a su seno antes de este día; pero sin embargo, descuidad, veré a vuestra madre, rezaré por vos. Sólo os ruego que os acostéis.

— Dejadme el consuelo de unir mis oraciones a las vuestras.

— Os lo permito hasta las once, pero nada más que hasta las once. A las nueve y media empezaremos a rezar; pero a la hora que os he indicado me dejareis sola y vos descansareis. Id, hija mía, que yo velaré ante Dios toda la noche.

Intentó rezar pero no pudo, y sin embargo, cuando a mí el sueño me hubo vencido, aquella santa mujer fué de claustro en claustro llamando a todas las puertas, despertando a las religio-

sas y haciéndolas bajar con sigilo a la iglesia. Cuando estuvieron allí las invitó a dirigir al cielo sus preces por mí, terminando por apagar las luces y recitar a coro un *Miserere*, mientras la superiora prosternada al pie del altar se mace-raba, diciendo:

—¡Dios mío! Si he cometido alguna falta que merezca que me hayais retirado vuestra divina gracia, espero humildemente el perdón. No pido que me devolvais el precioso don que me habeis quitado, pero sí quiero merecer de vuestra eterna bondad que hagais saber directamente vuestra voluntad a la inocente que duerme mientras rezo por ella. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Haced llegar la luz de vuestra sabiduría a su alma y a la de sus padres!

A la mañana siguiente entró en mi celda a rayar el día, y como quiera que sus pasos no me despertaron, se sentó a mi cabecera, posó sus manos sobre mi frente y derramó copiosas lágrimas. Así fué como la vi cuando abrí los ojos.

Sin hacer alusión alguna a lo que había pasado la noche anterior, sólo me dirigió algunas preguntas acerca de mi salud, insistiendo sobre todo en si había tenido algún sueño.

—Ninguno, la respondí.

—¿Y qué pasa ahora en vuestra alma? me interrogó de nuevo.

—Estoy como embrutecida; obedezco a mi suerte sin repugnancia y sin placer; siento que la necesidad me arrastra, y me dejo llevar. Querida madre, no experimento nada de esa dulce alegría, de ese melancólico bienestar, de esa placentera inquietud que he notado muchas veces en las que se encuentran en mi situación. Estoy en

un estado tan rayano a la imbecilidad, que ni aún llorar podría... ¿Pero vos no me decís nada?

—No he venido a hablaros, sino para saber de vos y para escuchar vuestras quejas. Espero a vuestra madre; tratad de no impresionar mi espíritu con el espectáculo de vuestra desdicha para que pueda hablarla con pleno dominio de mí misma. Descansad todavía algunos momentos, que yo pondré de mi parte lo que pueda y Dios hará lo demás.

Su fe y su mansedumbre me conmovieron de tal modo, que no pude articular una palabra, contentándome con tenderle una de mis manos. Aquella santa mujer se presentaba a mis ojos con todos los caracteres de una profetisa. Debía haber sido muy hermosa, y la edad, al dejar su honda huella sobre sus facciones, sólo había conseguido añadir a su belleza la dignidad y el severo porte de una cosa que pasó.

De pronto me preguntó bruscamente:

—¿Qué hora será?

—No deben tardar en dar las seis.

—Adiós, me dijo estrechándome la mano y salió con paso seguro de mi celda.

Apenas había traspuesto el claustro, la maestra de novicias y algunas de mis compañeras entraron para quitarme los hábitos religiosos y engalanarme con vestidos mundanos. Yo estaba casi reducida al estado de autómatas y no daba señales de vida más que por movimientos convulsivos que me agitaban periódicamente.

Entretanto la superiora hablaba detenidamente con mi madre. Jamás he sabido lo ocurrido en aquella entrevista que duró largo tiempo. Sólo se me ha dicho después que cuando mi

madre se separó de su interlocutora, estaba tan turbada que no encontraba la puerta por que había entrado, y que la superiora salía con la frente inclinada y las manos juntas.

En esto las campanas sonaron y bajé a la iglesia. El público era poco numeroso; oí el sermón sin entender una palabra y tan maquinalmente contesté a las preguntas que se me hicieron, que con razón puedo decir que me encontré religiosa tan inconscientemente como me hallé cristiana. De la ceremonia de mi profesión no entendí más que de la del bautismo.

Ahora decidme; por más que en Longchamps no protestara como lo hice en Santa María, ¿creéis que mis votos tienen algún valor? Apelo a vuestro juicio y al de Dios.

Era tal mi estado de abatimiento, que algunos días después, cuando me anunciaron que me **tocaba de coro**, no **comprendí** lo que querían decirme. Pregunté si era cierto que hubiese profesado y la misma firma mía al pie del acta, el testimonio de toda la comunidad y el de algunos extraños que habían presenciado el acto, no bastaron a convencerme. Muchas veces me dirigía a la superiora preguntándole: «Pero ¿es cierto?» aguardando que me dijese: «No, hija mía, se os engaña»; pero su respuesta afirmativa no me podía hacer concebir que en el espacio de un día tan tumultuoso, tan accidentado y tan lleno de extrañas circunstancias, hubiese cambiado por completo mi vida. De nada me acordaba; ni del sermón, ni de los cantos religiosos, ni de las hermanas que me habían servido; sólo sobrenadaba en mis recuerdos el momento en que habían cambiado el hábito por las

galas del mundo. Desde aquel instante indudablemente había padecido una verdadera enagenación mental.

Fueron precisos meses enteros para que aquel estado pasara. Después de ellos me quedé como el que tras una grave dolencia no se acuerda ni de los sacramentos que recibió en los momentos de peligro. Después he visto diversos ejemplos de esto en aquella casa, los cuales me han hecho exclamar en varias ocasiones: «He aquí lo que indudablemente me ocurrió el día de mi profesión». Únicamente me resta saber si los actos llevados a cabo en tales momentos, pueden tener el valor de una voluntad libre y espontánea.

En aquel mismo año sufrí tres pérdidas de gran importancia para mí: la de mi padre, esto es, la del que pasaba por tal; la de mi madre y la de la superiora.

Aquella digna religiosa, comprendió con mucha anterioridad que se aproximaba su última hora, y después de hacer que llevaran a su celda el ataúd que había de encerrar su cuerpo, se condenó a un absoluto silencio.

Había perdido por completo el sueño y se pasaba los días y las noches meditando y escribiendo. A su muerte dejó quince meditaciones, de las que conservo copia. Si algún día quereis conocer las ideas que el supremo instante sugieren a un alma recta y pura, yo os las facilitaré. Su título es: «Últimos instantes de la hermana de Moni».

Al sentir que se apagaba su vida, mandó que la visitasen, estrechó un crucifijo contra su pecho y apoyada en las almohadas recibió los sacramentos. Era de noche; el siniestro fulgor de los

cirios alumbraba aquella fatídica escena y nosotras la rodeábamos deshechas en lágrimas. De pronto se incorporó bruscamente y con voz tan entera como en sus mejores días, después de reprocharnos nuestras lágrimas, murmuró señalando al cielo:

—¡Hijas mías, vuestro dolor es injustificado! Desde allí seguiré velando por vosotras y no separaré un instante los ojos de esta casa. ¡Aproxímaos todas, abrazadme, recibid mi bendición y adiós!

Pronunciando estas palabras, se apagó la vida de aquella excepcional mujer, que dejó en pos de sí un recuerdo imperecedero.

Mi madre murió de regreso de un corto viaje que hizo a fines de otoño a casa de una de sus hijas. Su salud, hartamente quebrantada, no pudo resistir indudablemente a los disgustos que allí debió tener. Jamás he sabido ni el nombre de mi padre, ni la historia de mi nacimiento. El que había sido director espiritual de mi madre me envió un paquete que contenía 50 luises en oro y un billete que decía así: «Hija mía: pequeña es la suma, pero mi conciencia no me permite disponer de más. Es el resto de lo que he podido economizar de las generosidades de M. Simón. Vivid teniendo por norma la virtud y rogad a Dios por mí. Vuestro nacimiento es la única falta importante que he cometido; ayudadme a expiarla haciendo que en gracia a vuestras buenas obras me sea perdonada. No turbeis, sobre todo, la paz de vuestras hermanas; y por más que la elección de vuestro estado no haya sido tan voluntaria como hubiera deseado, no penséis nunca en cambiarle por otro. Si yo hubiera

vivido toda mi vida encerrada en un convento, no estaría tan turbada mi conciencia en estos momentos en que me veo próxima a comparecer ante el Eterno Juez. Pensad, hija mía, que la suerte de vuestra madre en el otro mundo, depende en gran parte de la conducta que observéis en este. Dios, que lo ve todo, me aplicará en su justicia todo el bien y todo el mal que hagais.

»Adiós, Susana, no pidais nada a vuestras hermanas, ni esperéis nada de vuestro padre, que me ha precedido en este terrible trance. ¡Adiós por última vez! Vuestras hermanas llegan y temo me sorprendan. No estoy contenta de ellas; su codicia no titubea en turbar mis últimos momentos con querellas siempre producidas por el interés. Cuando se acercan a mi lecho, vuelvo la cabeza y me oculto entre las sábanas. ¿Qué veré yo en sus ojos? Son dos criaturas en quienes la indigencia ha apagado los sentimientos de la naturaleza, no dudando en manifestar, con las intemperantes preguntas que hacen al médico, que esperan con ansia el momento de mi muerte para apoderarse de cuanto me rodea. Han sospechado, no sé cómo, que debía tener algún dinero oculto entre las almohadas, y acaban de registrarlas cuidadosamente. Felizmente han llegado tarde: el día anterior había entregado el paquete a mi confesor y hoy le he dictado esta carta. Quemadla, y cuando sepais que ya no existo, haced que digan una misa por mí, y reiterad vuestros votos. Mi postrer deseo es que permanezcáis ahí, pues la idea de dejaros en el mundo sin apoyo alguno, turbaría mi último momento.»

Mi padre murló el 5 de Enero, mi superiora hacia el fin del mismo mes y mi madre el segundo día de Pascua.

La hermana Santa Cristina fué la que sucedió a la madre de Moni. ¡Ah, respetable protector mío! ¡Qué diferencia entre una y otra! Ya os he dicho que especie de mujer era la primera: de la segunda sólo puedo añadir que era el reverso de la medalla: un espíritu mezquino, una cabeza estrecha y rellena de supersticiones y un ser dominado por completo por el jesuitismo. Abiertamente hostil a todas aquellas religiosas que su antecesora había distinguido, no tardó en perturbar la casa con rencillas, odios, calumnias y persecuciones, de que sólo se escapaban las que empleaban con ella la más baja adulación. Su manía eran las discusiones teológicas, de que no entendíamos una palabra, y para agradarla, había que plegarse a fórmulas ridículas y absurdas.

La madre de Moni no aprobaba esas prácticas penitenciarías que consisten en macerarse las carnes y sujetarse a horribles tormentos, no habiéndose entregado a ellas más que dos veces en su vida, una la víspera de su profesión y otra en una circunstancia análoga. Decía de tales penitencias que lejos de corregir defecto alguno, lo que hacen es fomentar el orgullo, y atenta a este principio quería que las religiosas se conservasen sanas de cuerpo y serenas de espíritu. La nueva abadesa, por el contrario, lo primero que hizo al tomar posesión de su cargo fué desenterrar los cilicios y las disciplinas y prescribió los más rigurosos ayunos.

Las favoritas del reinado anterior no son ja-

más las del reinado siguiente. Yo fuí indiferente a la superiora actual, pero no tardó en empeorar mi suerte por actos que calificareis de imprudencia o de firmeza, según el punto de vista desde el que los juzgueis. El primero de ellos fué entregarme sin reserva al dolor que la pérdida de nuestra primera superiora me había producido; elogiarla en todas ocasiones; establecer entre ella y la actual, comparaciones que no eran favorables a la última; pintar el estado de la casa en años anteriores; recordar la paz de que en su tiempo gozábamos y exaltar las costumbres, los sentimientos y las prendas de carácter de la madre de Moni. El segundo, fué arrojar al fuego el cilicio y las disciplinas y exhortar a mis compañeras a seguir mi ejemplo; el tercero, encastillarme en el calificativo de cristiana, sin aceptar los nombres de jansenista ni de molinista; y el cuarto, encerrarme obstinadamente en las reglas de la casa, sin querer hacer nada que emanase exclusivamente de la voluntad de la superiora.

Para esto leí y releí las constituciones y cuando se me ordenaba alguna que me parecía contrariar lo que éstas prescribían, me negaba a ejecutarlo y mostrando el libro decía: «A esto es a lo que estoy obligada y no tengo otros deberes», con lo cual quedaba limitada la autoridad de las madres, no pudiendo disponer ya de nosotras como esclavas; pero no transcurría un día sin que se produjera un escándalo. En los casos dudosos mis compañeras me consultaban y yo me declaraba siempre por la regla en contra del despotismo, no tardando en adquirir un aire un tanto faccioso que inspiraba serios temores.

Los vicarios del arzobispo eran llamados con frecuencia, pero cuando se me hacía comparecer ante ellos, con tal habilidad defendía mi conducta y la de mis compañeras, que ni una sola vez pudieron imponernos el castigo que la superiora deseaba. Por otra parte, era imposible atacarme por el lado de mis deberes, porque los cumplía con escurpulosidad y en cuanto a las pequeñas mercedes que una superiora tiene el derecho de conceder o negar, jamás las solicitaba.

Viendo que por este lado todo trabajo era infructuoso, se trató de envolverme en más graves acusaciones. La quema del cilicio y de las disciplinas, los consejos que yo había dado a las otras hermanas, y, sobre todo, mi negativa a declararme jansenista o molinista, se presentaron como actos no ya contrarios a la orden, sino afectos a la ortodoxia y fueron objeto de nuevos y más complicados interrogatorios. En cuanto al fondo contesté victoriosamente, pero no fui dueña de reprimir ciertas alusiones a la conducta de la abadesa con sus favoritas y con cierto sacerdote joven que mantenía con ella una sospechosa intimidad, y esto bastó para que sus odios se desencadenaran contra mí con nueva furia.

Ya no se quejaba de mí a los superiores, pero puso todo su empeño en hacerme la vida más dura, prohibiendo hasta que las demás religiosas se acercaran a mí. Entre ellas tenía yo verdaderas amigas, que guiadas por el afecto y la compasión, y más que nada, por las facilidades que insidiosamente se les ofrecían, venían a verme a media noche o a horas prohibidas, y espiando

cuidadosamente sus pasos llegaron a sorprenderme con ellas. De esta imprudencia se tomó pie para alcanzar la venganza apetecida, siendo castigada de la manera más inhumana. Se me condenó durante semanas enteras a asistir a los oficios de rodillas, separada de toda la comunidad en medio del coro; a alimentarme de pan y agua; a permanecer encerrada en mi celda y a desempeñar las funciones más viles de la casa.

Las que llamaban mis cómplices, no eran mejor tratadas, y en cuanto a mí, cuando no se me podía coger en falta, se me daban a la vez órdenes incompatibles, castigándoseme por no haber podido cumplir alguna de ellas. De este modo, a pesar de todos mis esfuerzos me encontraban culpable todos los días y todos los días sufría un nuevo castigo, llegando a tal punto las cosas, que mis tormentos eran la distracción de una parte considerable de la comunidad.

Mi salud, como era consiguiente, no tardó en resentirse, viéndoseme muy pronto caer en el más terrible abatimiento y en la más negra de las melancolías, y fluctuando entre la resignación y la falta de fe, tan pronto me sometía a toda clase de pruebas, como pensando sólo en los medios violentos, llegaba a mirar con amor un profundo pozo que había a uno de los extremos del huerto. No sé si seran ciertas mis sospechas, pero siempre he creído que no sólo se me dejaba ir allí sin obstáculos, sino que se me hacía cobrar amor a aquel sitio. He visto tantas veces abierta a horas inusitadas la puerta que conducía al jardín, que me han hecho pensar que se contaba con que buscara aquel término a mis dolo-

res. Y sin embargo, ¿qué era lo que me sostenía? No lo sé. Tal vez la ayuda de Dios; quizá la misma convicción de que mi muerte era esperada con deseo.

De pronto una idea, mejor dicho un sueño, vino a fortalecerme. Pensando en mi vida pasada, recordando las circunstancias que me habían conducido allí, pensé en la necesidad de romper mis votos y me sentí reanimada. Pero, sola, abandonada, sin apoyo de ningún género, ¿cómo llevar a cabo un proyecto que aún con el más poderoso concurso sería difícil? Sin embargo, me sentí más tranquila; mi espíritu se reanimó, fui más dueña de mí y tratando de esquivar los castigos sufría con resignación los que era imposible evitarme. Notado que fué este cambio, no dejó de producir honda extrañeza, pudiendo decirse que por un momento mis enemigos quedaron desorientados.

A fuerza de meditar en una cosa, no sólo se llega a creerla justa, sino hasta realizable, siendo para mí la única preocupación de todas las horas del día. Pero ¿de qué se trataba? De redactar una memoria y **de** buscar una persona que después de hacerse cargo de ella, me guiase y prestara su concurso. Ambas cosas tenían sus dificultades. Desde que se había operado aquel cambio en mí, se me observaba con más atención; no se me perdía de vista y no podía dar un paso ni pronunciar una palabra sin ser objeto de minuciosos y detenidos comentarios. Se aparentó una benevolencia extraña; se trató de sondearme; y aparentando consideración y amistad, lo que hacían era espiarme, no dejándome ni en mi propia celda.

Había contraído la costumbre de acostarme vestida y la de hacer mi confesión por escrito. Los días anteriores a este acto iba a buscar plumas y papel a la celda de la superiora, la cual no me negaba este favor; pero cometí tres torpezas. La primera decirle que tenía muchas cosas que escribir y pedirle con este pretexto más papel que el acostumbrado; la segunda ocuparme de mi memoria y descuidar la confesión; y la tercera permanecer en el confesonario breves instantes. Todo esto fué notado, haciendo adquirir la evidencia de que había empleado el papel en otra cosa. Y si no había servido para mi confesión, ¿qué uso había hecho de él? Sin saber que se hubieran concebido tales sospechas, comprendí que era preciso no se me encontrara un escrito de tal trascendencia y díme a pensar dónde le ocultaría. En un principio pensé ocultarlo entre la lana de mis almohadas, después creí más oportuno coserlo a mis ropas o enterrarlo en el jardín y, por último, hasta tuve el pensamiento de reducirle a cenizas. Imposible es apreciar los sobresaltos que me costó escribirlo y mucho más lo es todavía hacerse cargo de lo que sufrí cuando estuvo terminado. Un día por fin tomé una resolución. Había bajado al coro; a mi lado se encontraba una religiosa que me había demostrado su afecto en diversas ocasiones y arrojando todas las consecuencias me determiné a entregarle mi memoria.

Aprovechando un momento en que todas las religiosas se arrodillaban, saqué suavemente el papel de mi seno y sin decirle una palabra se lo acerqué. Ella me comprendió en seguida y lo ocultó cuidadosamente. Este servicio fué el más im-

portante de los que me había prestado, pero no el primero. Durante meses enteros se había ocupado en allanar, no sin comprometerse, todos los pequeños obstáculos que se me ponían para que no pudiera cumplir mis deberes y tener el derecho de castigarme.

El partido que acababa de tomar era el único que podía salvarme. Cuando salimos del coro la superiora me dijo:

—Hermana Susana, seguidme...

La obedecí, se detuvo en mitad del corredor delante de una puerta que no era la mía, y me dijo:

—Esta es desde hoy vuestra celda. La hermana San Jerónimo ocupará la vuestra.

Entré y la madre superiora me siguió. Permanecimos algunos momentos en silencio, y al cabo de ellos apareció una religiosa llevando unos hábitos, que dejó sobre una silla.

—Hermana Susana, tenéis graves defectos, pero no tenéis el de mentir. Decidme, pues, la verdad: ¿qué habéis hecho de todo el papel que os he dado?

—Ya os lo he dicho, señora.

—Pero vuestras palabras no son ciertas. Habéis empleado muchos pliegos y solo habéis estado algunos momentos en el confesionario.

—Es cierto.

—¿Qué habéis hecho entonces de ese papel?

—Lo que os he dicho.

—Pues bien, jurad por la santa obediencia que debéis a Dios que decís la verdad, y a pesar de las apariencias, os creeré.

—Señora, ni a vos os está permitido exigir ju-

ramento por una cosa tan ligera, ni a mí me está permitido prestarle. Jamás lo juraré.

—Me engañáis, hermana Susana, y harto sabéis a lo que os exponéis. ¿Qué habéis hecho del papel que os he dado?

—Ya os lo he dicho.

—¿Dónde está?

—No lo sé.

—¿Qué habéis hecho de él?

—Lo que se hace de todo escrito que después de haber servido es inútil.

—Juradme que todo ha sido empleado en escribir vuestra confesión y que no lo conservais.

—Señora, os repito que no siendo este asunto más importante que el primero, no puedo jurar.

—Juradlo, os digo.

—Jamás lo juraré.

—¿Luego sois culpable?

—¿Y de qué he de ser culpable?

—De todo. No hay nada de que no seais capaz. Habeis alabado a mi predecesora sólo por rebajarme; habeis afectado despreciar los usos que ella había proscrito; las leyes que había abolido; habeis tratado de sublevar a toda la comunidad; de oponeros a la regla; de dividir la orden; de faltar a vuestros deberes, y hasta me habeis obligado a castigaros, y lo que es más sensible, a castigar a las que hubieran sido siempre obedientes y sumisas sin vuestras exhortaciones. Hubiera podido emplear contra vos medidas más rigurosas; pero creyendo que reconoceríais vuestros errores, he preferido aguardar a conocer las causas que trastornan vuestra mente. Hoy el interés de esta casa exige que los co-

nozca y los corrija, y atenta a mi deber, os digo: hermana Susana, decid la verdad.

—Ya os lo he dicho.

—Voy a salir, pero temed mi vuelta. Me siento; os doy todavía un momento para resolver... Si esos papeles existen, dádmelos.

—No los tengo.

—Juradme, al menos, que sólo contenían vuestra confesión.

—No puedo hacerlo.

Al oír esto, permaneció un momento en silencio y salió; después volvió a entrar con cuatro de sus predilectas, revelando en su semblante la más reconcentrada ira. Yo me arrojé a sus pies implorando misericordia, pero ellas gritaron a un tiempo:

—No tengais compasión, señora; no os dejéis conmovér; que entregue los papeles, o que sufra su suerte.

Yo abrazaba las rodillas de unas y otras, y las decía llamándolas por sus nombres:

—Sor Inés, sor Julia, ¿qué os he hecho? ¿Por qué irritais a la madre abadesa contra mí? ¿Es así como he obrado yo con vosotras?

La superiora, inmóvil, me contemplaba repitiendo:

—Dadme esos papeles, desgraciada, o revelad lo que contienen.

—Señora, le decían ellas, no se los pidais más. Sois demasiado buena; no la conoceis; es un alma indócil, de la cual sólo apelando a medios extremos podeis sacar partido.

—Querida madre, repliqué deshecha en llanto, os juro que no tengo en mi poder nada que pueda ofender a Dios ni a los hombres.

—No es ese el juramento que deseo.

—Seguramente habrá escrito contra nosotras, contra vos, alguna memoria que pensará enviar al gran vicario o al arzobispo, rugió una de sus satélites. ¡Dios sabe con qué colores pintará esta casa! Es preciso que acabemos con ella antes de que acabe con nosotras.

La superiora gritó con voz breve.

—Susana, ya lo veis.

—Lo veo, respondí poniéndome en pie, sé que estoy perdida y que un momento de más o de menos no vale la pena de esperar. Haced de mí lo que queráis; dejasos llevar por su furor y consumad vuestra injusticia.

Y como al decir esto tendiera los brazos, sus compañeras se arrojaron a mí, me arrancaron el vélo, me despojaron sin pudor de mis vestidos y sin atender a mis ruegos me arrebataron un medallón con el retrato de la antigua superiora que llevaba pendiente del cuello. Cuando estuve desnuda por completo, se me envolvió en un áspero sayal a raíz de la carne y sin medias ni sandalias me condujeron a través de los corredores. Yo empecé a gritar pidiendo socorro; pero se había hecho sonar la campana para que ninguna hermana saliera de su celda y nadie acudió en mi ayuda. Cuando llegué al final de la escalera, por la que poco menos que arrastrando se me hizo bajar, tenía los piés ensangrentados y las piernas desgarradas; mi estado era capaz de conmover a un alma de bronce, mas ni aún así tuvieron piedad de mí y abriendo la mohosa puerta de un subterráneo, me arrojaron en una oscura mazmorra, cuyo suelo medio podrido por la humedad, ofrecía a los ojos una verdadera

capa de agua estancada y corrompida. Por todo mobiliario encontré en ella un montón de paja que podía servirme de lecho, un poyo de piedra sobre el que descansaba una cruz, una calavera y un cántaro medio lleno de agua.

Al verme allí, mi primer movimiento fué darme la muerte; pero hasta para esto me faltaron las fuerzas y magullada, cubierta de sangre y extenuada, tuve que aguardar mi suerte. Tres días estuve encerrada en aquel antro, tres días que se me antojaron una eternidad, y durante los cuales recibía todas las mañanas la visita de una de mis atormentadoras, que me decía:

—Obedeced a vuestra superiora y saldréis de aquí.

Yo protestaba de aquella violencia y se me volvía a dejar sola.

Al tercer día, a cosa de las nueve de la noche, me abrieron la puerta, y al fulgor de una linterna distinguí a las mismas religiosas que me habían llevado allí. Después de un largo panegírico de las bondades de la superiora, me anunciaron que se me perdonaba y que iban a ponerme en libertad.

—Es demasiado tarde, contesté, dejadme morir aquí.

Pero ellas, sin atender a mis palabras, me incorporaron y arrastraron hasta mi celda, donde me aguardaba la superiora.

—He consultado a Dios sobre vuestra suerte, me dijo, y su voluntad es que tenga piedad de vos. Yo le obedezco, pedidle vos perdón de vuestros yerros.

Humillé la frente, caí de rodillas y murmuré:

—¡Dios mío, os pido perdón de mis faltas, como la pedísteis desde lo alto de vuestra cruz!

—¡Qué orgullo! exclamaron todas. ¡Se compara a Jesucristo y nos pone al nivel de los judíos que le crucificaron!

—No quiero, les respondí, que me juzgueis: sólo deseo que examineis vuestra conducta.

—No basta, interrumpió la superiora; jurad que jamás hablareis de lo que os ha pasado.

—Nadie lo sabrá más que vuestra conciencia, os lo juro; pero en el fondo de ella harto comprendéis cuán mal habeis obrado.

Esto dicho, me despojaron del sayal y me devolvieron mis hábitos.

La humedad que había tomado, la falta de alimento y las horribles penalidades de aquellos tres días, me hicieron esperar que mis tormentos tendrían un pronto término; pero estas vífentas crisis son las que demuestran cuánta resistencia tiene la naturaleza en un organismo joven. Al siguiente día ocupaba mi puesto en el coro y llenaba todas las obligaciones de la regla.

Yo no había olvidado mis papeles, ni a la hermana a quien se los había confiado. Tenía completa seguridad de que no habría abusado de mi depósito, pero no desconocía los peligros a que había quedado expuesta y todo mi deseo era saber lo sucedido. Algunos días después de mi libertad, estando en el coro, aprovechando un momento idéntico al en que se los había dado, se acercó a mí, y tirándome ligeramente del hábito, me invitó a que acercara mi mano. En ella dejó un billete que contenía estas palabras: «¡Qué de inquietud me habeis hecho pasar!... ¿Qué hago de vuestro depósito?» Después de haber

leído la carta, la reduje a menudos pedazos y me los tragué uno a uno.

Estos acontecimientos tenían lugar en los comienzos de la cuaresma y como en tal época existe la costumbre entre las gentes más distinguidas de París, de acudir a Longchamps, a escuchar nuestros cantos religiosos, mi buena voz me proporcionó algunas horas de libertad. Yo era la encargada de dar lección y ensayar a algunas de las religiosas y entre éstas se encontraba aquella a quien había confiado mi memoria. En las horas de recreo que pasábamos en el jardín, la hacía cantar y con este motivo, un día, alejándola un poco más de sus compañeras, pude, cuidando de no interrumpir la lección, cruzar con ella este diálogo:

—Vos conocéis mucha gente; yo no conozco a nadie. No quisiera comprometeros, prefiriendo morir aquí que exponeros a la sospecha de haberme servido. Sé que esto os sería fatal y no quiero mi salvación a costa de la vuestra. Pero.

—Dejad mis peligros a un lado y decidme de qué se trata.

—De hacer pasar de un modo seguro la consulta que guardais, a un hábil abogado, sin que sepa de dónde procede, y de obtener una respuesta que me dareis en la iglesia o donde sea posible.

—A propósito, me interrumpió; ¿qué habeis hecho de mi billete?

—Estad tranquila; lo hice menudos pedazos y me le tragué.

—Pues bien, tranquilizaos a vuestra vez; pensaré en vuestro asunto.

No pudimos hablar más, pero no tardé en saber que había cumplido su palabra. Llegada la Semana Santa, acudió mucha gente a oír las tinieblas. Traté de cantar lo bastante bien para producir esas tempestades de aplausos, que si sientan bien en un teatro, no debieran escucharse nunca en el templo del Señor, sobre todo en los días solemnes y lúgubres en que se celebra la memoria de su Hijo, crucificado en expiación de las faltas del género humano. Mis discípulas estaban bien ensayadas; la mayor parte de ellas tenían buena voz y un delicado gusto y el público las oyó con gran contento, lo cual hizo que la comunidad quedara satisfecha de mi celo.

Ya sabéis que el jueves se transporta el Santo Sacramento desde su tabernáculo a un monumento especial, en que permanece hasta la mañana del viernes. Tal intervalo se dedica a las adoraciones sucesivas de las religiosas, que se relevan por parejas delante del sagrario, marcando en un cuadro las horas que a cada una toca. Con gran contentamiento leí en él:—«De dos a tres: sor Santa Susana y sor Santa Ursula.»

Excuso decir, que a la hora marcada me dirigí a mi puesto, encontrando ya en él a mi compañera. Nos colocamos una junto a otra en las gradas del altar y prosternadas con la mayor humildad, oramos durante media hora. Al cabo de este tiempo, mi joven amiga me tendió la mano y estrechando la mía me dijo:

—Quizá no volvamos a tener ocasión de hablar tan larga y detenidamente como ahora. Dios, que conoce la falta de libertad en que vivimos, nos perdonará que dispongamos de un tiempo

que tenemos el deber de consagrarle. No he leído vuestra memoria, pero no es difícil adivinar su contenido y sólo una objeción tengo que haceros. Si la persona a que se consulte os dice que podeis esperar la anulación de vuestros votos, forzosamente tendreis que entenderos con letrados y curiales, y para ello necesitais libertad.

—Es cierto.

—¿Y cómo os la procurareis?

—No lo sé; pero recurriré a todos los medios.

—Y aun cuando así sea. Mientras se entabla el litigio tendreis que permanecer aquí abandonada al furor de la comunidad; y ¿habeis pensado en las persecuciones que os esperan?

—Por grandes que sean no serán mayores que las que he sufrido; y al menos no osarán disponer de mi libertad.

—¿Por qué?

—Porque estaré bajo el amparo de la ley, y colocada, por decirlo así, entre el mundo y el claustro no podrán impedir que deje oír mis quejas.

—Increíble parece que sintais tal aversión hacia un estado cuyos deberes cumplís con tanta facilidad y tan escrupulosamente.

—Lo siento, porque siempre me ha inspirado horror la vida del claustro y porque comprendiendo que acabaría por ser una mala religiosa, quiero evitarlo a todo trance.

—¿Y si por desgracia el fallo os fuera desfavorable?

—Pediré pasar a otro convento o moriré en este.

—Vuestra resolución me hace temblar cualquiera que sea el resultado que tenga. Si se os

deja en libertad de romper los votos que habeis pronunciado ¿qué hareis en el mundo? Teneis talento y hermosura; dicen que estas cualidades se oponen a la virtud y sé que vos no prescindireis de ella.

—Me favoreceis demasiado; pero no haceis justicia a la virtud. Con ella sólo cuento, teniendo la seguridad de que me servirá de apoyo. Cualquiera que no esté conforme con mi conducta, no podrá menos de respetar mis costumbres; puesto que no se dirá de mí que he roto mis votos arrastrada por las pasiones. Quiero ser libre, porque se me ha arrebatado la libertad en contra de mi voluntad. ¿Habeis leído mi memoria?

—No; abrí el paquete que me entregásteis, porque como carecía de dirección sospeché que era para mí; pero al recorrer las primeras líneas comprendí mi error y respeté vuestro secreto. Si hubiérais tardado un momento más en entregármelo, indudablemente le hubieran cogido, y no os quedaría hoy ni la más leve sombra de esperanza.

Iba a continuar nuestro diálogo, pero mi interlocutora lo cortó de pronto diciendo:

—La hora de terminar nuestra estación debe estar próxima; prosternémonos de nuevo, a fin de que las hermanas que han de relevarnos nos encuentren en la situación que no debiéramos haber abandonado. Pedid a Dios que os ilumine y os guíe; voy a unir mis ruegos y mis suspiros a los vuestros.

Jamás me había dirigido a Dios con tanta fe ni con tal fervor. Mi pecho palpitaba con dulce y desconocida violencia; mi mente se sumergía en

un insondable piélago de luz, y olvidando cuanto me rodeaba, me creía transportada a otras esferas. Ignoro cuánto tiempo permanecí en tal estado; sólo sé que cuando me levanté, vi a las dos religiosas que venían a relevarnos, y a mi tierna amiga deshecha en lágrimas. Tan conmovedor debía ser mi aspecto, que sin atreverse a interrumpir mi verdadero éxtasis, me contemplaban como se contempla algo que está fuera del alcance de la penetración humana.

Si hubiera tenido el propósito de representar una verdadera comedia fingiendo un fanatismo y valiéndome de una hipocresía que mi temperamento rechaza, no hubiera alcanzado un éxito tan brillante. ¡Cuán ciertas eran las frases de aquella santa mujer que fué un día nuestra superiora, cuando me decía que mi alma pronta a exaltarse y a conmovirse, era cual ninguna apta para amar a Dios. Y sin embargo, ¿qué significa esto cuando la vocación falta?

Aquella escena produjo verdadera sensación en la casa y como a ella se unió el éxito alcanzado por mi voz en los oficios del Viernes Santo, creo que hubiera tenido muy poco que hacer para reconciliarme con la comunidad entera y con la misma superiora, que con una bondad antes desconocida vino a felicitarme calurosamente. Otro de los beneficios que obtuve, fué el de ser visitada por diversas personas de la más elevada posición, que desearon conocerme y entre las que vi al primer presidente, a la señora de Soubise y una multitud de nobles, monjes, sacerdotes, magistrados, y mujeres más o menos piadosas. Como podía servir a mis proyectos, procuré cultivar la amistad de algunas de aquellas personas,

abandonando el resto a las demás religiosas ávidas de recibir una ráfaga de aire del mundo que tanto decían detestar.

Olvidaba decirnos que entre tanto había logrado remitir mi memoria a un tal M. Manouri, que no tardó en contestarme de una manera ambigua. Antes de manifestar su opinión en tal asunto, pedía gran número de aclaraciones, a las cuales era difícil contestar por escrito, por lo cual tuve que revelarle mi nombre e invitarle a que pasara a Longchamps. A pesar de lo poco amigos que son estos señores de trasladarse de un punto a otro, debo hacerle la justicia de decir que acudió inmediatamente a mi llamamiento, y después de una larga conferencia convinimos en sostener una correspondencia en que él me expusiera sus dudas y yo las fuera aclarando.

Entre tanto aproveché el tiempo en predisponer los espíritus, ten prevenir a las gentes en mi favor y en procurarme protecciones que pudieran serme útiles en su día. Para ello revelaba mi nombre, ponía de manifiesto mi conducta en el primer convento, lo que había sufrido en mi casa, la ruidosa escena de Santa María, mi estancia en Longchamps, mi toma de hábito, mi profesión y la crueldad con que después se me había tratado. Se me compadeció, se me ofreció ayuda y valiéndome de ella obtuve con el mayor sigilo licencia de Roma para reclamar contra mis votos. Dejo a vuestro criterio apreciar la sorpresa de mi superiora, cuando se la notificó en nombre de María Susana Simonin, una protesta en toda forma contra sus votos, con la petición de dejar los hábitos y salir del convento para disponer de su persona como lo tuviera por conveniente.

Ya había previsto que encontraría toda clase de oposiciones: las de la ley, las del convento y las de mis hermanas y cuñados, que sospecharían que una vez libre podría reclamar una parte de la fortuna de mis padres; y como estas últimas eran las que más me inquietaban, lo primero que hice fué escribir a mi familia rogando no pusieran obstáculo alguno a mi resolución y prometiéndoles firmar un acta de cesión de cuantos bienes pudieran pertenecerme. Indudablemente, a mis hermanas debió asaltarles la duda de cual sería mi conducta sobre este punto en el porvenir, y después de meditar largamente si les convenía aceptar mi proposición, me contestaron en una carta, en que a vuelta de vacilaciones y protestas dejaban entender, con sobrada claridad, que estaban dispuestas a oponerse con todas sus fuerzas a mi peligroso designio.

En cuanto a la superiora, apenas recibió traslado de mi demanda, corrió a mi celda y me dijo:

—¿Es cierto, hermana Santa Susana, que queréis abandonarnos?

—Lo es, señora, la respondí con seguridad.

—¿Y que vais a protestar de vuestros votos?

—Sí.

—¿No los pronunciásteis libremente?

—No.

—Y ¿quién os obligó a ello?

—Todo el mundo.

—¿Vuestro padre tal vez?

—Sí.

—¿Vuestra madre?

—También.

—¿Y por qué no protestábais al pie del altar?

—Estaba tan fuera de mí, que ni recuerdo haber asistido al acto.

—Es decir que habeis olvidado las palabras del sacerdote cuando os preguntaba: «Hermana Santa Susana, ¿jurais a Dios obediencia, castidad y pobreza?»

—No creo haberlas escuchado nunca.

—¿Ni recordais el sí con que respondisteis?

—Tampoco.

—¿Y pensais que se os creerá?

—Créaseme o no, el hecho no dejará de ser cierto.

—Hija mía, ¿no comprendeis que si tales pretextos bastaran, los abusos serían interminables? Habeis obrado muy de ligero, dejándoos llevar de sentimientos de venganza que son impropios de un alma cristiana; los castigos que me habeis obligado a imponeros os han inspirado la idea de romper vuestros votos y el encono os hace creer que eso es posible a los ojos de Dios y de los hombres. Pensad que el perjurio es el más grande de todos los crímenes y que vos os disponeis a consumarle.

—No puede ser perjura quien nada ha jurado.

—Si he cometido alguna injusticia con vos, estoy dispuesta a repararla.

—No son esas injusticias las que me han inspirado tal resolución.

—¿Entonces que os mueve a ello?

—Mi falta de vocación y de libertad.

—¿Y por qué no hicisteis esa protesta cuando era tiempo? ¿Por qué no mostrásteis la misma firmeza que en la escena de Santa María?

—¿Acaso la firmeza depende de nuestra voluntad? La primera vez estaba en pleno uso de

mis facultades; la segunda me encontraba en un estado rayano en la imbecilidad.

—¿Y por qué no protestásteis al siguiente día? ¿Ignorábais que teníais veinticuatro horas para ratificar o no el acto?

—Desconocía todas esas formalidades, pero aunque las hubiera conocido no me hubiera sido posible hacer uso de ellas. Si al mismo testimonio vuestro hubiera recurrido ¿hubiérais jurado que mi razón no estaba perturbada al pronunciar mis votos?

—Lo hubiera jurado.

—Pues bien, entonces la perjuración no hubiera sido yo, sino vos.

—Hija mía, vais a dar un escándalo inútil. Volved en vos, no ya por interés de la casa, sino por el vuestro; y pensad que tales asuntos no pueden entablarse sin producir murmuraciones y escenas bochornosas.

—No será por culpa mía.

—Pero el mundo es dado a pensar mal y se harán suposiciones en que vuestra reputación no quedará bien librada.

—Piensen de mí lo que quieran, mi conciencia no tendrá nada que reprocharme.

—¿Y por qué no hablar con entera franqueza? Decid que teneis resentimientos personales conmigo, y entonces os creeré. Es más, puedo aseguraros que os daré todas las reparaciones que deseéis y que pondré todo mi empeño en seros de aquí en adelante lo más agradable posible.

—Os aseguro que todos los males que me habeis causado, los perdono, y que mi resolución es muy anterior a ellos. Así como vos amais la

vida del claustro, yo la detesto. Tengo en mucho mi salvación y sé que así como para vos sería el mundo la perdición, para mí llegaría a serlo la clausura.

—¿Y por qué? Nadie como vos cumple sus deberes.

—Los cumplo a pesar mío.

—¿Y os atreveis a despojaros sin remordimientos del velo que os ha trocado en esposa del Señor?

—Sí; porque le he tomado sin reflexión y contra mi voluntad.

Aquellas palabras, dichas con la calma de una resolución inquebrantable, la aterraron; palideció; quiso seguir hablando; pero sus labios temblorosos se negaron a articular todo sonido. Por fin, después de largo intervalo, como si recobrará sus facultades, exclamó:

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Qué dirán de ella nuestras hermanas? ¡Jesús, vuelve hacia ella tus miradas piadosas y apártala de la senda de la perdición!

Y después, como si hubiera recobrado en cierto modo la calma, murmuró:

—¡Hermana Santa Susana! ¿Teneis el propósito de deshonraros? ¿Quereis convertirnos y convertirnos en la fábula del mundo?

—Lo que quiero es salir de aquí.

—¿Luego es esta casa lo que os disgusta?

—No es esta casa, sino mi estado; no quiero estar encerrada ni aquí ni en ninguna parte.

—Hija mía, estais poseída del demonio; él es el que os perturba, el que os hace hablar así y el que os pone en el estado en que os hallais.

Al oír esto, no pude menos de lanzar una ojea-

da a mi traje, el que, con efecto, encontré en el más completo desorden. Sobre todo, el velo, había caído completamente sobre mi espalda, dejando al descubierto mis tocas, ajadas y mal compuestas. Las frases de la superiora, y sobre todo, su tono sarcástico e incisivo, me habían hecho perder la calma; por lo cual, sin poder contenerme, respondí con despecho:

—Pensad lo que queráis, señora, pero lo cierto es que no quiero estos hábitos, que los detesto, que abomino de ellos.

Sin embargo, traté de componer mi velo; pero mis manos temblaban de tal modo, que cuanto más me esforzaba en arreglar sus pliegues, mayor era el desorden de que me rodeaba. Por fin, en un acceso de furor, le así con violencia, le arranqué de mi frente y lo arrojé a los pies de la superiora.

Esta, espantada de mi actitud, dudó un momento si debía dejarme sola; pero reponiéndose casi instantáneamente, me miró con ojos en que trataba de pintar la compasión. Yo tampoco tardé en volver en mí, y comprendiendo la inconveniencia de mi actitud, compuse mis hábitos lo mejor que pude y murmuré con humildad:

—Señora, ni estoy loca, ni poseída de malos espíritus; me avergüenzo de mi violencia y os pido perdón; pero reflexionad bien que no puedo aceptar un estado hacia el que siento profunda aversión. Si quereis evitar un escándalo, no hay más que un medio. No deseo mi dote, ni busco otra cosa que mi libertad; por lo tanto, no os pido que me abraís las puertas, sólo os suplico que las dejéis mal guardadas y que tardeis en

daros cuenta de mi evasión el tiempo suficiente para que pueda hallarme en salvo.

—¡Desgraciada! ¿Os atreveis a proponerme tal cosa?

—Es un consejo que una superiora prudente debiera seguir con toda religiosa que ve en el convento una prisión. De mí sé deciros que es fuerza que salga o que perezca; y sabedlo; si las leyes, en que he buscado un amparo, me niegan su protección, no faltan en esta casa un pozo profundo, altas ventanas y ropas con las que, desgarradas, se puede hacer una cuerda.

—¡Callad, desventurada! ¡Me haceis estremecer! ¿Os atreveríais...?

—A todo. Si se me impidiera usar de otros medios, el de negarme a tomar toda clase de alimentos nadie puede vedármelo y mi objeto se lograría. Y entonces, cuando llegue el caso de comparecer ante Dios, ¿quién aparecería a sus ojos más culpable, la religiosa o la superiora? Señora, ni pido, ni pediré nada a esta casa, os ruego sólo que me eviteis y os oviteis una larga serie de remordimientos.

—¿Y esperais que yo falte a mis deberes, que me haga cómplice del crimen, del sacrilegio?

—El verdadero sacrilegio, señora, es el que cometo a todas horas profanando unos hábitos que sólo desprecio y aversión me inspiran. Quitádmelos, soy indigna de ellos; haced que busquen en la vecina aldea los más hediondos harapos de una mendiga, y dejadme salir.

—¿Y a dónde ireis?

—No lo sé; pero en cualquier parte estaré mejor que aquí.

—Carecereis de todo.

—Es cierto, pero la indigencia no me asusta.

—Pero debieran asustaros los desórdenes a que conduce.

—El pasado me responde del porvenir. Si hubiera querido escuchar las sugerencias del crimen ahora sería libre. Pero si me conviene salir de esta casa, lo lograré o con vuestro consentimiento o amparada por la ley. Escoged.

En aquel momento, la campana, llamándonos a los oficios vino a cortar la plática. La superiora al separarse de mí, se contentó con decirme:

—Sor Santa Susana, id a la iglesia y pedid a Dios que ilumine vuestro espíritu perturbado. Los reproches de vuestra conciencia serán vuestro mejor consejero. Por hoy os dispense de asistir al coro.

Diciendo esto, bajamos juntas. Al terminarse el oficio divino, detuvo a las religiosas que se disponían a volver a sus celdas y murmuró:

—Hermanas mías, prosternaos al pie de los altares e implorad la misericordia de Dios para una religiosa de quien ha retirado la infinita gracia y que está a punto de cometer un sacrilegio.

Imposible me sería pintaros la sorpresa general. Todos los ojos se volvieron a interrogar el rostro de las compañeras, tratando de encontrar a la culpable. Por último, se prosternaron en silencio, y al cabo de algunos minutos la superiora entonó en voz baja el *Veni Creator* volviéndolas a dejar en libertad de retirarse.

Podeis imaginaros la curiosidad que se produjo en la comunidad. «¿Quién será?» «¿Qué habrá hecho?» «¿Cuáles serán sus propósitos?» Tales eran las preguntas que se oían por todas partes. sin embargo, la duda no se prolongó mucho tiem-

po. Mi demanda empezaba a producir ruido fuera del claustro e innumerables visitas vinieron a molestarme, las unas con sus consejos, las otras con sus amonestaciones y no pocas con sus reproches. Yo carecía de medios de justificarme, porque para ello me era preciso poner de manifiesto la conducta de mis padres y ya comprenderéis la reserva que debía guardar sobre este punto. Sólo a contadas personas y sobre todo a M. Manouri, que se había encargado de mi defensa, podía abrirles completamente mi corazón.

Entretanto mis temores volvían a tomar nuevo cuerpo en mi agitado espíritu y conociendo la crueldad de las religiosas no podía menos de representarme los horrores del calabozo y las vejaciones por que en otros días había pasado. Cuando comuniqué mis temores a M. Manouri, me dijo:

—Imposible es evitaros esas penalidades, que debéis esperar; sólo os queda el recurso de armaros de paciencia, sabiendo que al fin han de tener un término. Respecto al calabozo, sin embargo, os garantizo que no entrareis en él; eso corre de mi cuenta.

En efecto; algunos días después, trajo una orden por la cual se mandaba a la superiora me presentase cuantas veces se la reclamara.

Al siguiente día, después de los oficios, fuí recomendada a las públicas oraciones de la comunidad y haciéndome colocar de pie en el centro del coro se recitaron las oraciones por los agonizantes, y la letanía de los santos sustituyendo el *ora pro nobis* con un *ora pro ea* que hacía levantar a cada momento todos los ojos hacia mí.

Tres días se repitió esta ceremonia; pero al

cuarto, encontrándola sin duda insuficiente, me acostaron en un ataúd en el centro del coro, me rodearon de blandones, se me cubrió con un sudario y después de recitar el oficio de difuntos, cada religiosa me rociaba al salir con agua bendita, repitiendo: *Requiescat in pace.*

Preciso es conocer el lenguaje de los conventos, para apreciar la disimulada amenaza que envolvían estas últimas palabras. Dos religiosas levantaron el sudario, apagaron los cirios y me dejaron empapada en agua bendita hasta los huesos, pues las religiosas, con perversa intención, habían acentuado en tan gran manera la aspersión, que convirtieron mi ataúd en un lago.

Mientras tuve que dejar que los hábitos se me secaran en el cuerpo, por carecer de otros con que mudarme, la comunidad reunida, debía sin duda ocuparse de mi suerte, pues desde aquél momento, aparentando considerarme como reprobado, huyeron todas de tener el más ligero contacto conmigo. Es más; hasta para impedirme que me comunicara con nadie de la casa, se me relevó de todo cargo, se me prohibió asistir a coro y se separó mi mesa de la común del refectorio.

El primer día que se me sentó en ella, esperé en vano que me sirvieran, pero viendo que esto no sucedía, me dirigí por mí misma a la cocina a pedir mi ración. Al verme llegar la hermana cocinera me gritó con áspero acento: «No entreis. Alejaos de aquí.» Yo la obedecí y me pasé el día sin tomar alimento alguno; pero al siguiente, impulsada por el hambre, insistí y entonces me arrojó en el suelo los desperdicios del refectorio.

Tal es la vida que he arrastrado mientras duró

mi proceso. El locutorio no me fué prohibido en absoluto, pues no se me podía quitar la libertad de conferenciar con mis jueces ni con mi abogado; pero éstos tuvieron, en más de una ocasión, que emplear la amenaza para conseguir verme. Cuando esto sucedía, me acompañaba una hermana, que se quejaba si yo hablaba en voz baja, que me interrumpía, que desmentía con frecuencia mis palabras y que refería a la superiora mis discursos, alterándolos casi siempre en el sentido más desfavorable para mí. Hasta llegaron a robarme, despojándome de mi mobiliario, de mi ropa blanca y de los mismos colchones de mi lecho y reduciéndome a un estado de desaseo y de miseria que hubiera inspirado lástima al corazón más empedernido.

Un día de gran fiesta (creo que el día de la Ascensión), obstruyeron la cerradura de mi celda impidiéndome asistir a la misa y a los oficios. Poco después de éstos llegó al locutorio M. Manouri, a quien hicieron creer que no se sabía de mí, pues me ocultaba por no cumplir los deberes religiosos. Esto no obstante, al cabo de muchos esfuerzos conseguí hacer saltar la cerradura y me dirigí al coro y encontrando también cerrada aquella puerta me arrodillé en el umbral inclinada la cabeza hasta besar el suelo.

Cuando los oficios terminaron y las religiosas comenzaron a salir, la primera, al verme se detuvo y las otras no tardaron en reunirse a ella; pero cuando la superiora se convenció de que era yo, gritó lívida de furor:

—Pasad sobre ella; eso no es más que un cadáver.

Algunas obedecieron y me hollaron con los

piés; otras, más humanas, saltaron por encima de mí; pero ninguna se atrevió a tenderme una mano.

Mientras estaba ausente, se quitó de mi celda el reclinatorio, el retrato del fundador de la orden, y otras imágenes piadosas, así como el crucifijo y el escaso mobiliario que había conservado, dejándome reducida a las cuatro paredes desnudas, sin otro objeto que un montón de paja que me servía de lecho.

Como la puerta no cerraba ya, durante las altas horas de la noche entraban en tumulto las predilectas de la superiora, me arrojaban de la tarima en que gozaba del sueño, abrían con estrépito las ventanas y me aterrorizaban por cuantos medios les sugería la crueldad. El ruido llegaba a los pisos superiores, y las que no estaban en el complot suponían que en mi celda pasaban cosas extrañas, que oían voces lúgubres, ahullidos siniestros y ruidos de cadenas, no dudando en dar por artículo de fe que yo tenía pacto con el demonio y que todas las noches recibía ruidosas visitas de los espíritus malignos.

Bastaba esto para que las más crédulas y asustadizas huyeran de mi contacto, viendo en mí una figura odiosa y repulsiva a quien trataban de ahuyentar haciendo el signo de la cruz. Una noche, una de las más jóvenes que se encontraba en uno de los claustros por que yo cruzaba, al verme avanzar hacia ella, retrocedió llena de espanto y gritando: «¡Hermana Santa Susana, no me hagáis ningún mal!» cayó privada de conocimiento sobre las losas.

Al ruido acudieron muchas de sus compañeras y la levantaron del suelo, tomando pretexto de

aquel incidente para inventar las más inverosímiles y criminales historias, diciendo que el demonio de la impureza se había apoderado de mí, y suponiéndome designios que ni a indicar me atrevo, y a los cuales se atribuyó el estado en que se había hallado a la joven religiosa.

A decir verdad, si yo hubiera sido un hombre, no me hubieran sorprendido tales suposiciones; pero no comprendo que de una mujer se pueda sospechar tal cosa. Preciso es que a pesar de la falsa modestia de sus miradas y del humilde exterior de su porte, tengan las religiosas su alma sobrado corrompida para imaginar actos y pensamientos que jamás hubiera yo concebido.

Hoy, ya comprendo que en el claustro todo es verosímil, y más que nada, entiendo que como su proyecto era presentarme como culpable de todos los delitos, no se titubeó en acusarme de las más absurdas faltas. Persuadidas, real o aparentemente, de que estaba poseída de los malos espíritus, se reunieron para deliberar si debía exorcisárseme, y por unanimidad se convino en que había perdido la gracia otorgada por el sacramento del bautismo, no faltando quien adujera como prueba el haberme oído rechinar los dientes en los momentos de la consagración, el suponer que me había visto escarnecer un crucifijo y otros actos por este estilo. De todo ello dedujeron que lo que pasaba en mí excedía de los límites de lo material, y decidieron dar parte al gran vicario.

M. Hébert, que desempeñaba este cargo, era un hombre de avanzada edad y de larga experiencia, y aunque de carácter un tanto brusco, no estaba desprovisto de talento y de justicia. Sin embargo de esto, las acusaciones formuladas contra

mí eran tan precisas, sobre todo en lo que respecta a la escena de obscenidad que suponían había tenido lugar con la joven religiosa, que no pudo menos de creer que si se abultaban los sucesos, no debía faltarles un fondo de verdad. La cosa le pareció lo bastante importante para informarse por sí mismo de todo, y después de anunciar su visita, llegó al convento en unión de dos eclesiásticos jóvenes que se le habían dado como adjuntos y que le ayudaban en sus penosas funciones.

Algunos días después de las escenas que dejo referidas, oí una persona que entraba sigilosamente en mi celda y que me decía en voz baja:

—Hermana Santa Susana, ¿dormís?

—No. ¿Quién sois?

—Soy yo, vuestra amiga, que aunque temblando y expuesta a perderse por serviros, viene a daros un consejo que puede seros útil.

—Hablad.

—Se anuncia la visita del gran vicario, ante el cual vais a ser acusada. Preparaos a la defensa, y que el Señor sea con vos.

Dicho esto, se alejó con la ligereza de una sombra. De aquí deducireis que aún en los conventos hay almas compasivas que no se endurecen jamás.

Entretanto, mi proceso se continuaba con ardor, y multitud de personas de todo sexo y condición, a quienes yo no conocía, se interesaban por mi suerte. Creo que vos fuísteis de estos, lo cual me hace sospechar que tal vez conozcais estos incidentes mejor que yo misma, pues en cuanto a mí, ni con M. de Manouri se me dejaba conferenciar, diciéndole que me encontraba enferma. Compre-

dió que se le engañaba, y temiendo me hubiesen encerrado en el calabozo, solicitó hablar al arzobispo, quien, tal vez prevenido contra mí, no se dignó escucharle. Ante tal negativa, apeló a los jueces, insistió sobre la ejecución de la orden dada a la superiora para que me presentara muerta o viva cuando fuese requerida a ello; pero con esto sólo dió ocasión a una larga y enojosa competencia entre los tribunales civil y eclesiástico.

Mientras esto sucedía, las crueldades de que era objeto se redoblaban con nuevo refinamiento, privándome de lo más absolutamente necesario y obligándome en las noches más crudas del invierno a atravesar húmedos patios y helados pasadizos para lograr calmar mi sed o satisfacer mis más perentorias necesidades. Sin embargo, la visita del vicario me inspiraba graves temores; debiera haberla esperado como una esperanza, pero ignorando los colores con que me habrían pintado a los ojos del venerable eclesiástico, temía no sin fundamento que con este incidente se empeorara mi situación. Por su parte, mis enemigos se imaginaron que el terror podría producir en mí los efectos de la posesión de los malos espíritus, y he aquí de los medios de que se valieron para conseguir su objeto.

El día de la visita, muy de mañana, entró la superiora en mi celda, acompañada de tres hermanas provistas de una pililla de agua bendita, de un crucifijo y de unas cuerdas. La abadesa, llegando a mí, murmuró con amenazadora voz:

—Levantaos, poneos de rodillas y recomendad a Dios vuestra alma.

—Señora, respondí, antes de obedeceros, ¿po-

dré saber qué es lo que debo pedir a Dios, y qué es lo que habeis resuelto hacer conmigo?

A pesar de la entereza de que había querido revestirme al pronunciar tales palabras, un sudor frío me inundaba y mis miembros, presa de un temblor nervioso, imposible de soportar, parecían anunciarme que las fuerzas me abandonaban. Creía que celebrado consejo, había resuelto en él deshacerse de mí, como había oído decir que se practicaba en algunos conventos donde se juzgaba, sentenciaba y daba cumplimiento a los fallos. Jamás había creído que esto se hiciera, sobre todo en un convento de monjas; pero había visto ya tantas y tan extraordinarias cosas, que nada me parecía absurdo.

Ante el espectáculo de una muerte próxima, quise gritar; pero mis labios se negaron a articular todo sonido. Lo único que pude hacer fué arrastrarme hasta los piés de la superiora con los brazos abiertos y en actitud suplicante, hasta que nublados mis ojos y desvanecida mi cabeza perdí el conocimiento, cayendo como una masa inerte en el suelo.

Ignoro cuánto tiempo duró este estado; lo que sé es que cuando abrí los ojos me encontré empapada en agua bendita y oí la voz de la superiora que decía:

—Ponedla de pie. Puesto que no quiere encomendarse a Dios, peor para ella. Ya sabeis lo que teneis que hacer; acabad.

Creí que las cuerdas que habían traído las hermanas estaban destinadas a estrangularme y las miré con los ojos preñados de lágrimas. Pedí que se me dejara besar el crucifijo y se me negó; pero como no pudieran impedirme asir el escapulario

de la superiora, me agarré a él y besándole obstinadamente murmuré:

—¡Dios mío, tened piedad de mí! ¡Hermanas mías, procurad no hacerme sufrir!

Y al decir esto presentaba mi cuello como la víctima que se prosterna ante el hacha del verdugo.

Desde aquel momento no sabré deciros lo que pasó por mí, ni lo que conmigo hicieron; sólo puedo asegurar que sufrí todos los tormentos de una ejecución. Cuando mi estado de sopor se desvaneció, me encontré agarrotada a la paja que me servía de lecho, asida a un crucifijo de bronce que habían dejado sobre mis rodillas.. Señor marqués, perdonadme el daño que indudablemente os causo con la narración de estas crueldades; pero para que sepáis cuán digna de compasión soy, no debo haceros gracia de los más dolorosos detalles.

Entonces fué cuando aprecié en su verdadero valor la superioridad de la religión cristiana sobre todas las religiones del mundo, la profunda sabiduría que existe en lo que el frío raciocinio llama la locura de la cruz. En el estado en que me hallaba, ¿de qué me hubiera servido la imagen de un legislador dichoso y colmado de gloria? A quien yo veía era al martir inocente, herido en el costado, con la frente coronada de espinas, con las manos y los pies atravesados por los clavos, espirando en medio de los más crueles sufrimientos, y ese Dios era el único a que podía dirigirme. Sus padecimientos me prestaban consuelo puesto que por ellos comprendía la vanidad de la vida, conceptuándome muy dichosa con perderla antes de tener tiempo de aumentar mis faltas. Sin embargo, me acordaba que tenía apenas veín-

te años y un suspiro se escapaba de mi pecho. Estaba demasiado débil, sobrado abatida para que mi espíritu pudiera elevarse por encima de los terrores de la muerte. En pleno uso de mis facultades creo que hubiera podido resolverme con más valor.

La superiora y sus satélites volvieron y no pudiendo disimular su despecho al encontrarme con más fuerzas de las que hubieran deseado, se miraron con asombro, y echando un velo sobre mi cabeza, me hicieron salir, sin decirme a dónde me conducían y sin soltar mis ligaduras.

Por fin, llegué a la iglesia. El gran vicario acababa de celebrar la misa que había oído toda la comunidad. Olvidaba decir que cuando llegué a la puerta, las tres religiosas que me conducían, me oprimieron, me empujaron con violencia y me arrastraron, como si yo hubiese hecho esfuerzo alguno para no penetrar en el templo. En seguida se me condujo a las gradas del altar, y, aprovechando mi debilidad, se me hizo caer en ellas violentamente de rodillas.

Después de la bendición y de haber entonado el *Veni Creator*, el gran vicario se despojó de los ornamentos, y revestido solamente de alba y estola, avanzó hasta el sitio en que estaba arrodillada, y me dijo:

—Hermana Santa Susana...

Pero como al decir estas palabras se fijara en los cordeles que me agarrotaban, ordenó que se me desatara.

Las monjas se miraron unas a otras sin obedecer, fingiendo ver un inminente peligro en la ejecución; mas como ya he dicho, el carácter del

vicario era sobrado brusco, y volviéndose a ellas murmuró en voz firme y ruda:

—He dicho que se la desate.

Entonces no hubo más que obedecer. Cuando me ví libre, lancé un horroroso gemido.

—¿Qué teneis? me preguntó.

Por toda respuesta le mostré mis brazos, en los que los cordeles habían atravesado las carnes y que se mostraban fáspeados de manchas violáceas.

—Levantadla el velo.

Mi rostro, según he oído decir muchas veces, es simpático, y hasta agraciado; el profundo dolor le había alterado, pero no le había quitado nada de su carácter; mi voz tiene un timbre agradable y en mi expresión se reconoce siempre la ingenuidad. Estas cualidades reunidas, produjeron una fuerte impresión de piedad en los jóvenes acolitos del eclesiástico; pero no así en él, que justo sí, pero poco sensible, pertenecía al número de los que son lo bastante desgraciados para practicar la virtud sin sentir sus dulzuras, haciendo el bien más por convicción que por sentimiento.

Al verme descubierta, colocó un extremo de su estola sobre mi cabeza, y me preguntó:

—Hermana Susana, ¿creéis en Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo?

—Sí creo, respondí con voz entera.

—¿Creéis en nuestra Santa Madre Iglesia?

—Sí creo.

—¿Renunciáis a Satanás y sus obras?

En lugar de responder hice un súbito movimiento hacia adelante, lancé un grito, y la fimbria de su estola se separó de mi cabeza. El prelado se turbó, sus acompañantes palidieron, y entre

las religiosas se produjo un verdadero tumulto; pero yo, recobrada la calma, me apresuré a restablecer la tranquilidad, murmurando:

—Señor, esto no es nada. La causa de mi extraña actitud es que una de mis compañeras me ha clavado un objeto punzante en mi brazo en el momento de preguntarme si renunciaba a Satanás, y a sus obras.

Todas protestaron por boca de la superiora; pero el prelado, haciendo un imperativo ademán para que nadie se acercara a mí, recobró su posición primitiva, y me preguntó de nuevo:

—¿Renunciáis a Satanás y sus obras?

—Renuncio, respondí sin vacilar.

Acto seguido, pidió un crucifijo y me le dió a besar, lo que yo hice con verdadero fervor. Después me ordenó que le adorara en voz alta, cuya orden cumplí. No me acuerdo en que terminos lo hice; pero debieron ser profundamente patéticos, porque vi lágrimas en muchos ojos y oí a uno de los eclesiásticos que me preguntaba de dónde había sacado la oración que acababa de decir.

—Del fondo de mi corazón, le contesté; es la fiel expresión de mis sentimientos. Soy cristiana, soy inocente, y si he cometido alguna falta, Dios, que lee en el fondo de mi conciencia, es el único que puede pedirme cuenta de ella.

Al escuchar estas frases, el vicario dirigió una terrible mirada contra la madre abadesa. Terminados estos preliminares, las religiosas, excepto la superiora, se retiraron, quedando solos ésta, el vicario, los dos clérigos y yo. Entonces el prelado se sentó, y tomando la memoria que

se le había presentado contra mí, la leyó en voz alta, y me interrogó acerca de los artículos que contenía.

—¿Porqué, me dijo, no os confesais?

—Porque se me impide.

—¿Por qué no frecuentais los sacramentos?

—Porque se me impide.

—Por qué no asistís ni a misa, ni a los oficios divinos?

—Porque se me impide.

La superiora quiso hablar, pero el vicario la dijo con sequedad:

—Callad, señora; y prosiguiendo su interrogatorio, continuó:

—¿Por qué salís de noche de vuestra celda?

—Porque me han privado de agua y de los vasos precisos a mis necesidades.

—¿Por qué se siente ruido a las altas horas de la noche en vuestra celda?

—Porque se ocupan en privarme hasta del preciso reposo.

La superiora hizo una nueva tentativa para hablar; pero el vicario la atajó exclamando:

—Os he dicho ya que calleis. Cuando se os pregunte tendreis tiempo de responder... ¿Por qué causa se encontró una religiosa privada de conocimiento en uno de los claustros por que atravesábais?

—Porque habiéndoseme presentado a sus ojos como una criatura maldita, el horror que la inspiró mi presencia la produjo un síncope.

—¿Era amiga vuestra?

—No.

—¿No habeis entrado nunca en su celda?

—Jamás.

—¿Ni habeis hecho a ella ni a ninguna otra proposiciones indecorosas?

—Jamás.

—¿Por qué os han maniatado?

—Lo ignoro.

—¿Por qué no se cierra vuestra celda?

—Porque un día tuve yo misma que romper la cerradura.

—¿Y por qué la rompisteis?

—Para poder abrir la puerta y asistir a los oficios el día de la Ascensión.

—¿Se os vió, pues, en la iglesia aquel día?

La superiora, sin poderse dominar murmuró:

—Señor, eso no es cierto; toda la comunidad..

—Aseguraré, repliqué interrumpiéndola, que la puerta del coro estaba cerrada; que me encontraron prosternada ante ella y que las ordenásteis que pasaran sobre mí, lo que algunas hicieron. Esto, no obstante, yo os perdono tal orden, pues no he venido para acusar a nadie, sino para defenderme.

—¿Por qué no teneis ni rosario ni crucifijo?

—Porque me los han quitado, lo mismo que mi breviario.

—¿Cómo rezais entonces?

—Rezo mentalmente, por más que se me haya prohibido la oración.

—¿Quién os ha hecho tal prohibición?

—La señora.

La abadesa quiso hablar aún, pero el vicario no la dió tiempo, preguntándola:

—Señora, decid si es cierto o falso que se la haya prohibido rezar. Decid sí o no, simplemente.

—Creía tener razón para..

—No se trata de eso. ¿La habeis prohibido o no rezar?

—Se lo he prohibido, pero...

Iba a continuar, pero el prelado, volviéndose bruscamente me preguntó:

—¿Por qué llevais los pies desnudos?

—Porque no se me han dado ni medias ni zapatos.

—¿Por qué se encuentran vuestros vestidos en tal estado de deterioro y suciedad?

—Porque hace tres meses que se me niega toda clase de muda y porque tengo que acostarme vestida.

—¿Por qué causa?

—Porque carezco de cortinas, mantas y sábanas en mi lecho.

—¿Y por qué no los teneis?

—Porque me los han quitado.

—¿Estais bien alimentada?

—Quiero estarlo.

—¿Luego no lo estais?

Yo guardé silencio; el prelado prosiguió:

—Increíble parece que se haya empleado tanta crueldad con vos sin que hayais cometido alguna falta que os haga merecedora de tales castigos.

—Mi falta consiste en carecer de vocación para el estado religioso y en haber protestado contra mis votos.

—A las leyes toca resolver en tal asunto, pero sea el que fuese su fallo, mientras le esperáis no estais dispensada de cumplir los deberes de la vida religiosa.

—Nadie es más exacta en su cumplimiento, que yo.

—Es preciso que participéis de la vida de vuestras compañeras.

—Es todo cuanto pido.

—¿No tenéis queja de persona alguna?

—No, señor. He dicho ya que no he venido aquí a acusar a nadie, sino a defenderme.

—Podeis retiraros.

—¿Y a dónde?

—A vuestra celda.

Dí algunos pasos, pero después retrocedí y arrojándome a sus piés, prorrumpí en lágrimas.

—Y bien, ¿qué queréis? me preguntó.

—¡Ved! le contesté mostrándole mis piés y mis brazos ensangrentados.

El prelado apartó los ojos con lástima y murmuró con bondad:

—¡Id, id!

Uno de los eclesiásticos me tendió la mano para levantarme, mientras el prelado añadía:

—Os he interrogado; ahora voy a interrogar a la superiora, y puedo aseguraros que no saldré de aquí sin que quede el orden restablecido.

Al retirarme, encontré a toda la comunidad reunida dando muestras de la más profunda desesperación; las monjas se hablaban de un lado a otro de los claustros, pero en cuanto me sentían, cerraban precipitadamente sus celdas. Yo entré en la mía y me puse a rezar.

Poco después, el vicario, sus dos acompañantes y la superiora, se presentaban a mis ojos. Ya he dicho que me encontraba sin estera, sin reclinatorio, sin sillas, sin mantas, sin sábanas, sin puerta que cerrara y sin cristales en las ventanas. Al ver a mis visitantes, me levanté, y el prelado, deteniéndose de pronto y volviendo los indignados ojos a la superiora, exclamó:

—Y bien, señora, ¿qué es lo que decís?

—Ignoraba lo que aquí sucede, balbuceó.

—¿Que lo ignorábais? Mentís. Para ignorarlo era preciso que hiciera largo tiempo que no entrábais aquí, y cuando empezó la ceremonia no veníais de otra parte... Sor Susana, hablad: ¿no ha entrado aquí hoy la superiora?

Yo guardé silencio, el prelado insistió pero no pudo obtener respuesta. Los dos eclesiásticos dejaban traslucir en sus rostros la sorpresa y la pena que tal escena les producía. Poco después salieron todos y oí al vicario que decía en el corredor, dirigiéndose a la abadesa:

—Sois indigna del cargo que desempeñais; merecis ser destituida y así lo haré presente a monseñor. Entretanto procurad corregir el desorden que aquí advierto antes de que yo salga de esta casa.

Y prosiguiendo su marcha añadió:

—Esto es horrible. ¡Y tales cosas suceden entre criaturas humanas; entre cristianos; entre religiosas!

Desde aquel momento no oí hablar de nada, pero tuve cuanto me hacía falta, volví a disfrutar de los derechos de las demás religiosas y se me permitió asistir al locutorio, aunque sólo para aquello que con mis asuntos se relacionaba.

Estos en tanto iban mal. M. Manouri publicó una primera memoria, que causó poca sensación. En ella había mucho ingenio, bastante sentimiento, pero pocas razones. No se debe culpar por ello a tan hábil abogado. Yo no quería en absoluto que atacase la memoria de mis padres; le había prohibido que pintase con colores demasiado negros a mis cuñados, y no había quedado reducido, por tanto, a otra cosa que a lamentar

los extravíos de una falsa vocación y los horrores de la casa en que yo me hallaba. Sólo tenía en mi favor una solemne protesta contra los votos hecha por mí en otro convento, pero que no había ratificado en mi segunda profesión. Cuando se dan tan estrechos límites a la defensa, es difícil triunfar de los valiosos elementos con que en aquella ocasión la parte contraria contaba, sobre todo luchando con las dificultades que ofrece la ruptura de los votos religiosos. Para esto los obstáculos son punto menos que insuperables, y sin embargo, yo creo que en un Estado bien gobernado debiera suceder lo contrario; esto es, debía ser difícil entrar en un convento y fácil salir de él. ¿Por qué no asimilar este caso a tantos otros en que la menor falta en el procedimiento acusa un vicio de nulidad? ¿Son tan esenciales los conventos para la constitución de un Estado? ¿Instituyó por ventura Jesucristo la clausura? ¿No puede la iglesia prescindir de ella? ¿Qué necesidad tiene el esposo de tantas vírgenes locas, ni el mundo de tantas víctimas? Dios que creó el estado social, ¿puede aprobar que se rompa abiertamente con el mundo?

Todas estas razones las exponía valerosamente M. Manouri completando su memoria con una erudita historia de las comunidades religiosas. En otro lugar decía: «Hacer voto de pobreza, es obligarse por medio de un juramento a ser perezoso y ladrón; hacer voto de castidad es prometer a Dios la infracción constante de la más sabia y más importante de sus leyes; hacer voto de obediencia es renunciar a la prerrogativa inalienable del hombre, la libertad. La ob-

servancia de tales votos es un crimen; si no se observan se da en el perjurio. La vida claustral no puede cuadrar, pues, más que a los fanáticos o a los hipócritas.»

Poco después mi abogado publicó una segunda memoria, que hizo algún más efecto, y que se buscó con verdadero interés. Hubo un momento en que mi proceso pareció tomar un giro favorable, haciéndome esperar mi libertad; pero aquella esperanza no tardó en verse trocada en un desengaño. Al celebrarse la vista, el fallo me fué adverso.

Toda la comunidad sabía lo que iba a suceder, menos yo; pero no tardaron en hacérmelo sospechar la mal disimulada alegría de mis compañeras. En tan terribles instantes, lo que más daño me hacía era no tener una amiga en cuyos brazos pudiera desahogar mi dolor. ¡Qué mañana tan cruel la del juicio! Quería rezar y no podía; me ponía de rodillas; trataba de recoger mi espíritu, comenzaba una oración, pero bien pronto mi pensamiento, apartándose de las cosas santas, no veía otras cosas que a mis jueces. No conocía a ninguno de los magistrados, y sin embargo me los representaba a todos, los unos adversos, los otros favorables, los otros indiferentes, surgiendo de mi acalorada mente, no como seres reales, sino como vanos fantasmas de esos que engendra el sueño en las noches de fiebre.

De pronto, al ruido que se notaba en la casa, siguió un profundo silencio; las religiosas habían cesado en su charla y sólo se oía a lo lejos su voz que entonaba los salmos en el coro. Al salir de los oficios se retiraron en silencio, persuadiéndome de que la impaciencia las tenía tan

intranquilas como a mí. Sin embargo, al medio día el ruido y el movimiento volvieron a renacer y no se pasó mucho tiempo sin que me vinieran a avisar que una persona me aguardaba en el locutorio.

La que me había avisado estaba tan alegre, que no tardé en comprender que la noticia que se me traía no podía ser favorable. Mis pasos eran inseguros y vacilantes, pero al fin llegué al locutorio. En él no se veía a nadie; sin duda se había detenido al recién llegado, en quien se sospechaba un emisario de mi abogado, para dar tiempo a que la comunidad entera pudiera enterarse del resultado de mi entrevista con él.

Cuando apareció me encontró sentada en un sitial, y con la cabeza pegada a los hierros de la cancela.

—Vengo de parte de M. Manouri, me dijo.

—¿Para participarme que he perdido mi proceso? pregunté.

—Nada sé, señora, pero tal vez esta carta os enterará de lo que deseáis saber. Sólo puedo deciros que estaba muy afligido cuando me dió este encargo y que me recomendó que viniera sin perder momento.

—Dadme...

El mensajero me tendió la carta y sin abrirla ni mirarla la coloqué sobre mis rodillas, dando lugar a que me preguntara.

—¿No debo aguardar respuesta?

—No, le repliqué.

Y saludándome respetuosamente salió dejándome inmóvil y pensativa.

En el convento no está permitido escribir ni recibir cartas sin permiso de la superiora, y por

lo tanto yo debía poner aquella en sus manos. Para hacerlo así me dirigí a la celda prioral, y confieso que jamás el condenado que sale del calabozo para oír su sentencia de muerte, caminó más despacio ni con más abatimiento que yo lo hacía en aquella ocasión. Al llegar a la puerta noté que las religiosas me observaban de lejos no queriendo perder nada del espectáculo de mi dolor y de mi humillación. Dudé un momento, llamé y por fin me abrieron. La superiora se encontraba con algunas otras religiosas; sin levantar los ojos la presenté la carta con mano vacilante y ella la tomó, la leyó y por último me la entregó sin pronunciar una sola palabra.

Cuando volví a mi celda me arrojé en el lecho, donde permanecí inmóvil, sin dirigir los ojos a la mal aventurada carta y sin acudir a las horas de refectorio, hasta que por fin al llegar los oficios de media noche, me levanté y me dirigí al coro. Cuando llegué ya habían acudido algunas hermanas y la madre abadesa, que al verme no me dejó traspasar los umbrales, haciéndome arrodillar a la parte de afuera. Terminados los oficios salieron todas y yo las seguí. Desde aquel momento, las persecuciones interrumpidas por breve tiempo, volvieron a comenzar, prohibiéndoseme la entrada en la iglesia, en el coro y en los sitios de recreo.

Esperaba algunas visitas, pero la de M. Manouri fué la única que se me permitió recibir. Cuando entró en el locutorio, me encontró en la misma posición en que me encontró su enviado, esto es, reclinada en un sitial y con la frente apoyada en la reja. Aunque desde el primer momento le reconocí, ni él ni yo nos atrevía-

mos a cruzar una sola palabra. Al fin, murmuró sin mirarme:

—Debeis haber recibido una carta mía. ¿La habeis leído?

—Está en mi poder, pero ignoro lo que contiene.

—¿Luego, no sabeis?..

—Adivino mi suerte y estoy resignada.

—¿Y cómo os tratan?

—Todavía no se piensa en mí; pero el pasado me dice cuál ha de ser mi porvenir. No tengo más que un consuelo, y es que privada de la esperanza que me sostenía, es imposible que sufra tanto como he sufrido: la muerte pondrá remedio a mis males. La falta que he cometido, no es de las que se perdonan en un monasterio y no espero ablandar el corazón de las que se creen en el deber de castigarme. Mi resignación no es virtud, es convencimiento.

—Señora, me respondió con los ojos llenos de lágrimas, si se hubiera tratado de mi hermana, no hubiera hecho más que lo que he intentado por vos. Si aún puedo seros útil en algo, disponed de mí. Veré al presidente, hablaré al vicario, al arzobispo..

—No veais a nadie, todo ha concluido.

—Por lo menos trataremos de que cambiéis de convento.

—Será difícil obtener el permiso y más difícil aún retirar el dote constituido o constituir otro nuevo. Y después, ¿qué se lograría con ello? La forma variaría, pero el fondo no. Más vale acabar aquí mis días; por lo menos tendré la ventaja de que sean más cortos.

—Tened en cuenta que habeis interesado a

muchas gentes de posición y tal vez cuando se sepa que no os llevais nada, os dejarán salir de aquí

—Así lo creo.

—Y una religiosa que sale o que muere, aumenta el bienestar y las comodidades de las que quedan.

—Pero esas gentes de posición llevarán su interés hasta el punto sólo en que no afecte a su fortuna. Si lo intentáis, vereis como todo su calor se trueca en frialdad cuando se trate de procurarme un dote a su costa. ¿Por qué imagináis que sea más fácil a las gentes de mundo sacar del claustro una religiosa sin vocación, que a las personas piadosas hacer entrar a quien cuenta con ella? ¿Y se dota con facilidad a estas últimas? ¡Ay, amigo mío, desde que he perdido mi proceso todos huyen de mí!

—Dejad a mi cargo ese asunto y espero ser más afortunado.

—Ni pido, ni espero, ni me opongo a nada. El único lazo que me ligaba a la vida, se ha roto. Sólo podría esperar que Dios cambiara mi manera de ser haciéndome agradable la vida del claustro, y esto comprendo que es imposible. Los hábitos abrasan mis carnes, mis tocas parecen una losa de plomo que me abrumba. Ser monja aborreciendo tal estado, es lo mismo que pasarse la vida golpeándose las sienes contra las paredes de un calabozo.

Al llegar aquí no pude contenerme más, y las lágrimas que había estado comprimiendo tanto tiempo, salieron de mi pecho entre terribles sollozos. M. Manouri, sorprendido de aquella transición, me dijo:

—¿Me atrevería a haceros una pregunta?

—Haced cuantas gusteis.

—Ese violento dolor, ¿no tendrá algún motivo secreto?

—No, señor. La sola causa es que yo no podré nunca sujetarme a las mil puerilidades que constituyen la vida claustral. Mil veces he envidiado la dichosa imbecilidad de mis compañeras, y sea orgullo o ineptitud, lo cierto es que me paso el día midiendo la altura de los muros que me sirven de prisión. He visto que no puedo abatirlos, pero tal vez pueda otra cosa.

—No intenteis nada.

—Es preciso que cambiéis de convento; yo me ocuparé de ello, os visitaré a menudo, impediré que se os mortifique, y creo que conseguiré sacaros de aquí. Si usaran demasiada severidad con vos, no me lo ocultéis.

Ya era muy tarde cuando M. Manouri se fué. Aquel día, al entrar en el refectorio, se me hizo sentar en el suelo, donde humedecí con lágrimas el escaso alimento que mi garganta pudo pasar. Al día siguiente se celebró consejo; toda la comunidad fué convocada para juzgarme, y se me condenó a ser privada de recreo, a oír durante un mes los oficios desde la puerta del coro, a comer en el suelo en el centro del refectorio, a hacer pública penitencia tres días seguidos, a ratificar mis votos y toma de hábito, a usar cilicio, a ayunar un día sí y otro no, y a disciplinarme todos los viernes después del oficio de la noche. Mientras se me notificaba esta sentencia, yo estaba de rodillas y con el rostro cubierto con el velo.

Al otro día la superiora llegó a mi celda con

una religiosa que llevaba al brazo un cilicio y un sayal semejantes a los que se me dieron cuando me condujeron al calabozo. Comprendí lo que tal cosa significaba y resignándome a mi suerte me desnudé, mejor dicho, dejé que me despojaran de mis hábitos y me ceñí aquella espantosa ropa. Con los pies desnudos y sin otros vestidos que el áspero sayal sobre el cilicio, fué como asistí aquel día a los ejercicios.

Por la noche cuando me retiré a mi celda oí que se aproximaban cantando las letanías y ví que la comunidad entera se abría en dos filas para dejarme pasar por medio. Al entrar se me echó una cuerda al cuello y se me puso un cirio en una mano y unas disciplinas en la otra; una religiosa tomó un extremo de la cuerda, me arrastró con violencia y la procesión se puso en marcha tomando el camino de un pequeño oratorio interior en que se veneraba una imagen de la Virgen María. Cuando estuvimos en él, después de una larga serie de oraciones, se me desnudó de cintura arriba, se me dió la disciplina y se comenzó a entonar el *Miserere*. Comprendí lo que me tocaba hacer y lo ejecuté sin protestar.

Cuando entré en mi celda sentí violentos dolores en los piés, los miré y los hallé horriblemente ensangrentados por los pedazos de vidrio que se había tenido la crueldad de sembrar mi camino. Los dos días siguientes hice penitencia del mismo modo, con la diferencia de que se añadieron dos estrofas al *Miserere*, el cuarto se me dió el hábito de religiosa casi con las mismas ceremonias que cuando esta solemnidad es pública; y al quinto ratifiqué mis votos.

Durante un mes cumplí el resto de la peni-

tencia que se me había impuesto y después de él entré en el orden común de la casa, desempeñando las mismas funciones que mis compañeras. Pero ¿cuál no fué mi sorpresa cuando al volver los ojos hacia la joven amiga que se interesaba por mi suerte, la encontré casi tan demudada como yo? Su extenuación era espantosa; llevaba pintada en el rostro la palidez de la muerte, sus labios estaban blancos como si fueran de mármol y sus ojos no mostraban ni vestigios del fuego que antes los animaba.

—Hermana Ursula, la dije en voz baja, ¿qué teneis?

—¿Que, qué tengo? me respondió; ¿sabeis cuánto os quiero y me lo preguntais? Ya era tiempo de que se terminaran vuestros suplicios, si no, hubiera muerto.

Con efecto, si los dos últimos días de mi penitencia no había encontrado mis piés ensangrentados, era que ella había tenido el cuidado de barrer furtivamente los corredores, amontonando a derecha e izquierda los pedazos de vidrio. Los días en que me correspondió ayunar a pan y agua, ella se privó de una parte de su ración, que envuelta en un paño blanco arrojó a mi celda. En ella, por último, recayó la suerte al sortearse quién había de tirar de la cuerda que llevaba al cuello, y con un valor que pocas hubieran tenido, protestó de la crueldad del acto y se negó a desempeñar aquella función.

Felizmente, era hija de una familia muy considerada; disfrutaba de una crecida pensión, que empleaba a gusto de la superiora, y todo se la toleró. Años después, sin embargo, comprendí lo horrible de sus sufrimientos. Nunca podré

creer que la mano de Dios pesara sobre aquella infeliz, mientras que la superiora vive, gobierna y disfruta de excelente salud.

Imposible era que la mía resistiera a tan continuadas y duras pruebas, y caí enferma. En aquellas circunstancias fué cuando sor Ursula me demostró de una manera más palpable su hondo cariño; a ella, después de Dios, es a quien debo la vida. La superiora, no obstante, no accedió a su petición de velarme durante la noche, so pretexto de que estaba demasiado delicada para exponerse a tales fatigas.

Todos sus cuidados no atajaron el rápido progreso de la enfermedad, viéndoseme ya en tal estado, que se me administraron los últimos sacramentos. Unos momentos antes, pedí ver a toda la comunidad, y esta gracia me fué concedida. Las religiosas rodearon mi lecho, la superiora permaneció en el centro y mi cariñosa enfermera al lado de mi cabecera, que regaba con sus lágrimas. Presumieron que tenía algo que decir, e incorporándome en el lecho, me sostuvieron algunos instantes.

Entonces, dirigiéndome a la abadesa, la rogué me concediese su bendición y el olvido de las faltas que hubiera podido cometer; pedí perdón a todas mis compañeras de cuantas molestias las hubiera causado, y haciéndome traer una infinidad de bagatelas que de mi propiedad particular había en mi celda, pedí permiso a la superiora para disponer de ellas.

Cuando lo obtuve, las distribuí entre las que mayor ensañamiento habían mostrado conmigo, y haciendo acercarse a la religiosa que me condujo con la cuerda al cuello el día de la peni-

tencia pública, la dije abrazándola y entregándola mi rosario y mi crucifijo:

—¡Hermana mía, acordaos de mí en vuestras oraciones, y tened la seguridad que no os olvidaré al comparecer ante el Divino Juez!

¿Por qué no me llevó Dios a su seno en aquel momento? Hubiera sido la mayor de sus bondades y tal vez el único camino de haber encontrado abierta la senda de una bienaventuranza a que sólo conducen la fe y el arrepentimiento.

Después de haber sido administrada, caí en una especie de letargo que hizo creer que no saldría de la noche. De tiempo en tiempo venían a tomarme el pulso y a posarme la mano en la frente. Más de una vez oí una voz que decía:

—Ya toca a su fin... su nariz está helada... no llega al amanecer... El rosario y el crucifijo son vuestros.

Y otra voz indignada que respondía:

—¡Alejaos! ¡Alejaos!... Dejadla morir en paz. ¿No la habeis atormentado bastante?

El momento de salir de aquella crisis y abrir los ojos fué muy dulce para mí. Me encontré en los brazos de mi amiga que no me había abandonado un solo momento y que había pasado la noche repitiendo las oraciones de los agonizantes y haciéndome besar el crucifijo todavía tibio por el calor de sus labios.

Al verme abrir los ojos y lanzar un suspiro creyó que aquel era mi último aliento y rompió a llorar murmurando:

—¡Dios mío! ¡Dios mío! Tened piedad de ella y de mí y recibid su alma en vuestro seno. Querida amiga, cuando esteis en la mansión de los justos acordaos de vuestra hermana Ursula.

Yo la miraba tristemente, estrechando su mano y mezclando al suyo mi llanto cuando llegó M. Bouvard. Era el médico de la casa: hombre hábil a lo que se dice, pero déspota, orgulloso y rudo. Separó a mi amiga con violencia, me auscultó el pecho, tocó mi piel y después de hacer algunas preguntas a la superiora y otras religiosas que la acompañaban murmuró:

—Se salvará.

Y mirando a la superiora en quien estas frases no habían producido un efecto sobrado placentero, añadió:

—Sí, señora, se salvará. La fiebre ha bajado notablemente y la vida comienza a asomar de nuevo a sus ojos.

A cada una de estas palabras el gozo se plantaba en el rostro de mi amiga, al par que la superiora y sus satélites no podían disimular su disgusto.

—Señor, yo no deseo vivir, le dije.

—Tanto peor para vos, me respondió, y dando algunas órdenes salió.

Después me han dicho que durante mi delirio, había exclamado muchas veces:

—Querida madre, voy a reunirme con vos y os lo contaré todo.

Indudablemente a quien me dirigía era a mi antigua superiora, cuyo retrato no había dado a nadie, como si quisiera llevarle conmigo a la tumba.

El pronóstico de M. Bouvard se cumplió; la fiebre disminuyó y un copioso sudor no tardó en garantizar mi restablecimiento. Con efecto, me curé, pero mi convalecencia fué larga y pe-

nosa, y un nuevo disgusto vino a hacerla todavía más desagradable.

Sor Ursula, que no me había abandonado un momento durante mi enfermedad, comenzó a perder las fuerzas a medida que yo recobraba las mías; sus digestiones se hicieron difíciles y frecuentemente se sentía atacada de congojas que le duraban horas enteras. En tal estado quedaba como muerta; un sudor frío la bañaba la frente, sus miembros adquirían una rigidez cadavérica y sus brazos caían desfallecidos e inertes a lo largo de su cuerpo. Cuando volvía del síncope, su primer movimiento era buscarme con los ojos y para tranquilidad de mi conciencia debo decir que siempre me encontraba a su lado. Algunas veces, cuando la quedaban algunos vislumbres de conocimiento y de sensación, extendía la mano a su alrededor, pero cuando tropezaba con otra religiosa, la apartaba impaciente, obligando a la aludida a decirme:

—¡Hermana Susana, es a vos a quien busca, acercaos!

Yo me acercaba, en efecto, y ponía la mano en su frente. Cuando volvía en sí solía decirme:

—Sor Susana, yo soy la que se va y vos la que os quedais. Yo seré la primera que la vuelva a ver; la hablaré de vos y ella me escuchará llorando. Si hay lágrimas amargas, también las hay llenas de dulzura, y allá arriba, donde tanto se ama, se llorará también.

Entonces reclinaba la cabeza sobre mi cuello y sollozando largo trecho, añadía:

—¡Adiós, Susana! ¡Adiós, amiga mía! ¿Con quién compartireis vuestras penas cuando no esté

yo aquí? ¡Cuánto siento dejaros! Si fuérais dichosa, ¡con qué gozo moriría!

Su estado me asustaba. Hablé a la superiora; **quise** que se la trasladara a la enfermería, que se la dispensase de los oficios y de otros ejercicios penosos de la casa y que se llamase al médico, pero se me respondía siempre que aquello no era nada, que pasarían aquellos mareos, y que la hermana Ursula no deseaba otra cosa que cumplir con sus deberes religiosos y seguir haciendo la vida ordinaria.

Un día, después de maitines, a los cuales había asistido, no reapareció, y comprendiendo que debía encontrarse mal, me apresuré a ir a su celda, donde me la encontré en el lecho completamente vestida.

—Sabía que no tardaríais en venir, y os aguardaba. Mi desfallecimiento ha sido tan largo y tan intenso, que he temido no volver a veros. Tomad, esta es la llave de mi adoratorio; abridle, levantad una tapa que divide en dos partes el último cajón, y debajo encontrareis un legajo de papeles. Jamás he podido resolverme a desprenderme de ellos, cualquiera que fuera el peligro a que me expusiera y el dolor que me produjera su lectura. Casi están borrados por mis lágrimas. Cuando deje de existir, quemadlos.

Estaba tan débil y tan afectada, que no pudo pronunciar dos palabras seguidas. Tomé la llave, la señalé el adoratorio, me hizo una señal afirmativa, y presintiendo que iba a perderla, y que su enfermedad era consecuencia de los disgustos que yo la había producido, rompí a llorar amargamente, la besé la frente y las manos y la

pedí perdón. Sin embargo, no debía verme siquiera, porque su mano me buscaba sin cesar, y hasta en alguna ocasión me llamó, dudando de que estuviera a su lado.

—¿Qué hora es? me preguntó.

—Las once y media.

—Idos al refectorio y volved en seguida.

Con efecto, la campana me llamaba. Todavía me obligó a retroceder cuando me dirigía a la puerta, y haciendo un esfuerzo como si tuviera que apelar a todo su valor para separarse de mí, añadió:

—Es fuerza que me dejeis; Dios lo quiere. ¡Adiós! dadme el crucifijo.

Se lo puse en las manos y salí. En la mesa, me acerqué a la superiora, y la hice ver el peligro en que se encontraba sor Ursula.

—Fuerza será que yo me cerciore de si es cierto cuanto decís; y subió acompañada de algunas religiosas. Cuando entramos en la celda el cuerpo de sor Ursula estaba allí, pero no su alma. Con los ojos medio cerrados, la boca entreabierta y el crucifijo oprimido contra su pecho, había lanzado su último suspiro, y ya la rigidez del cadáver se notaba en sus helados miembros. La superiora la miró con frialdad y se limitó a murmurar:

—Está muerta. ¿Quién hubiera creído tan próximo su fin? Era una excelente muchacha. Id a que toquen las campanas por ella, mientras nos ocupamos de su entierro.

Yo sola me quedé junto al lecho mortuario. Imposible sería pintaros mi dolor, pero he de confesaros que al propio tiempo envidiaba su suerte. Me aproximé a ella, la besé muchas ve-

ces y cubrí con la sábana su rostro, cuyas facciones comenzaban a alterarse. Acto seguido pensé en ejecutar su última voluntad y para no ser interrumpida aguardé a que todas estuvieran en los oficios. Entonces abrí el oratorio; levanté la plancha y encontré un abultado rollo de papeles que reduje a ceniza con el más escrupuloso esmero. Al quemar aquellas, que indudablemente eran páginas amargas de su vida, no pude menos de recordar la tristeza que siempre se pintó en aquel rostro que rara vez había visto sonreír.

Desde aquel día me encontré completamente sola en aquella casa, en que ya no quedaba un solo ser que se interesara por mí. Largo tiempo hacía que no había oído hablar del abogado M. Manouri, haciéndome todo presumir que, vencido al fin por los obstáculos o distraído por las diversiones o por los negocios, había acabado por olvidar los ofrecimientos que me hiciera. Tengo el carácter propenso a la indulgencia; lo perdono todo, excepto la injusticia, la inhumanidad o la ingratitud, y disculpaba en lo posible el olvido de M. Manouri, cuando se me hizo saber que nuestros superiores eclesiásticos habían venido con objeto de hacer una visita a la casa.

Estos recorrieron las celdas, interrogaron a las religiosas y se hicieron dar detallada cuenta del régimen temporal y espiritual que se observaba en el convento. Entonces volví a ver la noble y dura fisonomía de M. Hébert, seguido siempre de sus dos jóvenes y complacientes acólitos, quienes al verme recordaron inmediatamente el lamentable estado en que me vieron en otra ocasión. El vicario se sentó y haciéndome

ocupar un escaño frente a él y al lado del cual permanecían de pie los dos sacerdotes, me dijo:

—Y bien, sor Susana, ¿cómo se os trata al presente?

—Se olvidan de mí, señor.

—Del mal el menos.

—Es todo lo que yo deseo. Sin embargo, una gracia tengo que pedirlos. ¿Tendríais alguna dificultad en llamar aquí a la madre abadesa?

—¿Y para qué?

—Porque deseo que escuche todas mis palabras. Si no las oyera supondría conceptos que nunca saldrán de mis labios y esto bastaría para recrudecer su odio contra mí.

—Os comprendo, pero nada debéis temer. Hablad.

—Señor, os suplico de nuevo la llameis.

—Os repito que habléis.

—Ved que vais a perderme.

—No temais nada. Desde hoy estais fuera de su autoridad. Antes de que termine la semana sereis trasladada al convento de San Eutropio, cerca de Arpajon. Contais con un buen amigo.

—¿Un amigo yo? Creed que ni lo sospechaba. ¿Y podré saber quién es?

—Vuestro abogado.

—¿M. Manouri?

—El mismo.

—Pensaba que ni se acordaba ya de mí.

—Pues os equivocais. Ha visto al señor arzobispo, al primer presidente y a todas las personas conocidas por su piedad, entre las cuales os ha reunido un dote que os servirá para ingresar sin pérdida de momento en la casa de que os he hablado. Dicho esto, creo que si conoceis algún

abuso cometido aquí, no dudeis en instruirme de él. La dignidad de que estoy revestido me obliga a mandaros hablar.

—No conozco ninguno, señor.

—¡Es decir que se os ha guardado toda consideración después de la pérdida de vuestro proceso?

—Se ha creído, y debían creerlo así, que había cometido una falta protestando contra mis votos, y se me ha hecho pedir perdón a Dios.

—La manera de implorar ese perdón, es lo que yo deseo saber.

Y al decir estas palabras movía la cabeza, fruncía las cejas y me persuadía de que su ánimo era devolver a la superiora una parte por lo menos de los disciplinazos que me había hecho darme. Sin embargo, viendo que no sacaría nada de mí, se resolvió a dejarme encomendándome el secreto de cuanto me había dicho respecto a mi traslación a San Eutropio de Arpajon.

Al salir sus dos compañeros se volvieron y me saludaron con un aire lleno de afecto y de dulzura. No sé quiénes son, pero Dios les conserve su carácter tierno y misericordioso tan raro en su estado y que tan bien cuadra a los hombres encargados de hacernos comprender la misericordia divina. Ya me persuadía de que M. Hébert se ocuparía en interrogar o reprender a alguna otra religiosa, cuando de pronto le volví a ver aparecer en mi celda.

—¿De dónde conocéis a M. Manouri? me preguntó.

—Solamente por haberse encargado de mi defensa.

—¿Quién os lo recomendó?

—La señora presidenta de.....

—¿Habeis celebrado muchas y largas conferencias con él durante vuestro proceso?

—No; le he visto muy poco.

—¿Cómo le habeis instruido de las circunstancias de la defensa?

—Por medio de una memoria escrita por mí.

—¿Y conservais copia de ella?

—No.

—¿Quién la hizo llegar a su poder?

—La señora presidenta.

—Y ¿por quién la conocíais?

—Por la hermana Ursula que era amiga mía y parienta suya.

—¿Habeis visto a M. Manouri después del fallo?

—Una sola vez.

—¿Y después, os ha escrito?

—No.

—¿Ni vos a él?

—Tampoco.

—Pues bien, yo os mando que no le habléis en el locutorio, y que si os escribe, sea directa o indirectamente, me enviéis su carta sin abrirla.

¿Lo entendéis bien? Sin abrirla.

Aquella desconfianza para mí y para el digno letrado, no pudo menos de herirme. Sin embargo, no tardé mucho en poder cumplir mi promesa. Aquella tarde M. Manouri llegó a Longchamps y me negué a recibirle. Al día siguiente recibí una carta suya, que envié sin tocarla a M. Hébert.

Me acuerdo perfectamente que aquel día era martes y esperando una respuesta del vicario pasé en la mayor zozobra el miércoles, el jueves

y el viernes. ¡Qué largos me parecieron aquellos días! Por fin, el sábado, a cosa de las nueve de la mañana, noté un inusitado movimiento en la casa; por todas partes se hablaba en voz baja, se abrían y se cerraban puertas y en la atmósfera misma parecía notarse algo de esas corrientes que preceden a los grandes acontecimientos. Yo me encontraba sola en mi celda, y al aplicar el oído acechando el menor ruido, sentía mi corazón palpar con violencia. ¿Sería que venían por mí?

Los presentimientos no me engañaron. Poco después, dos figuras desconocidas se presentaron en mi celda dándose a conocer como la tornera y una religiosa del convento de Arpajon. Apenas me instruyeron del objeto de su visita, tomé tumultuosamente los objetos que me pertenecían, y haciendo con ellos un paquete que dí a la tornera, me apresuré a salir, sin pedir siquiera licencia para despedirme de la superiora. Desde la muerte de sor Ursula con nadie me ligaban allí los menores vínculos de afecto.

Unos momentos más tarde me encontraba en una carroza que me esperaba a la puerta. Después supe que el vicario, M. Manouri y la señora presidenta de.... se habían presentado en la celda de la superiora para hacerla saber mi partida. En el camino, la religiosa, tomó a su cargo instruirme de las costumbres de la nueva casa, limitándose la tornera a pronunciar al final de cada período un: «Es exacto», parecido al estribillo de una canción. La primera se felicitaba de la elección que se había hecho de ella para buscarme, y manifestando deseos de ser mi amiga, me hacía

sabedora de algunos pequeños secretos que creía podrían serme útiles.

No sé si habreis visto el convento de Arpañon. El edificio es una extensa mole cuadrilonga, cuyas dos principales fachadas dan, la una sobre el camino real y la otra sobre dilatados jardines. A cada una de las ventanas de la primera de ellas, se veía asomar las cabezas de dos o tres religiosas, circunstancia que, mejor que todos los datos que me había suministrado mi compañera, me decía el orden que reinaba en aquella casa. Indudablemente conocían perfectamente nuestro coche, porque en un abrir y cerrar de ojos, todas las ventanas se cerraron y aquellas cabezas cubiertas por las tocas desaparecieron en el momento en que llegaba a mi nueva prisión. Entonces, la superiora salió a mi encuentro con los brazos abiertos, me abrazó, me tomó cariñosamente de la mano y me condujo a la sala de recepción, donde ya me aguardaban muchas religiosas y a la cual no tardaron en acudir otras varias.

La superiora se llamaba madame.... y no puedo resistir al deseo de haceros su retrato antes de pasar más adelante. Era una mujercilla que a pesar de su redondez de formas y de su escasa estatura, no carecía de vivacidad y prontitud en los movimientos; su cabeza no estaba quieta un momento; sus ojos, de los cuales uno (el derecho), era más alto y más grande que el otro, estaban dotados de una mirada penetrante y fugaz al propio tiempo y fante en su manera de vestir como en su porte, se notaba algo de simpático al par que de extraño. Cuando andaba, sus brazos inclinados hacia atrás se movían acompasada-

mente, movimiento que también se imprimía en su boca cuando hablaba y en todo su cuerpo cuando estaba sentada, pareciendo entonces que siempre había algo que la molestara. Distráida constantemente, os dirigía preguntas a cuyas respuestas parecía no prestar atención; tan pronto se mostraba familiar hasta tutearos, como imperiosa y fiera hasta el desdén, dirigiéndoos los más rudos improperios por las más leves faltas.

Compasiva y cruel alternativamente, su figura descompuesta, era la más fiel imagen de su carácter desigual, merced al que tan pronto la veíamos imponiendo castigos por todas partes como alternando con religiosas y novicias y acelerando de la manera más indecorosa los oficios divinos para ir a tomar chocolate o café a esta o a la otra celda. Y sin embargo, después de hecho esto, de pronto cambia la escena, hace tocar las campanas llamándonos a todas a la iglesia o al coro y si alguna falta, la hace acudir a su celda, la manda desnudarse y darse veinte disciplinazos; la religiosa obedece, se quita el hábito, toma la disciplina y se macera; pero apenas se ha dado los primeros golpes, la compasión se pinta en su semblante, le arranca el instrumento de la penitencia, prorrumpe en sollozos, la besa la frente, los ojos, la boca y las espaldas y trueca en dulzuras el pasado furor. Con una superiora semejante no hay medio de saber con qué se cumplen los deberes y faltando la debida distancia, no es posible apreciar los actos que han de conquistarnos el favor o acarrearos la desgracia. ¿Queréis que os de, en una cosa insignificante, el ejemplo general de su administración? Pues bien, básteos saber, que dos veces al año corría

de celda en celda arrojando por las ventanas todas las botellas de licor que encontraba y que dos días después ella misma enviaba otras equivalentes a las religiosas que habían sido objeto de aquel acto autoritario. He aquí la persona a que yo había hecho voto de obediencia, pues como sabéis, el voto pronunciado en un convento, es extensivo a todos los que ocupáis.

A la mañana siguiente me presenté en la celda de la superiora, a quien encontré rodeada de unas cuantas religiosas de las más jóvenes y agraciadas de la comunidad, pues según me dijeron, las otras habían hecho la visita y se habían retirado ya. A vos, señor marqués, que sois inteligente en pintura, puedo aseguraros que era aquel un cuadro por extremo agradable. Imaginaos un estudio con diez modelos, de las cuales la más joven podría tener quince años y la de más edad veintitres, y en medio de ellas una superiora que frisaba en los cuarenta, pero todavía fresca, blanca y sonrosada, y que, reclinada sobre las almohadas de su lecho, mostraba dos brazos redondos y torneados, dos ojos negros, grandes y vivos, casi siempre entornados, como si la costase trabajo abrirlos; unos labios rojos como corales; unos dientes blancos como el marfil y una cabeza agraciada que se reclinaba muellemente sobre los blancos encajes de la cabecera.

Yo estaba sentada en el borde del lecho, y no hacía nada; una, sentada en un sillón, bordaba perezosamente; otras dos, como incrustadas en el hueco de la ventana, devanaban madejas de hilo, y las demás, mientras unas, sentadas en el suelo, ocupaban los almohadones quitados a las

sillas, otras, de pie, cuchicheaban en voz baja.

Unas eran rubias, otras morenas, y aunque todas eran bellas, no había dos tipos que se asemejaran. Los caracteres eran tan variados como las fisonomías; éstas se mostraban serenas, aquellas alegres, las otras pensativas, no siendo difícil distinguir las amigas de las indiferentes, pues si las segundas apenas se miraban, las primeras hablaban furtivamente, y con pretexto de darse las tijeras, el hilo o una aguja, se estrechaban cariñosamente las manos o cruzaban un signo de afectuosa inteligencia.

La superiora las pasaba revista con la mirada; reprochaba a estas su pereza, a aquellas su indiferencia; se hacía acercar las labores, que ensalzaba o criticaba, y fijándose siempre en la cara de sus subordinadas, las arreglaba las tocas o el hábito, murmurando:

—Ese velo avanzá demasiado.. Ese encaje no deja ver lo suficiente las mejillas... Ese pliegue carece de gracia..

Y mientras esto decía, hacía objeto a las unas de bondadosos reproches y a otras de tiernas caricias (1).

La superiora no salía de noche, pasando semanas enteras sin dejarse ver ni en los oficios, ni en el coro, ni en el refectorio y acudiendo so-

(1) Nos abstenemos de reproducir los cuadros trazados en este lugar por la pluma demasiado complaciente de Diderot. Baste saber que después de presentar a su heroína víctima de nuevos pesares por haber perdido la gracia de la superiora, esta última varía de táctica y convierte a Sor Susana en su favorita. La depravación de aquélla, no logra, sin embargo, manchar la virtud de la religiosa, que no tiene conciencia de los peligros que ha corrido. Un nue-

lo, y eso en las horas más desusadas, a la iglesia, donde permanecía horas enteras de rodillas. Después de esto, no era raro oír la recorrer los claustros, y, tocando a las puertas de las celdas, decir con voz doliente:

—¡Sor Fulana, rogad a Dios por mí!

Poco después de esto, se extendió el rumor de que se disponía a una confesión general, y un día en que bajé la primera a la iglesia, ví un cartel sujeto a la reja que decía en gruesos caracteres: «Queridas hermanas, se os invita a rogar a Dios por una religiosa que se ha apartado de sus deberes y quiere volver a la gracia.»

Aquel aviso me sorprendió; pero mi curiosidad subió de punto cuando a los dos días le ví reproducido en estos términos: «Queridas hermanas, se os ruega imploreis la misericordia divina para una hermana que ha cometido graves pecados y que ha perdido toda confianza en la indulgencia del Todopoderoso.»

¿Quién podría ser aquella desventurada que tales pecados lamentaba? ¿Qué crímenes podría reprocharse? Tales preguntas me hacía contemplando tales avisos y recordando las palabras del director, buscando en vano el sentido de ellas. Algunas religiosas que me observaban, cuchicheaban entre sí, y, si no estoy equivocada, me miraban no sé si con lástima o con terror.

La infeliz superiora, en tanto, sólo se dejaba

vo director, M. Morel, provisto de los más latos poderes, hace por fin cesar los desórdenes que imperan en aquella casa y «la superiora misma, dice M. Génim, vuelve en su acuerdo, para dar cabida en su pecho a los más espantosos remordimientos, arrepiñéndose así de lo monstruoso de su pasión». — *Obras escogidas de Diderot. Paris, 1862.*

ver con el rostro cubierto con el velo; no se mezclaba para nada en los asuntos de la casa; no hablaba a nadie, y conferenciaba frecuentemente con el nuevo director espiritual que había escogido, y que era un joven benedictino de severo continente y de porte austero. No sé si sería él quien le había impuesto todas las mortificaciones que practicaba; pero lo cierto es que ayunaba tres días a la semana, se maceraba cuotidianamente y ocupaba en los oficios el último puesto. Para ir a la iglesia, teníamos que pasar por delante de su puerta, y allí la encontrábamos siempre prosternada, con el rostro pegado a las losas y no queriendo levantarse hasta que todas habían pasado. Por la noche, bajaba en camisa y con los pies desnudos, y si sor Santa Teresa o yo la encontrábamos por casualidad, se volvía hasta dar con la cara en la pared. Un día en que salía de mi celda, la encontré prosternada en el suelo, con los brazos extendidos y el rostro en tierra. Al sentirme salir, murmuró: «Seguid, pasad por cima de mi cuerpo, holladme con vuestros pies, que no merezco otros tratamientos.»

En medio de una de aquellas conferencias, en que cada una trataba de hacer ver sus méritos personales y de conquistarse la preferencia del virtuoso varón que se nos había dado por director, se escuchó un día llegar una persona que se acercaba a pasos lentos y lanzando profundos suspiros. Algunos murmuraron en voz baja: «Es ella, es nuestra superiora», y el silencio más absoluto reinó durante algunos momentos en la estancia. Con efecto era ella. El velo la caía

hasta la cintura, sus brazos se cruzaban bajo el escapulario y su cabeza se inclinaba sobre el pecho. A mí fué a la primera que vió y en el mismo instante se cubrió precipitadamente el rostro y volviéndose un tanto de perfil nos mostró la puerta con la mano. Todas obedecimos y ella quedó sola con M. Morel.

Cuando las demás se hubieron retirado, yo bajé de puntillas y fuí a apostarme sigilosamente a la puerta del locutorio desde donde podría oirse perfectamente lo que decían. Diréis que esto es mal hecho, no teneis que decírmelo; la prueba de que yo lo conocía, está en las precauciones que tomé para lograr mi objeto. Cien veces me detuve; la voz de mi conciencia me mandaba volverme, pero la curiosidad fué más fuerte y escuché.

La primer frase que oí, después de un largo silencio, me hizo estremecer. «Padre mío, decía, estoy condenada sin remisión.» Poco después sus palabras rasgaron el denso velo que hasta allí me había ocultado los peligros a que había estado expuesta. Sin embargo, debía llegar hasta el fin y escuché más y más. ¡Qué mujer, señor marqués, qué abominable mujer!

Aquí las memorias de sor Susana quedan interrumpidas. Lo que sigue no son más que notas relativas a lo que indudablemente pensaba escribir. Parece que la superiora se volvió loca y a su desgraciado estado deben referirse los fragmentos que voy a copiar.

De pronto enmudeció, no oyéndosela desde entonces más que los monosílabos *sí* y *no*. Se

pasea sola, rehusa todo alimento, su sangre se enciende, la fiebre la embarga y el delirio sigue a la fiebre.

Solo en su lecho me ve, me habla, me manda acercarme y me dirige las más tiernas frases; y cuando oye o cree oír pasos cercanos se incorpora llena de sobresalto y exclama:

—Es ella que pasa; sí, sí, son sus pasos, los reconozco. Que la llamen... no... dejadla.

Lo más singular es que nunca se engaña, ni me confunde con ninguna otra. Unas veces ríe a carcajadas y otras prorrumpe en agudos sollozos. Cuando esto último sucede las religiosas la rodean en silencio y algunas lloran con ella.

Otras veces exclama de repente: «No he estado en la iglesia, no he hecho mis oraciones... Quiero vestirme; que me vistan.» Y al ver que no la obedecen pide su breviario cuyas hojas pasa con una rapidez vertiginosa y con ojos extrañados.

Una noche bajó sola a la iglesia; algunas de nuestras hermanas la siguieron y prosternada en las gradas del altar rompió en lastimeros gemidos. Después salió, volvió a entrar y dijo con tono de autoridad.

—Que la busquen. ¡Es un alma pura, una criatura inocente! ¡Quiero que una sus oraciones con las mías!

Y después, creyendo dirigirse a toda la comunidad y volviendo los ojos a las sillas del coro vacías, continuaba:

—¡Salid! ¡salid todas! ¡que ella se quede sola conmigo! No sois dignas de acercaros. Si vuestra voz se mezclara a la suya, vuestro aliento profano

corrompería ante Dios la pureza del suyo. ¡Alejaos, alejaos!

Después me exhortaba a que pidiera al cielo su perdón y pareciéndole que la bóveda celeste se abría y que de su centro surgían ángeles vengadores que fulminaban espadas de fuego, corría de un ángulo a otro de la iglesia, se arrojaba al suelo y prorrumpía en plañideras quejas, hasta que rendida y exánime acababa por transportársela a su celda como muerta.

Por la mañana, ignorando la terrible escena de la noche, solía decir:

—¿Dónde están nuestras hermanas? No veo a nadie; todas me han abandonado, dejándome sola en esta casa.. ¡Han hecho bien! Pero y sor Santa Susana, ¿también me ha dejado? Yo la buscaré y la hallaré al fin.. ¡Pero no, no está!.. ¡Dichosa la casa que la posea! Se lo contaré todo a la superiora; ¡qué pensará de mí!.. ¿Es sor Santa Teresa quien ha muerto? He estado oyendo doblar las campanas toda la noche.. ¡Pobre niña! ¡Se ha perdido para siempre y quien la ha perdido soy yo!.. El día que me acuse ante el Divino Juez, ¿qué la contestaré?... ¡Desgraciada de ella! ¡Desgraciada de mí!

En otros momentos decía:

—¿Han vuelto nuestras hermanas? Decídlas que estoy enferma... Levantadme las almohadas... Siento aquí una cosa que me oprime.. La cabeza me arde.. Traedme agua, quiero lavarme las manos. Están blancas, pero las manchas del alma no salen. Quisiera estar muerta.. mejor aún no haber nacido.

Una mañana la encontramos en camisa, con

los pies desnudos, desgredada, jadeante, corriendo de celda en celda y gritando:

—Alejaos de este abismo. ¿No lo veis? Es el infierno y de su fondo sale una voz que me llama... ¡Dios mío, tened piedad de mí!... yo rezaré también... Pero todas duermen y yo no puedo pegar los ojos en toda la noche... ¡Quiero dormir, quiero dormir!

Una de nuestras hermanas la decía:

—Señora, si teneis algún pesar confiádmelo y eso os aliviará quizá.

—Sor Agata, escuchadme... aproximaos más, mucho más... Voy a revelároslo todo... pero acercaos, es preciso que nadie nos oiga... ¿No la habeis visto?

—¿A quién, señora?

—¿No es verdad que nadie tiene su dulzura? ¡Qué marcha tan majestuosa! ¡Qué nobleza! ¡Qué modestia!... Id y decidla... no, no la digais nada... No podríais acercaros a ella; los ángeles del cielo la guardan y velan en torno suyo... yo los he visto... Quedaos. ¿Si fuérais, qué la diríais? Inventad algo que no la haga ruborizar.

—Señora, ¿por qué no consultais a vuestro director espiritual?

—Sí, sí... mas ya sé lo que va a decirme. He oído tantas cosas... ¡Si pudiera perder la memoria!... No, no, no llameis al director. Prefiero que me leais la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo... Leed... comienzo a respirar... Sólo me falta una gota de su sangre preciosa para purificarme... Acercad a mis labios ese crucifijo... ¡No, no, voy a mancharle... estoy perdida!... Quiero besarle, venga, venga otra vez.

Y estrechándole entre sus brazos, imprimía en él sus labios secos y abrasados, añadiendo:

—Son sus ojos, es su boca. ¿Cuándo la volveré a ver? Sor Agata, decidla que la amo, pintadla mi situación, y hacedla saber que muero.

Visto su estado, no hubo más remedio que encerrarla; pero su prisión no ofrecía las seguridades debidas, y no tardó en escaparse. Una noche, con los vestidos desgarrados, una cuerda anudada a los brazos y el semblante horriblemente ensangrentado, se la vió aparecer en los claustros gritando:

—¡Yo soy vuestra superiora; me habeis jurado obediencia; obedecedme! ¡Desgraciadas, me habeis encerrado! ¡He aquí la recompensa que dais a mis bondades! Me ofendeis porque soy demasiado buena; pues no lo seré.. ¡Fuego! ¡Sangre! ¡Exterminio! ¡Socorro!.. ¡A mí, hermana Teresa! ¡A mí, hermana Susana!..

Cuando decía esto, ya la habían sujetado nuevamente y la volvían a su prisión. Entonces, cayendo en una postración tan grande como había sido su furor, decía:

—¡Teneis razón! ¡Haceis bien, encerradme, estoy loca, loca, lo comprendo perfectamente.

Después de haber vivido unos cuantos meses en este deplorable estado, murió. ¡Qué muerte, señor marqués, qué muerte! Yo la presencié; la terrible imagen de la desesperación y del crimen se pintaban en su semblante: se creía rodeada de espíritus infernales que esperaban su alma para apoderarse de ella, y oponiéndoles su mano derecha, armada de un crucifijo, sollo-

zaba: «¡Vedlos, vedlos! ¡Dios mío! ¡Dios mío, ampárame!»

La hermana Santa Teresa la sobrevivió poco tiempo, y tuvimos una superiora anciana, mal humorada y llena de superstición, que me acusaba de haber hechizado a su antecesora. Ella lo creía firmemente, y con sus palabras me desgarraba el corazón. El nuevo director ha caído también, por este motivo, en desgracia de sus superiores, y es el primero que me induce a fugarme de esta horrible prisión.

Mi fuga está concertada. A las once y media de la noche, corro al jardín; mis cómplices me arrojan una cuerda por encima de las bardas y la ato a mi cintura; pero quiero escalar el muro y la cuerda se rompe. Tengo las rodillas destrozadas y una fuerte contusión en un brazo; sin embargo, no cedo. Una nueva tentativa, otra después, y estoy al otro lado... ¡Me salvé!

He entrado al servicio de una lavandera, en cuya compañía me encuentro en la actualidad. Me dedico a repasar ropa blanca; mi trabajo es rudo y penoso; estoy mal alimentada, mal alojada, pero en cambio me tratan con humanidad. El marido es un cochero de alquiler y su mujer es un poco brusca, pero buena en el fondo. Si no me sobresaltara el porvenir, estaría contenta con mi suerte.

Sin embargo, vivo en una continua zozobra. Al menor ruido que oigo en la casa, en la escalera, en la calle, me asaltan nuevos temores, tiemblo como la hoja en el árbol, mis piernas se niegan a sostenerme y la labor se me cae de la

mano. Las noches las paso sin conciliar media hora seguida de sueño; si alguna vez duermo, es de una manera intranquila y fatigosa; hablo, llamo, grito, y no concibo cómo los que me escuchan no han descubierto mi secreto.

Parece que mi evasión es ya pública: lo esperaba. Una de mis compañeras estuvo ayer hablando de esto, añadiendo reflexiones odiosas y circunstancias terribles. Por fortuna, cuando tal decía, estaba tendiendo ropa de espaldas a mí y no notó mi turbación; sin embargo, mi ama, viendo que lloraba, me preguntó:

—¿Qué teneis, María?

—Nada, la respondí. A lo cual añadió:

—Supongo que no sereis tan necia, que os apiadeis de una mala religiosa, sin principios, sin religión, y que enamoriscada de un fraile, tan indigno como ella, se escapa con él del convento. ¡Valiente estúpida! Teniendo por únicas ocupaciones comer, beber y dormir, me parece que no debiera haber pensado en cambiar de posición. Si hubiera ido no más que tres o cuatro veces al río con el tiempo que hace, de seguro se hubiera encontrado muy conforme en su estado.

Para contestar a esto, me aventuré a objetar que no conocíamos bien sus penas; mas nunca lo hubiera hecho, pues la lavandera me dió esta sola respuesta, que se me clavó en el alma:

—Es una miserable y Dios no la dejará sin castigo.

Oyéndola, quedé pensativa y con los ojos bajos sobre mi labor, hasta que mi ama me dijo:

—María, ¿en qué pensais? Mientras dormís, la obra no adelanta.

Jamás he tenido vocación para el claustro ni

me he avenido con la vida que en él se hace: pero me he acostumbrado a ciertas prácticas que repito maquinalmente. Por ejemplo, cada vez que oigo una campana, pregunto: «¿A qué tocan?» o me arrodillo haciendo el signo de la cruz; cuando llaman a la puerta, exclamo: *Ave María*; y cada vez que me dirigen una pregunta, mi respuesta acaba siempre por un sí o no, querida madre o hermana mía. Mis compañeras, al oirme, rompen a reír y creen que me divierto en remedar a la religiosa cuya historia no cesa de comentarse; pero es imposible que su error dure; mis distracciones acabarán por delatarme y entonces estoy perdida.

Señor marqués, apresuraos a venir en mi ayuda (1).

Me direis, tal vez, que en qué podeis ayudarme. Mi ambición no es grande. Sólo deseo una plaza de doncella, de ama de gobierno o simplemente de criada en una casa de campo, o en el rincón de una provincia, donde pueda vivir ignorada de todo el mundo. El salario me importa poco; con que me den pan, agua y seguridad, tengo bastante, pudiendo garantizar que desempeñaré bien mi cometido. He aprendido en casa de mis padres a trabajar y en el con-

(1) El marqués de Croismare, a quien se dirige el relato de la religiosa, se vió tan completamente engañado por la mixtificación urdida por Diderot y Grimm, que con frecuencia escribía y mandaba socorros pecuniarios a Susana y a la lavandera en cuya casa la suponía. Siendo por tanto necesario tomar un partido decisivo, los mixtificadores creyeron oportuno matar a su heroína, no quedando de toda la historia otra cosa que una obra más con que se enriqueció el caudal de la literatura francesa.

vento a obedecer; soy joven, tengo el carácter apacible y cuando esté completamente curada de mis contusiones, no habrá trabajo, por rudo que sea, que no soporte. Sé coser, hilar, bordar, lavar y planchar; tengo una voz regular, conozco la música y hasta podría dar lecciones a los hijos de mis amos, si no temiera que una educación sobrado esmerada me delaté. Si es menester aprender a peinar, creo no carecer de gusto y en poco tiempo aprendería. Señor marqués, una condición soportable es todo lo que pido. De mis costumbres vos podeis responder; a pesar de las apariencias, tengo hasta piedad; sin ella todos mis males hubieran terminado y nada tendría que temer de los hombres si el temor de Dios no me hubiera detenido. ¡Cuántas veces me he acercado al brocal de aquel profundo pozo de Longchamps! Si no me he precipitado en él no es porque me faltara libertad para ello. Ignoro qué destino me está reservado; pero si tuviera que volver a entrar en otro convento, cualquiera que este fuera, no respondo de mí. En todas partes hay pozos. ¡Señor marqués, tened piedad de mí y dispensadme las penas que os causo!



Noticia bibliográfica

- Entretien d'un père avec ses enfants.
Histoire de la Grève (traducción).
Dictionnaire Universel de Médecine, de Chimie de Botanique, etc. (en colaboración).
Pensées philosophiques.
Bijoux indiscrets.
Mémoires sur différents sujets de mathématiques.
Promenade du sceptique.
Lettres sur des aveugles à l'usage de ceux qui voient.
L'Oiseau blanc, conte bleu.
Lettre sur les sourds et muets.
Interprétation de la nature.
Le fils naturel.
Le père de famille (dramas).
Essai sur les femmes.
Essai sur les règnes de Claude et de Néron.
Lettres a Mme. Wolland.
Neveu de Rameau.
La Religieuse.
Est-il bon? est-il méchant?
Comedias y otras muchas producciones.

Catálogo General

Obras de texto para uso de las Escuelas
racionalistas y de carácter progresivo

ENCUADERNADAS: A 2 PESETAS

- Las Aventuras de Nono, por Grave, traducción de A. Lorenzo.
- El Niño y el Adolescente, por Michel Petit.
- Preludios de la Lucha, por Pi y Arsuaga.
- Primer Manuscrito (correspondencia escolar y dictados)
- Origen del Cristianismo, por Malvert.
- Aritmética Elemental, por Palasi.
- Elementos de Aritmética, dos tomos; 4 pesetas.
- Resumen de la Historia de España, por Nicolás Estévez.
- Compendio de Historia Universal, por Clemencia Jaquinet, tres tomos, 6 pesetas.
- Nociones de Idioma Francés, por L. Bonard.
- Geografía Física, por O. de Buen, prefacio de E. Reclus.
- Pequeña Historia Natural, por O. de Buen, dos tomos, 4 pesetas.
- Mineralogía, por O. de Buen.
- Petrografía y Vida actual de la Tierra, por O. de Buen.

- Edades de la Tierra, por O. de Buen.
- Nociones sobre las Primeras Edades de la Humanidad, por G. Engerrand.
- Evolución Super Orgánica (La Naturaleza y el Problema Social) por E. Lluria.
- Hacia el Porvenir, por E. Lluria.
- Psicología Etnica, por Ch. Letorneau, traducción de A. Lorenzo, 4 tomos, 8 pesetas.
- La Substancia Universal, por A. Bloch y Paraf-Jával, traducción de A. Lorenzo.
- Tierra Libre (cuento) por J. Grave, traducción de A. Lorenzo.
- La Escuela Nueva, por J. F. Elslander, traducción de A. Lorenzo.
- Hacia la Unión Libre, por A. Naquet, traducción de A. Lorenzo.
- República Francesa y Vaticanismo o La Política Religiosa en Francia, por André Mater, traducción de C. Litrán.
- La Evolución de los Mundos, por M. J. Nergal, traducción de C. Litrán.
- Historia de la Tierra, por Ch. Souerwein, traducción de C. Litrán.
- El Origen de la Vida, por J. M. Pargame, traducción de C. Litrán.
- La Evolución de los Seres Vivientes, por E. Ruben y V. Laverne, traducción de C. Litrán.
- La Escuela Moderna, por F. Ferrer Guardia.
- Cómo se forma una inteligencia, por el Dr. Toulouse, traducción de C. Litrán.
- Las Razas Humanas, por G. Engerrand, un tomo con 13 láminas.
- La Cultura Alemana contra la civilización, por Vanucci.
- La Guerra Moderna, según el Estado Mayor Alemán.
- Cómo haremos la Revolución, por E. Pouget y E. Pataud, consta de 2 tomos a una peseta cada tomo.

A 1'50 PESETAS

- Sembrando Flores, por F. Urales.
Epítome de Gramática Española, por Palasí (en cartoné).
El Niño y el Adolescente, por Michel Petit. »
Tierra Libre, por Grave, trad. de A. Lorenzo »
El Catecismo de la Ciencia. (Lo que la Ciencia nos
enseña). (En cartoné).
Las Razas Humanas. (En rústica).

EN CARTONE: A 1 PESETA

Cartilla, primer libro de lectura.

EN RUSTICA: A 1 PESETA

- El Niño y el Adolescente, por Michel Petit.
Preludios de la Lucha, por F. Pi y Arsuaga.
Origen del Cristianismo, por Malvert.
Humanidad del Porvenir, por E. Lluria.
Las Clases Sociales, por C. Malato, traducción de An-
selmo Lorenzo.
Tierra Libre, por Grave, traducción de A. Lorenzo.
Floreál, drama social en 3 actos, por J. P. Chadon, tra-
ducción de A. Lorenzo.
El Infierno del Soldado, por Jean de la Hire, traducción
de Soledad Gustavo.
En Anarquía, por Camille Pert, versión española y prefa-
cio, por A. Lorenzo.
Evolución Proletaria, obra póstuma de Anselmo Lorenzo.

A VARIOS PRECIOS

- Botiquín Escolar, por A. Martínez Vargas, 0'50.
Análisis de la Cuestión de la Vida, por Antonio Pellicer
Paraire, 0'75.
Génesis y Evolución de la Moral, por C. Letorneau, 0'75.
La Moral Anarquista, por P. Kropotkin, traducción de A.
Cruz, 0'25.
En el Café, por E. Malatesta, traducción de L. A. Ro-
drigo, 0'25.

En Guerra, idilio, por C. Malato, traducción de Anselmo Lorenzo, 0'40.

La Mujer y la Revolución, por F. Stackelberg, 0'15.

Ferrer, páginas para la Historia, 0'20.

La Confederación General del Trabajo en Francia, por E. Pouget, 0'30.

Estudio Crítico-biográfico de Anselmo Lorenzo, por F. Tarrida del Mármol, 0'25.

¡Dios! por Francisco Suñer y Capdevila, 0'25.

La Pedagogía de Francisco Ferrer, por el Dr. Antich, 0'50



BIBLIOTECA DE LA HUELGA GENERAL

- El verdadero testamento del cura Meslier, 0'25.
El Absurdo político, 0'15.
El Sindicato, 0'15.
La Anarquía y la Iglesia, 0'15.
Declaraciones, 0'15.
Criterio libertario, 0'25.
Las Bases del Sindicalismo, 0'15.
La Mujer pública y privada, 0'15.

Postales

- Postal Pax, por F. Sagristá, tricomía, 0'15.
Postal del Monumento a Ferrer en Bruselas, 0'10.

Retratos

- Ferrer, en busto y de cuerpo entero, 50 × 32, 0'60.
Kropotkine, 0'60.
Joaquín Costa, 0'60.
Anselmo Lorenzo, 0'60.
Francisco Pi y Margall, 0'60.
Emilio Zola, 0'60.

Juan Jaures, 0'60.
León Tolstoy, 0'60.
Víctor Hugo, 0'60.
Cervantes, 0'50.
Miguel Bakounine, 0'40.
Eliseo Reclus, 0'40.

El Hombre y la Tierra, por Eliseo Reclus, traducida por A. Lorenzo y revisada por O. de Buen. Consta de seis tomos. Precio de la obra encuadernada con tapas especiales, 120 pesetas uno. Tomos sueltos, 20 pesetas. Por cuadernos a 0'50 uno.

La Gran Revolución (1789-1793) por Pedro Kropotkine. Terminada esta publicación importantísima, puede adquirirse lujosamente encuadernada por el precio de 25 pesetas, o por cuadernos a 0'50 pesetas. La obra consta de 38 cuadernos.



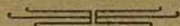
Biblioteca Popular

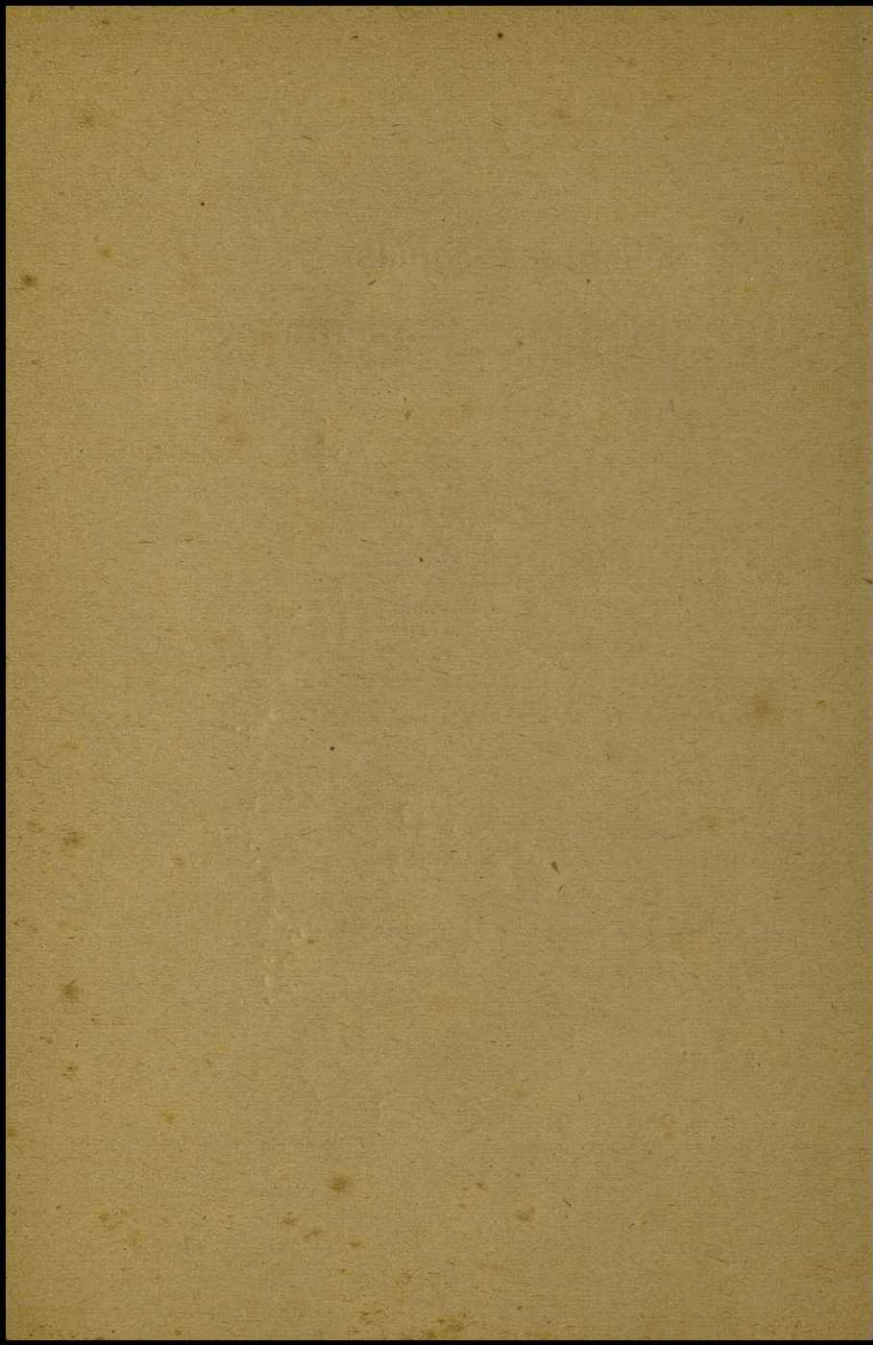
Los Grandes Pensadores

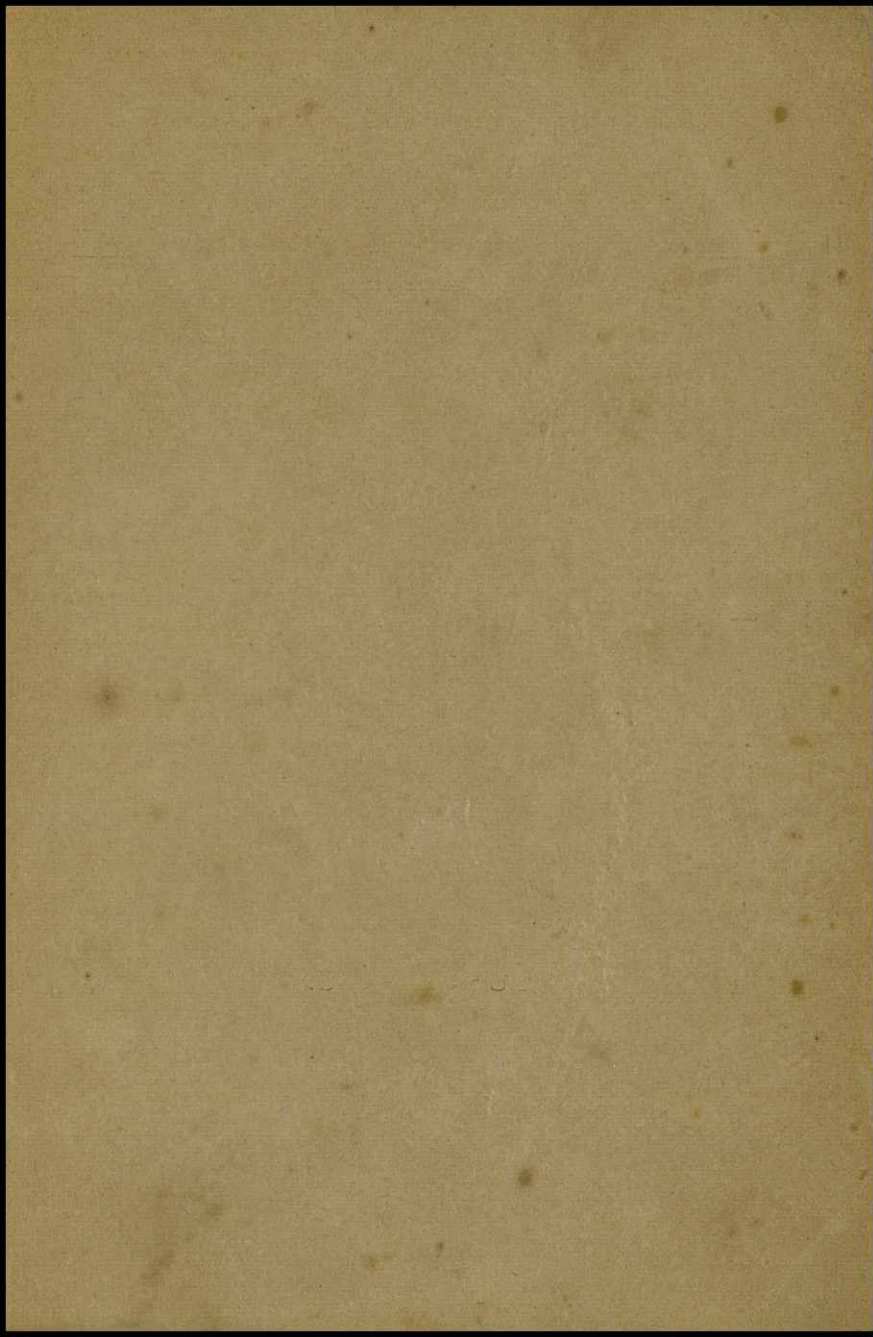
TOMOS DE LA PRIMERA SERIE

VICTOR HUGO	<i>Páginas Escogidas.</i>
F. PI Y MARGALL	<i>Las Clases Jornaleras.</i>
VOLTAIRE	<i>Misceláneas Filosóficas.</i>
P. J. PROUDHON.	<i>La Propiedad.</i>
F. LAURENT	<i>Crítica del Cristianismo.</i>
EDUARDO BENOT	<i>Temas Varios.</i>
ERNESTO RENAN Y MARCE- LINO BERTHELOT	<i>Las Ciencias históricas y las Ciencias naturales.</i>
ELISEO RECLUS	<i>El Hombre y la Tierra (fragmen- tos).</i>
EMILIO ZOLA	<i>Crítica Social.</i>
J. MICHELET	<i>De los Jesuitas.</i>
CAMILO FLAMMARION	<i>La Vida.</i>
DIDEROT	<i>La Religiosa.</i>

Forma cada tomo un precioso volumen de más de cien páginas y se vende a **50 céntimos** cada uno.







Biblioteca Popular
LOS GRANDES PENSADORES

TOMOS PUBLICADOS

(Primera Serie)

VICTOR HUGO	Páginas Escogidas
F. PI Y MARGALL	Las Clases JornALERAS
VOLTAIRE	Miscelánea Filosófica
P. J. PROUDHON	La Propiedad
F. LAURENT	Crítica del Cristianismo
EDUARDO BENOT	Temas Varios
ELISEO RECLUS	El Hombre y la Tierra (Fragmentos)
ERNESTO RENAN y	Las Ciencias históricas y las Ciencias
M. BERTHELOT	naturales
EMILIO ZOLA	Crítica Social
J. MICHELET	De los Jesuitas
CAMILO FLAMMARIÓN	La Vida
DIDEROT	La Religiosa

EN PRENSA

(Segunda Serie)

F. LAMENNAIS	Palabras de un creyente
P. KROPOTKINE	Palabras de un rebelde
J. J. ROUSSEAU	El contrato social
H. SPENCER	Creación y evolución
J. JAURÉS	El Socialismo
STUART MILL	El utilitarismo
C. VOLNEY	Las ruinas de Palmira
CH. DARWIN	El Hombre y su origen
L. TOLSTOY	La gran tragedia
CH. DICKENS	Los tiempos difíciles
M. GORKI	Los vencidos
H. IBSEN	Amor y Odio

se publica el primer sábado de cada mes. Precio de cada tomo 50 cts.

SUSCRIPCIÓN

Un año; o sean 12 volúmenes.	5'— pesetas
Seis meses, o sean 6 volúmenes.	2'75 "
Exterior. — Un año.	6'— "

La suscripción puede empezar en cualquier mes del año.
El pago de cada suscripción deberá hacerse por anticipado, remitiendo el importe por giro postal o cualquier otro medio.

TOMOS ENCUADERNADOS

Los doce tomos publicados divididos en 2 elegantes volúmenes conteniendo 6 tomos cada uno, encuadernados con lujosas tapas a varias tintas, se venden a 4 pesetas cada volumen.
Cada tomo separadamente encuadernado con tapas de tela inglesa, se vende a una peseta cada uno.